

EL ESPAÑOL


2'50
Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 6 - 12 junio 1954 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - Número 288

HA CAIDO UNA BARRERA MAS

EL CODIGO MORAL NO ADMITE NINGUNA "LINEA DE COLOR"



DOWN
WITH
APARTHEID

LOS ESPAÑOLES FUIMOS
PIONEROS CONTRA
EL RACISMO

Una tras otra van cayendo las barreras que establecen injusta diferencia entre los hombres según el color de su piel. Queda todavía, sin embargo, bastante camino que recorrer. Estos negros se manifiestan tumultuosamente portando un cartel que dice: «Abajo la segregación»



Ginebra, la conferencia de la última oportunidad

Una partida que se juega entre bastidores. Crónica de Juan José Peña (pág. 14)

NUEVE MIL EXPOSITORES Y CINCO MIL «STANDS» EN LA XXII FERIA DE MUESTRAS DE BARCELONA

Una información especial de EL ESPAÑOL (pág. 10)

AYUDA ESPAÑOLA A LOS SACERDOTES EXPULSADOS DEL ESTE
Noticia de una admirable organización, por F. Salvá (pág. 17)

Carta del Director a don Miguel Vizcaino (pág. 8). ● Cómo se enseña la Geografía de España en los Liceos franceses, por Hispanus (página 20). ● Con la vida al volante. Reportaje de un viaje en un camión de pescado, por J. Ruiz Catarineu (pág. 25). ● Sebastián Juan Arbó y sus opiniones sobre novelas y novelistas (pág. 29). ● El Genil, ese río tan juncal y tan buen mozo, por Luis Antonio de Vega (pág. 32). ● Ojeada a la Historia de mañana, por Ibor Mende (pág. 46). ● Almería abierta a la esperanza, por Diego Jalón (pág. 49). ● Diez lecciones sobre la ruta emocional del Quijote. Crónica de las Jornadas Literarias por La Mancha, por J. L. Castillo Puche, y una carta de García Pavón (página 53). ● La II Bial de Arte Hispanoamericano en La Habana, por Campoy (p. 59). ● Lo nuevo o lo viejo, por Demetrio Ramos (p. 63)

CARMELA DURAN

Novela completa por Leopoldo Rodríguez Alcalde

HA CAIDO UNA BARRERA MAS

UNO de los seis G. I. que clavaron la bandera de los Estados Unidos en las «arenas sangrientas» de Iwo Jima, y que ya han pasado a la historia de su país como héroes nacionales, se llamaba Ira H. Hayes. Sin embargo, cuando este hombre volvió a su nativo Arizona nadie le reconoció el derecho a votar. Era de raza india.

Otro soldado, norteamericano, al regresar a los Estados Unidos cargado de medallas, después de haberse batido heroicamente en el Pacífico, se sentó en un autobús en un lugar reservado sólo para blancos y se negó a aceptar la norma Jim Crow de segregación racial en los transportes públicos. La Policía le propinó tal paliza que se quedó ciego. Se trataba de un negro.

Un tercer G. I., llamado Félix Z. Longoria, encontró la muerte frente a los japoneses en la isla de Luzón. Su cuerpo fué trasladado a los Estados Unidos, pero no pudo ser enterrado en el cementerio Three Rivers porque éste estaba reservado «sólo para blancos». Félix Z. Longoria era de origen mejicano...

Un indio, un negro y un latinoamericano. Los tres se batieron bien defendiendo la bandera de las «barras y las estrellas». Pero ello no impidió que a uno le negasen el voto; al segundo, un asiento en un autobús, y al tercero, la tierra para descansar en la paz de Dios.

Pero como no nos proponemos, ni mucho menos, servir a una propaganda antinorteamericana, aviesamente explotada por los enemigos de los Estados Unidos, nos creemos obligados a contar la segunda parte de estas tres historias.

Ira H. Hayes fué recibido como un héroe en su ciudad natal y nadie le ha escatimado la más profunda estimación personal.

La paliza que dejó ciego al soldado negro del autobús produjo una oleada de indignación y de piedad en toda la Unión. Se abrió una suscripción en su favor y se recaudaron más de setenta mil dólares. Añadamos que las llamadas «Jim Crow practices»—segregación racial en los transportes públicos interestatales—fueron abolidas por el Tribunal Supremo el 3 de junio de 1946.

Finalmente, el soldado Félix Z. Longoria fué enterrado, por intervención directa del Presidente Truman, en el cementerio nacional de Arlington, presidiendo el acto el general Harry Wauham, jefe militar de la Casa presidencial.

PRIMERO, AMERICANO

Hechos como los que acabamos de señalar hablan elocuentemente de la gravedad y también de la complejidad del problema racial en los Estados Unidos, que es el problema número uno, por entonomasia, de este país, y si se quiere, el único problema. La segregación racial es también el talón de Aquiles de la democracia americana y una de las causas profundas de los recelos que



Una de las ceremonias características del Ku-Klux-Klan en las montañas de Atlanta

esa gran nación despierta en los pueblos no blancos, especialmente en Asia. No dejaban de tener razón los negros del ejército americano cuando decían, al terminar la guerra, que entonces comenzaba su lucha por la libertad. Para ellos no podía dejar de ser una contradicción el que fuesen enviados a pelear contra el racismo alemán. Y en cuanto a los pueblos de color, se comprende que la propaganda comunista haya encontrado el terreno abonado para suscitar el temor al imperialismo americano. ¿Cómo tener por liberador a un pueblo que en su propio suelo mantiene tan rígidas fronteras raciales? Más de un diplomático americano ha hablado de los prejuicios que esas fronteras invisibles han causado al crédito de los Estados Unidos en Asia.

Sería verdaderamente estúpido, además de inútil, ocultar la gravedad del problema. Existe la segregación racial en Norteamérica, llevada en muchos casos a extremos manifiestamente injustos y aun inhumanos. Todos hemos visto o leído cosas sobre las condiciones en que viven los negros y otras gentes de color en muchas ciudades americanas. Paul Morand dijo una vez que la estatua de la Libertad parece por dentro una cárcel, y esto simboliza en cierto modo el aspecto más desconcertante de la democracia norteamericana. Para los negros, la libertad, por dentro, es también una cárcel.

Pero repetimos que no es nuestro propósito suscribir el aspecto más sombrío de la propaganda antinorteamericana. Porque si bien es cierto que a toda conciencia cristiana repugnan las barreras raciales, no es menos cierto que quedan muy atrás los crudísimos tiempos de «La cabaña del Tío Tom», ni que, a pesar de todos los pesares, los negros, la gente de color en general, consideran a los Estados Unidos como a su propia y única patria, a la que han sabido defender en todos los frentes del mundo. Digo esto porque nada hay más falso que la idea o la sospecha de que el negro americano se considera como un desterrado en la Unión, como un nostálgico descendiente de esclavos arrancados a la fuerza de sus nativas selvas africanas. No hay tal cosa. Como es sabido, hacia el año 1920, recién terminada la

primera guerra mundial, un negro llamado Marcus Garvey izó la famosa bandera del «Back to Africa», del regreso a África. Acogida al principio con calor esta empresa, pronto se vino al suelo, y el pobre Marcus Garvey, que tenía un gran talento demagógico, murió en Londres en 1940, completamente olvidado y casi en la miseria. El «Back to Africa» ha quedado reducido con el paso del tiempo a la simpática, pero minúscula, República de Liberia.

El fracaso de esta empresa tiene una explicación harto sencilla: el negro de los Estados Unidos se siente, por encima de todo, americano («american d'abord»). Americano con o sin derechos civiles, con o sin barreras sociales y raciales. Americano hasta el final, por amargo que sea. Es importante que quede esto claro, porque, de lo contrario, es fácil hacerse una imagen desenfocada del problema que venimos tratando.

Decía más arriba que quedan muy atrás los tiempos de «La cabaña del Tío Tom», que hizo llorar a varias generaciones de americanos. Y quedan muy atrás precisamente en el terreno puramente legal. En los Estados Unidos, la segregación racial apenas puede apoyarse ya en un delgadísimo cimiento legal. Jurídicamente casi puede decirse que el problema ha sido superado. Pero una cosa son las leyes y otras las costumbres. Esas leyes descansan en los más puros ideales democráticos; pero esas costumbres tienen más de un siglo de arraigo, sobre todo en los Estados del sólido Sur, y constituyen uno de los hábitos mentales más típicos del hombre blanco sudista. El pueblo americano tiene que luchar, pues, en este asunto de la segregación racial en un frente que «se lleva en la sangre». Nos encontramos aquí ante una de esas situaciones dramáticas en las que los hábitos y los prejuicios, largamente heredados, están contra la razón, contra la conciencia, contra los ideales, incluso contra un código moral cristiano que forma la base espiri-

tual del pueblo americano. Hábitos y prejuicios tan profundos que una vez pusieron en peligro la unidad de la nación americana y que desde entonces permanecen soterrados, como gérmenes de una sorda e incruenta guerra civil. No puede dejar de encarecerse, en verdad, el valor de los legisladores que han tratado de abrir brechas importantes en esa muralla del racismo americano.

VAN CAYENDO LAS BARRERAS

Vamos a apoyar esto que acabamos de decir con fechas y datos concretos. Para no hacer muy prólijo este trabajo nos limitaremos a consignar las «fechas claves» a partir de 1940, cuando ya están disparando los cañones de la segunda guerra mundial:

25 de noviembre de 1940.—El Tribunal Supremo desestima una sentencia contra un negro, basándose en que personas de su raza habían sido eliminadas del Jurado.

25 de junio de 1945.—El Presidente Roosevelt creó una Comisión (Federal Fair Employment Practices Commission) encargada de eliminar las prácticas discriminatorias en la industria.

12 de marzo de 1945.—El Estado de Nueva York aprueba una ley prohibiendo la discriminación racial, por color o por origen nacional, en el trabajo, y crea una Comisión del Estado contra dicha discriminación.

29 de octubre de 1947.—El Comité de Derechos Civiles del Presidente Truman pide que se ponga fin a todas las formas de segregación racial.

3 de mayo de 1948.—El Tribunal Supremo establece que los «racial covenants», o acuerdos raciales destinados a imponer restricciones residenciales raciales, no pueden ser invocados ante los Tribunales.

26 de julio de 1948.—El Presidente Truman establece, por orden ejecutiva, la igualdad de trato y de oportunidad para todo el mundo, sin tener en cuenta la raza, en las fuerzas armadas americanas.

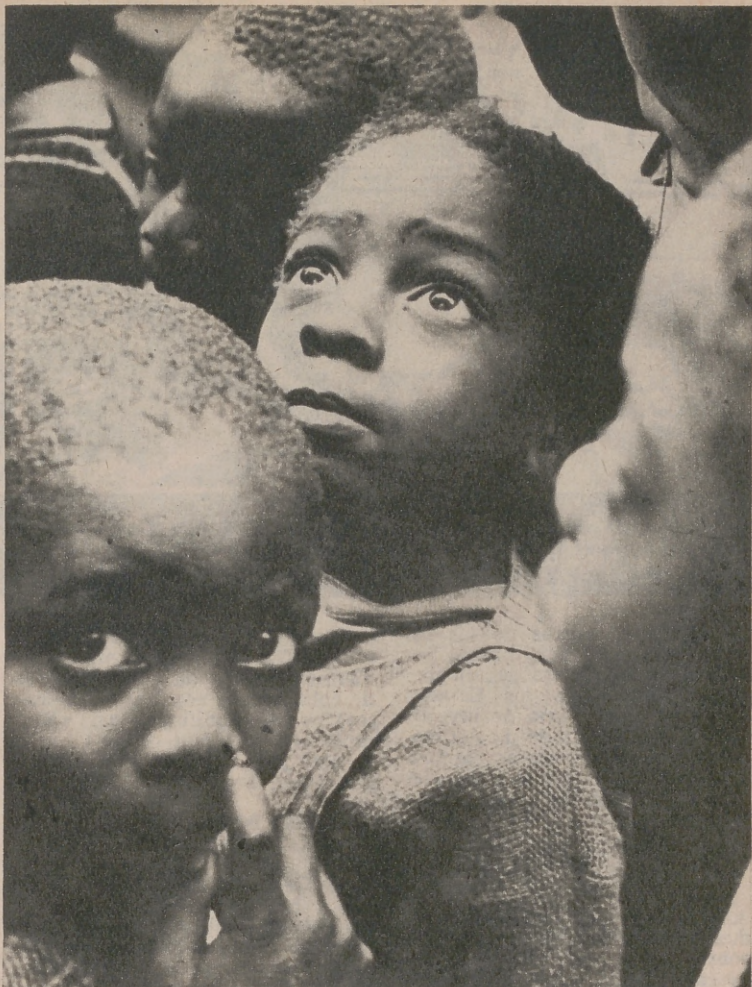
5 de junio de 1950.—La segregación en los coches restaurantes de los ferrocarriles es abolida por el Tribunal Supremo.

5 de junio de 1950.—El Tribunal Supremo se dirige a la Universidad de Oklahoma para que ponga fin a la segregación racial entre los estudiantes negros en las aulas, en las bibliotecas y en otros lugares.

17 de mayo de 1954.—El Tribunal Supremo prohíbe la segregación racial en las escuelas públicas, en virtud de la 14 Enmienda de la Constitución.

LA SEGREGACION EN LAS ESCUELAS

Como puede verse, una tras otra han ido cayendo «legalmente» las barreras de la segregación. Que después estas leyes se cumplen a medias o no se cumplen en ciertos Estados de la Unión, es cosa sabida. Volvemos al dilema entre las leyes y los hábitos. Pero en justicia no se puede acusar a los legisladores americanos de indiferencia y me-



La mirada de este niño negro parece puesta en la esperanza de un mañana mejor, en el que el sentido católico de la vida haya borrado definitivamente barreras raciales

nos aún de complicidad en el problema. Lo que ocurre es que la más elemental prudencia política exige dar tiempo al tiempo e impedir que el remedio sea peor que la enfermedad. Hay que tener en cuenta que en 17 Estados americanos—13 de ellos en el Sur—la segregación racial en las escuelas es exigida por la ley para referirnos al capítulo más reciente y que tanto alboroto ha armado, y que una situación tan vinculada a los recuerdos de la guerra civil no puede ser drásticamente alterada de la noche a la mañana.

En lo que a la segregación racial en las escuelas públicas se refiere, hemos de decir que ya el Senado aprobó una ley en 1874 aboliendo la segregación en las escuelas; pero esta ley nunca fué sometida a votación en la Cámara de Representantes, y el principio en que se basaba no fué incluido en la ley de Derechos Civiles de 1875. De forma que la cosa viene muy de atrás y ahora el Tribunal Supremo ha puesto fin a tan largo proceso por su decisión del 17 de mayo pasado. Ha caído una barrera más.

Sobre la situación en que se encuentran los niños negros ame-

ricanos en este importantísimo terreno de la educación, hemos leído en el libro de Manuel Fraga Iribarne «Razas y racismo en Norteamérica», lo siguiente: («Los negros tienen menos escuelas y mucho peores. Se calcula que la media anual de lo que presupuesta el Estado para la educación del niño blanco es de 80,26 dólares, mientras que para el negro es solamente de 17,04, la quinta parte. Se ha llegado a pensar seriamente en una gran protesta colectiva, retirando a to-



El cruce de la raza española con la aborigen de Méjico ha producido tipos de una gran belleza, como esta muchacha mejicana



La política de segregación racial seguida por Malan en Africa del Sur da origen con frecuencia a manifestaciones de protesta como las que recoge la fotografía. En las pancartas se leen las peticiones de los indígenas: «Voto para todos», «Igu al paga para todas», «Trescientos años de opresión blanca»

dos los niños negros de las escuelas públicas.» Este mismo tema está siendo objeto de un amplísimo estudio en los Estados Unidos por un equipo de investigadores, y el resultado de sus trabajos se ha publicado en un primer tomo con el título «The Negro and the Schools». («El negro y las escuelas»).

UNA FRASE DE JOE LOUIS

Casi toda la literatura anti-americana se ha hecho sobre el «pobre negro americano». El tema está, desde luego, al alcance de la mano. En estos últimos años, especialmente en Francia, ha abundado esta clase de literatura, que va desde «La P...respetuense», de Sartre—que estos días se encuentra en Moscú—hasta la pornografía negra de Vernon Sullivan, en «J'irai cracher sur vos tombes». Que la sociedad americana «segregacionista» no ha considerado nunca en serio lo que este asunto daña al prestigio de los Estados Unidos en el mundo, es cosa que uno puede comprobar en cualquier momento con asombro. No puede decirse, ciertamente, que esa sociedad—sobre todo sudista—atrincerada en sus privilegios y en sus prejuicios esté a la altura de la World-Leadership, de la jefatura mundial, que han asumido penosamente los Estados Unidos.

Sólo disponemos de un espacio muy limitado para abocetar la cuestión del «coloured people», de la gente de color americana. Pero entre las muchas sorpresas que esperan al estudioso de este tema hay una que no nos queremos dejar en el tintero y que viene a complementar lo que antes dijimos sobre «primero, americano» contra el «Back to Africa»: Contra la más elemental lógica marxista, que hace de la segregación racial una de sus palancas favoritas contra el imperialismo y contra la sociedad capitalista, el comunismo no atrae lo más mínimo al negro americano. Joe Louis, el gran campeón mundial de boxeo, dijo una vez durante la pasada guerra: «Hay muchas cosas que marchan mal en este país,

pero no será Hitler quien las arreglará.» Como el pensaban la inmensa mayoría de sus hermanos de color, y hoy esa frase tan sensata podría modificarse así: «Hay muchas cosas que marchan mal en este país, pero no será Malenkov quien las arreglará.»

EL PUEBLO DEL ANTI- GUO TESTAMENTO

Pero el tema del racismo no se agota hoy, ni mucho menos, en los Estados Unidos, una vez liquidado el racismo alemán, emanación monstruosa de aquel libro mitad sociología, mitad biología: «El mito del siglo XX», que escribió Alfredo Rosenberg. El racismo, en sus más crudas expresiones, sigue siendo uno de los ingredientes clásicos del imperalismo europeo, concretamente inglés y francés. Merece la pena ocuparse un poco de este instrumento de conquista del hombre blanco, como le llamó Kipling, manipulado por países que hablan con demasiada frecuencia de su condición de portadores de la civilización y que es una reliquia de la expansión colonial en el siglo pasado, época en que el inglés hizo una política netamente basada en su orgullo racial y el francés, una política basada en su espíritu burocrático y absolutamente falto de vocación colonizadora.

Los ingleses son racistas por temperamento y por convicción. Antes de que los alemanes hablasen del «Herrenvolk», del Pueblo de Señores, ya los puritanos ingleses, lectores asiduos del Viejo Testamento, habían identificado su raza con la del Pueblo Elegido. No hay frase más típicamente inglesa que esa que tanto molesta a los franceses y que dice: «Les negres commencent à Calais» (Los negros comienzan en Calais), es decir, al otro lado del canal de la Mancha. Todos los que vivimos fuera de Inglaterra somos, efectivamente, negros. Y los que son negros de verdad, Dios los apañe.

Negros todos. La impresión de haber penetrado clandestinamente en el santuario del Pueblo Ele-

gido no abandona al visitante «negro» en cuanto ha desembarcado en la isla. Bosques de cejas impertinentemente alzadas se ciernen sobre el pobre extranjero que «ae en Londres. Un personaje de una novela de Maurice Barling es calificado de «sospechoso y extravagante» porque tiene la inexplicable manía de viajar por el extranjero, donde, sin duda, debía «aburrirse espantosamente».

La conciencia de superioridad del pueblo inglés, en gran parte producto de su insularidad, ha sido exaltada, en todos los metros, por sus poetas, por sus novelistas, por sus filósofos y, sobre todo, por sus políticos. La idea del Imperio va indisolublemente unida a la idea del Pueblo Elegido y de la Grandeza británica. Lord Beaverbrook es un caso típico. «La idea que en todos mis viajes me sirvió de compañía y de guía es la convicción de la grandeza de nuestra raza», escribió, en el siglo XIX, sir Charles Dilke.

HERRENVOLK

Esta convicción inglesa de ser un pueblo de señores un Herrenvolk, ha tenido las consecuencias más desagradables que se pueda imaginar para los pueblos de color colonizados por Inglaterra. Si los franceses que están al otro lado de Calais son negros, pese a Victor Hugo, Molière, Napoleón, etc., no mereciendo, en consecuencia, otro trato que el que Kitchener dispensó a Marchand en Fachoda, antes del «matrimonio por razón de Estado» que fué la Entente Cordiale, ¿cuáles es el trato dispensado a los negros-negros, sin Victor Hugo, sin Molière, sin «Illustration». Y a los amarillos-amarillos, y a los mulatos-mulatos.

La idea imperial británica, decimos, está impregnada de racismo y se basa esencialmente en la superioridad del hombre blanco, entendiéndose por tal hombre blanco claro está, el inglés. Así, la historia colonial de Inglaterra, llena de matanzas, se hizo a punta de látigo. La Compañía de las Indias y otras similares, pensadas y mandadas por hombres que eran mitad mercaderes y mitad

aventureros geniales—Clive es el arquetipo—, no tenían precisamente preocupaciones culturales, civilizadoras o simplemente cristianas. Como escribía Eça de Queiroz, los ingleses, en la India, se dedicaron a traducir la poesía divina del Rígveda a la prosa mercantil del «Morning Post». En todas partes se hacía la misma traducción. Y el resultado es que la huella del espíritu británico en su mundo colonial se reduce, en la mayor parte de los casos, a un inglés chapurreado y a cierta afición por el whisky.

ETICA COLONIAL INGLESA

En cuanto a los métodos colonizadores británicos, permítanos el lector que transcribamos un párrafo de una conferencia titulada «Idea del Imperio», que pronunció el profesor Santiago Montero Díaz en julio de 1943:

«Nada como la situación de la India, puntal oriental del predominio británico (en aquella fecha todavía no se había emancipado), puede darnos una exacta impresión de la ética colonial inglesa. La política sanitaria observada en la India constituye una de las claves—desde luego la más desconocida—del régimen inglés en el enorme país asiático... Me atengo a las publicaciones oficiales del departamento sanitario de Delhi, concretamente al estudio publicado en 1939 (último que ha llegado a mis manos de procedencia india) por el «Health Bulletin», debido J. A. Sinton y titulado «What malaria costs India». Los datos de Sinton arrojan el resultado siguiente, expresado en sus propias palabras: «El paludismo es, en años ordinarios, responsable directamente, por lo menos, de un millón de muertos anuales, y en años de intensificación puede aumentarse esta cifra en 250.000 defunciones. Por acciones directas o indirectas, puede atribuirse al paludismo dos millones de muertes cada año.» Por su parte, la «Encuesta sobre las necesidades en quinina de los países palúdicos», publicada en Ginebra (1932), calcula que de los cien millones de palúdicos se tratan aproximadamente ocho, y la cantidad distribuida no pasa de dos gramos al año por caso tratado.»

Estos datos, provenientes de publicaciones oficiales inglesas o de organismos afectos a Inglaterra, son bien elocuentes. Inglaterra ejerce, sobre la producción mundial de quinina un control casi absoluto. Con la quinina se han amasado muy sólidos capitales. Pero la quinina de control inglés no va sino en parte deliberadamente mínima a aliviar la epidemia indostánica. Un pueblo palúdico es siempre un pueblo sumiso.

Podríamos acumular aquí mil testimonios más; como éste sobre la ética colonial inglesa. Pero vamos a recoger uno particularmente digno de crédito.

PEOR QUE LOS ANIMALES

En su libro «Así lo quería mi padre», Elliot Roosevelt, en el capítulo dedicado a la Conferencia de Casablanca, pone en boca del fallecido Presidente las siguientes palabras:



España no sólo llevó a América su sangre, su religión y su lengua; también un sentido fraterno de entender la vida en la que no existen barreras de color. La foto muestra la salida de las niñas de una escuela en La Habana

«—Tengo que decirle a Churchill lo que he descubierto hoy en su Gambia británica—y al decirlo puse un gesto de resuelta decisión.

Pregunté yo en el acto:

—En Bathurst?

Con emoción que revelaba el acento de su voz dijo:

—Esta mañana, a eso de las ocho y media, pasamos en auto por en medio de Bathurst, camino del aeródromo. Los indígenas estaban justamente empezando el trabajo..., vestidos de harapos, con aspecto sombrío... Nos dijeron que hacia el mediodía parecían más dichosos, una vez que el sol hubiese eliminado el rocío

y el frío. Me dijeron que el salario que para aquellos infelices regía era el de uno con nueve. ¡Un chelín con nueve peniques! ¡Más de 50 centavos!

Y yo pregunté estúpidamente.

—¿Por hora?

—¡Por día! ¡Cincuenta centavos por día! ¡Aparte les dan un tazón de arroz.

Se agitó intranquilo en su sitio, añadiendo:

—Sociedad, enfermedades; un índice de enfermedades muy alto. Le pregunté. El término medio de la duración de la vida no podrías imaginarte cuál es. Veintiséis años. Esa gente recibe peor



La hora de la comida en una escuela de las antiguas Antillas españolas

TELEGRAAFKANTOOR NIE-BLANKES

TELEGRAPH OFFICE NON-EUROPEANS



Numerosos lettereros en una estación sudafricana exigen el cumplimiento de las normas del «apartheid», que separan rigurosamente a blancos y negros.

trato que sus animales. ¡Su ganado vive más que ellos!

Un poco más abajo, Roosevelt padre preguntó a Roosevelt hijo: «¿Cómo están las cosas donde tú andas? ¿Cómo van en Argelia?»

Le dije que era la misma historia; un país rico; recursos abundantes; los indígenas irremediablemente pobres; unos cuantos coloniales blancos que vivían muy bien; unos cuantos príncipes nativos que vivían igualmente muy bien, y todo lo demás pobreza, enfermedades, ignorancia.»

Nosotros, lector, no quitamos ni ponemos rey. Ahí quedan esos testimonios, que hablan elocuentemente, es verdad, de la ética colonial británica. Y francesa.

EXPORTACION DE AMANUENSES

Vayamos ahora con ésta:

De Francia hemos dicho más de una vez que ha carecido siempre de vocación y de talento colonizador. Anatol France se preguntaba cómo un país como el suyo, racionalmente despoblado por el malthusianismo, que ni siquiera contaba con el número de franceses necesario para explotar todas sus riquezas, cometía la estupidez de lanzarse a aventuras coloniales, que exigen siempre una exportación de hombres de la metrópoli. La respuesta a esta pregunta podríamos dársela con palabras de Eca de Queros, quien, burla burlando, siempre ponía el dedo en la llaga: «La población de Francia no basta siquiera para Francia. Cuando se apodera violentamente de Túnez o del Tonkin, el único acto colonial que después practica es enviar a

la reciente colonia algunos soldados y muchos empleados públicos. Francia hace conquistas para exportar amanuenses...» «La expansión colonial de Francia no da así lucro ninguno o ampliaciones a la civilización general. Sólo promueve a través de los mares un traslado de amanuenses aburridos y disgustados.»

Naturalmente, este aburrimiento y este disgusto lo pagan los pobres indígenas. En el famoso libro de Celine «Voyage» su but de la nuit se habla con extrema elocuencia de los hábitos de esos amanuenses de exportación en una serie de escenas coloniales francesas que son un primor.

Es lógico, perfectamente lógico, que un país que no necesita para nada de imperio colonial carezca de talento y de vocación colonizadora. Ni siquiera el afán de aventuras lleva a los franceses por estos caminos, porque nada hay más contrario al espíritu aventurero que el espíritu burgués, esencia del alma francesa, y la ignorancia de la geografía. El Imperio francés es una construcción completamente artificial, hechura de un puñado de militares y de un puñado de burócratas.

Por eso todas las empresas coloniales francesas han carecido de aliento popular. El pueblo francés asistió impasible e indiferente a la creación de ese Imperio, y cuando la pasada guerra se produjo el desembarco aliado en el norte de África, un ministro de Vichy comentó lapidariamente:

—Nos hemos quedado sin horritas.

Esa impasibilidad y esa indiferencia han presidido la desastrosa campaña de Indochina. Sólo cuando la defensa de Dien Bien Fu comenzó a tomar caracteres de epopeya la Prensa francesa desempolvó la lira heroica. Y aun así fué preciso que el general Eisenhower dijese por radio que si De Castries fuese americano a aquellas horas sería ya general para que en París el Gobierno reflexionase:

—Pues es verdad. Nos habíamos olvidado de ese coronel De Castries. No habrá más remedio que ascenderlo a general.

El francés es demasiado frívolo e inteligente para sentirse un Herrenvolk o un pueblo elegido. Su manía nacional es la literatura. Pero ello no impide que el colono francés se cuente entre los más detestables del mundo ni que su sistema sea aborrecible por muchos conceptos. Su racismo es una mezcla de «palo y tente tieso» y de furor administrativo. La irritación permanente forma parte de ese sistema, y si en un tiempo pudo decirse que el Continente africano había sido creado por la Providencia para fastidiar al Foreign Office, hoy sería más correcto decir que fué creado para fastidiar al Quai d'Orsay.

Dejando a un lado la dureza de sus métodos, que pueden llegar al rapto de un Sultán de Marruecos según la técnica de una película de «gangsters», y de su constancial afán de lucro, el francés, más que superior a los tunecinos, argelinos o vietnamitas, se siente distinto de ellos. No los ha entendido jamás, y bien sabe Dios que jamás ha puesto mucho empeño en lograrlo. Cada vez que hay que nombrar un residente o un gobernador para las colonias, el Gobierno se ve en un aprieto, porque en esta rama colonial escapan las cabezas brillantes. Desde los tiempos de Lyautey sólo se han hecho ensayos, y siempre poco afortunados.

Si el lector desea completar este cuadro puede remitirse al párrafo de Elliot Roosevelt sobre la situación en Argelia. Yo creo que el falso príncipe de «Tartarin de Tarascón» resumió muy bien el estilo colonizador francés cuando decía sentenciosamente: «En su ma, para gobernar Argelia no se necesita una buena cabeza; ni siquiera se necesita cabeza.» Es toda una norma de conducta, seguida hasta aquí escrupulosamente. Y lo mismo vale para el resto del Imperio.

TODOS HERMANOS

El racismo, en cualquier forma que se practique, es contrario al código moral cristiano y la Iglesia católica lo ha condenado expresamente. Para la Iglesia no hay «línea de color». Y así como el espíritu de raza ha sido siempre un ingrediente básico en la idea británica del Imperio, dicho ingrediente jamás ha entrado en la composición del ideal imperial español. Nosotros celebramos cada 12 de octubre el Día de la Raza, de una sola raza que abarca nada menos que a 21 Repúblicas. Y ese día lo tiene por suyo ese fantástico amasijo de razas entrecruzadas que pueblan hoy el hemisferio occidental. Nuestra tradición en este terreno se

basó siempre en la proclamación teológica, hecha por Suárez, de la unidad del género humano. «Quien compara la historia de la colonización española—escríbe Montero Díaz—con la historia de la colonización británica contrasta en rigor dos maneras, puestas de entender la vida. Las Ordenanzas de los Reyes Católicos y el cardenal Cisneros reconociendo la libertad de los indios, las medidas del Virrey Martín Enriquez Almansa obligando a los españoles residentes en Méjico a constituirse en enfermeros de los chichimecas durante una formidable epidemia, la incorporación de los indígenas a la cultura universitaria, son fenómenos ininteligibles desde el punto de vista de la colonización inglesa, caracterizada por el exterminio de la población indígena en la América del Norte.»

Que conste que el señor Montero Díaz no exagera la nota al hablar de «exterminio de la población indígena». En 1765 la colonia inglesa de Pensilvania puso las siguientes «tasas» a las cacerías de los indios cazados:

Ciento treinta pesos españoles por el cuero cabelludo de todo indio varón mayor de doce años. Cincuenta por el cuero cabelludo de toda mujer india.

Ciento cincuenta por todo prisionero inglés liberado (con el cuero cabelludo en su sitio).

Estos datos los cita Manuel Fraga Iribarne en su libro «Razas y racismo en Norteamérica».

Jamás un conquistador español llevó una «contabilidad» de esta especie. Muchos de ellos no fueron ciertamente santos, porque además se presentaban pocas ocasiones de serlo, pero jamás recurrieron a estas prácticas abominables ni se propusieron en modo alguno exterminar a los indios. Hoy en ningún país de América del Sur hay «reservas de indios». El conquistador español podía apetecer el oro de los indígenas, pero nunca su cuero cabelludo.

La idea de pertenecer a un pueblo elegido, a un Harrenvolk, nunca acompañó a los conquistadores ni a los colonizadores españoles. Para ellos no había «línea de color», y los matrimonios mestizos fueron hábito corriente desde el principio. Hoy, al cabo de los siglos, los mestizos americanos se sienten legítimamente orgullosos de su ascendencia española.

NUESTRO ANTI-RACISMO

Por todos es sabido que nunca se exaltó en España el racismo ni se fomentó el sentimiento de pertenecer a una raza superior—habiendo tantos motivos para creerlo, especialmente en los siglos del descubrimiento, conquista y colonización de América—, ni se hipostasiaron los privilegios y superioridades del hombre blanco. Ni Gobineau, ni Chamberlain, ni Spengler, ni Rosenberg, ni tantos otros apologistas del racismo nacieron en España. En cambio, si era español Suárez, por ejemplo, de quien ya más arriba dijimos que había proclamado la unidad del género humano, y en esta tradición católica y ecuménica se fundó siempre nuestra idea imperial. Y español fué también fray Bartolomé de las Casas, que salió quieta y cristianamente en defen-



Viola Hashe, líder de la Liga de los Jóvenes Africanos, arenga a sus hermanos de raza en una de las plazas de Johannesburgo

sa del indio americano en su «Brevisima relación de la destrucción de las Indias», dirigida a Carlos V, exagerando retóricamente, aunque con la mejor voluntad, las inevitables crueldades de la conquista y dotando así de copiosa munición antiespañola a nuestros enemigos, que en el siglo XVIII forjaron la famosa «leyenda negra». Brevisima relación que, por cierto, no cayó en saco roto, pues Carlos V la tuvo muy en cuenta, corrigiendo excesos y abusos por medio de Ordenanzas y capitulaciones. Francisco López de Gomara, refiriéndose a esos excesos, escribía: «Oso decir sobre esto que todos cuantos han hecho morir indios así, que han sido muchos, casi todos han acabado mal.»

En fin, estábamos muy lejos del «scalp». Y si no resultase ocioso traer aquí a colación nuestras leyes de Indias podríamos proponerlas, aun hoy, como modelo para la Comisión de Derechos del Hombre de las Naciones Unidas. Hombres como Las Casas, Montesinos y Vitoria—escribió Fuentes Mares—nos hacen ver hasta dónde pudieron llegar los españoles del siglo XVI en la defensa de las eternas esencias: de la libertad, de la dignidad, del rango humano de la vida.»

SOLO LA PIEL DEL DIABLO

Todo lo que llevamos dicho vino a cuento de haber abolido el Tribunal Supremo de los Estados Unidos la segregación racial en las escuelas públicas. A nosotros los españoles nos cuesta trabajo creer que en la segunda mitad del siglo XX todavía persista el racismo, la «línea de color» entre

pueblos e incluso entre connacionales, y por eso necesitamos poner largos proemios explicativos a tan anacrónicas cuestiones que nuestros antepasados superaron—que ni siquiera se plantearon en realidad—en el siglo XVI. Por otro lado se dice tantas veces por ahí que España es un país «atrasado», que uno siente de vez en cuando la necesidad de proclamar que en muchas materias estamos ya de vuelta de donde todavía los otros no han llegado.

Y conste que no estamos hablando de agua pasada. Los españoles apenas hemos cambiado con la marcha de los siglos, y si antaño cristianamos y civilizamos a todo un Continente, poniendo el precio del cielo a la salvación de cada alma y no a la captura de cada cuero cabelludo, hoy nuestro Protectorado de Marruecos habla elocuentemente de nuestro genio colonizador y de nuestra capacidad para sentirnos hermanos de raza de todos los pueblos de la tierra, sin «segregaciones» de ninguna especie. Fué un poeta español, Agustín de Foxá, quien en su «Romance de Abdeladid» terminaba con estos versos:

*Los poetas de Castilla
te dirán con lengua brava:
también tienes tu cuero,
español de piel tostada.*

En realidad, la única piel que no respetamos los españoles es la piel del diablo.

M. BLANCO TOBIO



Una fiesta infantil en Méjico, en la que puede observarse la perfecta convivencia de las distintas razas

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS VIVOS

SEÑOR DON MIGUEL VIZCAINO

TODO cuanto atraiga la atención hacia Almería es lícito y compensador de la continua diáspora, de la evasión de los almerienses de esta tierra centrífuga y disociadora que les impele a salir expatriados en renovadas emigraciones. Sólo la Organización Sindical y la Secretaría General para la Ordenación Económico-social de España se han puesto a echar el freno a un pueblo tan estático, tan desenfrenado, tan frenético. Cuando se viaja desde Murcia hasta Almería, hay en la carretera un indicador con un letrero que señala un nombre de lugar en el lado derecho: es Antas, que no se percibe, que no está a la vista, pero cuya tremenda geografía esteparia ha producido al atracador solitario de Barcelona, aquel casi adolescente jovenzuelo que había desvalijado a más de veinte taxistas sin ayuda de nadie, como un planeta procedente de un paisaje sideral y que irrumpiese en medio del firmamento de Cataluña, con agresividad y con melancolía, con hambre y con orgullo; porque los almerienses han nacido encima de la gleba más antiguamente civilizada de la Península, cuya cultura del Algar, en las inmediaciones de Antas, es anterior a los períodos más opulentos de la Prehistoria. El almeriense así se marcha a Argelia y al Brasil, comercia con la India y Escandinavia, y cuando ha retornado de las cinco partes del mundo y se instala en la barriada industrial de una ciudad catalana, en medio de los suyos, integrando un clan con recuerdos milenarios, a la única casa donde vive un hombre del país, sin que hubiera llegado de Almería a través de los caminos del Cosmos, la llama la casa del catalán, como una concesión que se permitiese su carácter hospitalario. Porque nadie existe en la Humanidad que sea tan cortés, afable y urbanizado cual este ser empujado por la miseria al abandono de sus lares que se despueblan.

Presume con razones el catalán de sacar de las piedras pan, a la manera de un sillogismo agrario que se extiende a la industria y hasta al comercio; pero tus paisanos de Ohanes fueron los primerísimos en deducir de la piedra más piedra, del risco puro y escalonado, convertido en macetas, algo más selecto y nutritivo que el pan, algo que representa la geología almeriense y a la vez su caracterología entrañable, por debajo de la costra dura, lunar y desértica, o de la piel más empedernida de los racimos, rezuman los yacimientos metalíferos de sus mi-

nas, las bondades de su población en crisis y el zumo de la uva tan denso, dulce, tonificante y suave como un néctar. La uva de Almería es la quintaesencia del alma soterrada de Almería, del alma que buscan los zahories para crear oasis, del alma que explota en la poesía de Francisco Villaespesa, sacándola del fondo del cráter del Peñón de la Almirez, el volcán extinto de la Penibética, y que, sin embargo, es un candelabro encendido por encima de la Alpujarra. La gente de Ohanes inventó la uva de Almería, que fué el cultivo de una gente tenaz e ingeniosa y, por lo tanto, no dispuesta a perecer, cuando la sajarización creciente del terreno y el despotismo extranjero sobre la minería estaban imponiendo el éxodo masivo de una provincia sin agua, sin pan y sin presente. El negocio de la uva detuvo la despoblación total de esta España que cerraba sus cotos mineros y ofrecía al viandante el espectáculo inhóspito en un ámbito tan hospitalario de las viviendas vacías que te desmoronaban, cual el caso de Gérgal, porque el hogar había expulsado a la familia. La explotación industrial de la chumbera, extrayéndose del higo chumbo desde alcohol a caucho sintético, resolverá muchos problemas almerienses gracias al ingeniero agrónomo Mendizábal y al Ministro de Agricultura.

La suerte de Almería en los últimos quince años ha sido la persistencia de sus Gobernadores Civiles falangistas en no rendirse al desaliento y en creer con una fe mesiánica en el porvenir absoluto de la Patria, con sus cincuenta provincias sin excepción, incluida Almería, que, dado su apartamiento, con pésimas comunicaciones, de la Corte, había caído bajo el feudo británico, que enviaba cónsules como procónsules de Roma, y por medio de las logias masónicas, enrolando a los mercaderes de su litoral, influía en los hábitos de la vida cotidiana y en una vinculación política, psicológicamente servil hacia una metrópoli que consumía la uva, el esparto y las entrañas minerales. Este sentimiento colonial, que nunca lo sentí como resentimiento, me condujo la pluma de hijo de almeriense al redactar una proclama jubilosa con motivo de un viaje del Caudillo a Almería. Titulé, hace más de una década, mi esperanza con el título de «Almería en libertad», postulando el renacimiento de una Almería más completa que la Almería vera, que la Almería de las minas de toda clase, explotadas por el extranjero, que la Almería inmortalizada por Ramón Ledesma Miranda en «La casa de la Fama» (una Almería mercantil y navegante), que la Almería del siglo XVIII, cuando los gobernantes de Don Carlos III la pusieron en forma; que la Almería musulmana, que la Almería ibérica, que la Almería germen y matriz de la civilización española. Desde entonces he escrito más artículos con el mismo tema y he dirigido cartas semejantes a la que te escribo hoy. Tengo la decisión de dirigir otras cartas parecidas a todos los almerienses de Almería y a todos los almerienses que se encuentren en el orbe, si es menester uno por uno, para que cada cual fomente esta conciencia de la Almería que llevamos dentro. Hay que agradecer a los Gobernadores Civiles, desde Rodrigo Vivar a Manuel Urbina, su constante angustia ante una pobreza que han mejorado sobrehumanamente; hay que agradecer a los buenos Alcaldes su gestión, hay que agradecerte a ti, Miguel Vizcaino de Ohanes, Secretario Nacional de Sindicatos, tu difícil empeño de ensartar, merced a la Delegación Nacional de Sindicatos, la provincia de Almería con la aguja de oro que une y potencia a España. Pero más allá y más acá de nuestra gratitud tiene que sostenerse vuestro esfuerzo, para que el plan tramado por la Secretaría General para la ordenación económico-social se realice. Mientras este proyecto de plan se transforma en porvenir, nuestra voluntad y nuestra fantasía han de quitar dolor, tristeza y apocamiento a las páginas que se me clavan como puñales de su preámbulo, cuando comienza así: «El problema fundamental que actualmente pesa sobre la provincia de Almería lo constituye su pobreza extrema...»

LEA Y VEA
TODOS
LOS SABADOS
EL ESPAÑOL

Nuevas reflexiones para don Jesús Iribarren

II

EN nuestro número anterior dedicábamos un primer comentario al artículo escrito («a título personal y ajeno al cargo») por don Jesús Iribarren en la revista «Ecclesia», titulado «Reflexiones de un participante».

Adelantábamos que no era exacta la cita y la interpretación que pone en boca del eminentísimo Cardenal Primado. Dice el señor Iribarren: Nuestro Cardenal Primado dijo ya en momento oportuno su palabra autorizada y serena sobre una vía media entre el libertinaje y la censura previa que sería la ley; y eso me ahorra discutir sobre lo que la Iglesia piensa de los beneficios de la censura estatal. Pues bien: el eminentísimo Cardenal Primado no escribió en esos términos: no puso la vía media entre el libertinaje y la censura previa, sino que afirmó que entre el desenfrenado libertinaje de la Prensa y el estatal totalitarismo de la Prensa existe el punto medio de una responsable libertad de Prensa.

He aquí el texto íntegro: Enseña Santo Tomás de Aquino que todas las virtudes morales consisten en el medio, y por ello es sumamente deplorable que no se quiera reconocer que entre las libertades de perdición, el desenfrenado libertinaje de la Prensa para el engaño y la corrupción del pueblo, condenado siempre por la Iglesia, y el estatal totalitarismo de la Prensa, existe el justo medio de una responsable libertad de Prensa, propia de una sociedad cristiana y civilizada, que es el que defiende el cristiano Fuero de los Españoles...

Los extremos condena el Cardenal: el libertinaje desenfrenado de la Prensa y el totalitarismo estatal: el justo medio lo encuentra en una responsable libertad de Prensa. ¿Puede decir con verdad el señor Iribarren que aquí se condena la censura previa tal y como se ejerce por el Gobierno español? ¿Puede decir que aquí se califica de totalitario a nuestro Estado?

El Régimen español no es totalitario porque es católico y así lo ha reconocido la Iglesia. El totalitarismo ateo está condenado por Roma y es, por tanto, incompatible con el catolicismo.

El Estado es totalitario cuando se constituye en la fuente única y exclusiva de derechos y deberes y cuando además, con relación a la Prensa, convierte a los periodistas en funcionarios del Estado. Ni el Estado español se constituyó ni se consideró en momento alguno única y última fuente de todos los derechos de la persona, ni los periodistas son ni fueron nunca, como tales, funcionarios del Estado.

No es, pues, exacta la cita ni la interpretación que hace el señor Iribarren de las palabras del Cardenal Primado. Pero es que además representa una manifiesta ligereza, realmente inexplicable en él, dar por sentado que «la censura previa» y «la responsable libertad de Prensa» son términos objetivamente contradictorios.

El señor Iribarren no puede desconocer que el hombre, en cualquiera de sus actividades, no tiene libertad moral sino para el bien. La razón y el pensamiento pontificio sobre el particular son terminantes, y la obliga ortodoxia de este principio para la Prensa no sólo es innegable, sino particularmente exigible a ella en todo momento. En un Estado católico como lo es el español, el ejercicio de la censura previa no tiene, en última instancia, sino esta explicación: la de hacer compatibles el bien común y la libertad de criterio de cualquier periodista o redactor, impidiendo que prevalezca esta libertad de criterio y de redacción cuando no se ajusta a lo que pide la verdad, la doctrina de la Iglesia o los intereses auténticos de la comunidad, que son a los que se debe, ante todo, el periodista. Se trata, pues, más que de una acción que elimine la libertad de criterio o redacción, de una función preventiva de cooperación armónica y tutelar del bien común. ¿Puede el señor Iribarren decir que coar a la sana libertad de los escritores católicos el hecho de que la Iglesia tenga ordenada la «censura previa» para los sacerdotes sobre todos los temas, y para los seglares en las materias que se relacionan directa o indirectamente con el dogma o la moral? La Prensa puede estar de hecho junto a Dios y a su Iglesia o contra Dios y su Iglesia, al servicio de la Patria o contra la Patria, al lado de los principios

eternos que han de guardar toda política correcta y todo Gobierno responsable o junto al error, el vicio, la inmoralidad. ¿Puede ser indiferente y ajeno a esto el Estado, y sobre todo un Estado católico? ¿Puede el señor Iribarren, desde un punto de vista doctrinal y hasta desde un punto de vista práctico, mantener como indiscutible que en lo que a la información se refiere, es preferible «corregir a posteriori que prevenir»? ¿Se invalida por eso automáticamente el concepto verdadero y católico de «justa libertad de Prensa»?

A este propósito creemos oportuno recordarle una pastoral del Cardenal Dalla Costa que mereció los honores de la inserción de su texto íntegro en «L'Osservatore Romano»: Nadie puede afirmar que sea más seguro castigar el error y la culpa cuando han sido conocidos, que impedir que se lleguen a cometer. La censura que previene excluye toda clase de procesos con todos los inconvenientes que los acompañan, el debate, la defensa, las apelaciones, las condenas, las multas, la cárcel. Todo esto es excluido por la censura preventiva. Además, la libertad de Prensa tal y como hoy se entiende, pone al mismo nivel a todas las religiones y a las doctrinas más opuestas, la verdad y la falsedad, el bien y el mal; supone que todas son capaces de doctrinar sobre cualquier cosa, que todos son capaces de aprender cualquier cosa, lo que es el «summum» del absurdo. Así se pronuncia el Cardenal Dalla Costa, hablando precisamente del deber que pesa sobre el Estado en estas cuestiones y, concretamente, del procedimiento que ha de estimarse más conveniente.

Del padre Taparelli, en su «Saggio teoretico de Diritto Naturale», son estas palabras sobre la censura: Ciertamente, la censura, como todo otro Tribunal y todo otro medio social de perfección, debe ser desempeñada por personas íntegras, bajo las leyes bien pensadas, bajo inspectores vigilantes; y llega a decir: Pero querer abolirla porque le falten esas condiciones, es matar para curar, teoría médica muy usada por ciertos políticos de hoy.

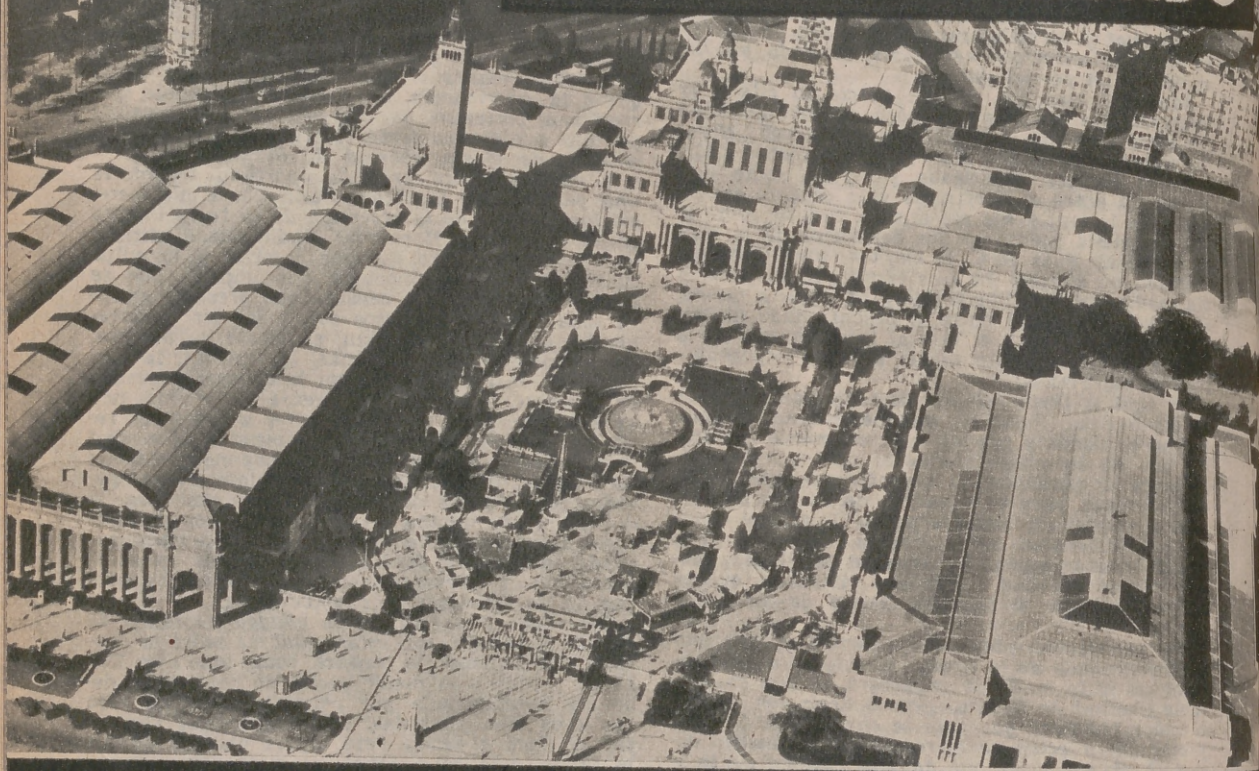
En esta línea se mueve igualmente, entre otros muchos, el padre Güenechea, S. J., catedrático de Derecho Político en la Universidad Gregoriana de Roma. Después de calificar de «declaraciones exageradas» los alegatos contra la censura previa estatal, de afirmar que es mejor prevenir que castigar y de rechazar algunos sistemas y arbitrarios esocogidos para obtener sin censura los mismos resultados positivos que ésta, resume así su juicio: La censura previa no carece de inconvenientes. Sin embargo, parece que debe ser aceptada moderadamente, al menos en las cosas de gran importancia, teniendo siempre en cuenta las circunstancias de lugar, tiempo y persona.

De las circunstancias de lugar, tiempo y persona tan imperativas dentro de la recta administración, se olvida por completo el señor Iribarren. No así, por ejemplo, Martín Sánchez Juliá, que, en cierta ocasión, decía acerca de estos temas de Prensa: Las circunstancias han cambiado mucho en todo el mundo en veinte años, y corresponde a la prudencia política aplicar los principios a las realidades históricas de cada momento. Hoy no podemos adoptar soluciones liberales cuando tenemos enfrente la gigantesca fuerza del Estado totalitario encerrado en la tremenda amenaza del comunismo. Y del comunismo —como me han dicho en Roma— «non si torna più». El comunismo, que, con la masonería, el protestantismo y otras fuerzas, mantiene contra España, la España católica, renacida de una Cruzada, una guerra declarada con una formidable y tenaz ofensiva.

Tampoco hoy podemos dar por terminadas estas reflexiones:

Muchas consideraciones nos quedan aun por hacer en torno al poco afortunado artículo del señor Iribarren. Sólo queremos añadir que, como era de esperar, algunos diarios, que se caracterizan por su contumacia en deformar la imagen de España, como el «New York Times» y «Le Monde», han acogido con tipografía inusitada los sofismas y falsedades del señor Iribarren, que, según afirma nuestro agregado de Prensa en Washington, han causado aquí más daño a España que la propaganda de los rojos durante los últimos seis meses.

UNA VENTANA ABIERTA AL MUNDO



NUEVE MIL EXPOSITORES Y CINCO MIL "STANDS" EN LA XXII FERIA DE MUESTRAS DE BARCELONA

Trescientos millones de pesetas importan las mercancías expuestas en este certamen con raíces en la Edad Media

UNA Feria, cuando crece, pide espacio y papel. Si en medio del campo se alcanzan tingladillos y banderetes, las cosas se arreglan aprisa y sobre la marcha. Pero un moderno certamen, amplio y universal, no puede ser improvisado. Muchos metros cuadrados de terreno son asiento indispensable. Este año, la Feria de Muestras de Barcelona ha exigido catorce mil más que el anterior. Y el próximo habrá que hacer otro añadido si las cosas siguen así. Parejamente, la guía del ferial ha pedido quinientas páginas más. Ahora son dos mil las precisas para que cada expositor figure con sus mercancías. Hasta de la lejana China han llegado hombres y cosas. Raro es el país con peso específico dentro de la industria o el comercio que no ha enviado representación escogida y cuidada. Oasi de la Edad Media le viene el origen a este mercado anual que ahora celebra su XXII versión en estilo moderno. Lo espectacular es en él secundario. Lo único que se busca con los colores y los adornos es alegrar la

vista. Donde la Feria adquiere su verdadera hondura es en las silenciosas operaciones bancarias que acompañan, como consecuencia directa, a los pedidos. El que comercia vive y ayuda a vivir a los demás. Barcelona, en estas jornadas, es un centro de expansión cuyo empuje se extiende por toda la geografía del mundo.

¿TIENE USTED TRESCIENTOS MILLONES DE PESETAS?

Puede entrarle el capricho de comprarlo todo. O, por lo menos, quizá tenga usted curiosidad por saber cuánto vale el material que al público se muestra. Pues bien, al que quisiera dejar vacíos los «stands» le costaría la broma, más o menos, trescientos millones de pesetas. Para transportar su adquisición no le bastaría con los camiones expuestos. Tendría

Los juguetes también tienen sitio. Un muñeco achulapado da vueltas al organillo



que echar mano de muchos trenes. Por otra parte, si cada visitante le diera a usted una peseta, le haría millonario. Un millón y medio de personas recorrieron el año pasado las instalaciones. Y en éste ha de crecer aún más la cantidad. Por lo que se puede inferir de las peticiones de plazas en los hoteles, y de los anuncios recibidos por los organizadores, el porcentaje de visitantes extranjeros va a crecer hasta alcanzar un cuarenta por ciento del total. Cuatro veces más que en 1953. entre unas cosas y otras, la Feria ha ido adquiriendo una importancia fundamental. Más de dos mil coches se estacionaron en el parque de Montjuich, junto al antiguo palacio de Proyecciones, el día de la inauguración. Había matrículas de todos los países. Un auténtico Babel de iniciales y números. Gallardetes y banderolas coloreaban el aire. Y las dos torrecillas venecianas de la portada ponían un contrapunto de gracia vertical.

DE CASTA LE VIENE AL GALGO...

Sería inútil tratar de descubrir ahora la historia comercial de Barcelona. Pero no está de más mirar atrás. Entre los muchos testimonios que se conservan de Ferias viejas destacan, por su antigüedad, las anotaciones del Dietario del Antiguo Consejo barcelonés. Allí se cuentan las idas y venidas de los estandartes que se ponían. Un año —1447— fué don Nicolás Guixart el que tomó las enseñas a su cargo recibéndolas y devolviéndolas como estaba mandado. Otro —1449—, Nicolás Guixart se encargó de llevar las banderas a la Lonja, y Juan Ferrer Curtidor las devolvió. Luego siguieron las cosas por el mismo camino. En 1646, por ejemplo, y el primero de enero para ser



La animación no decae. Curiosos e interesados recorren el ferial

puntuales, «el señor Virrey, asistido de muchos caballeros, así catalanes como franceses, fué a caballo a visitar la Feria del vidrio y otros artículos, instalada en el Borne, y después de haber paseado por la plaza dos o tres veces y saludado a las damas que hacían su visita a los puestos e sus coches, regresó a palacio».

Para el señor Virrey, lo cortés no quitaba lo valiente. El iba a su obligación. Pero no dejaba de lado los cumplidos. El dietario antiguo, al lado del dato utilitario, nos deja una viva imagen, brillante como un relámpago, de la pulida ceremonia de la España de los Austrias.

EN 1914. UNA EXPOSICION DE JUGUETES

A veces, las cosas necesitan ser resucitadas sin que hayan muerto del todo. Barcelona seguía fiel a su tradición, pero faltaba una muestra continua y regular de su poderío. De proporcionarla se encargaron, aunque parezca mentira, los jugueteros. Fué en 1914. La Guerra Europea estaba al caer. Pero aquella circunstancia no arredró a la Asociación Nacional de Fabricantes de Juguetes. En el mes de junio inauguró su primera Feria-Exposición. El salón de actos del Fomento del Tra-

bajo Nacional, repleto de ilusiones para los chavales, como si hubieran llegado con adelanto los Reyes, sirvió de escenario. Dos años después, en 1916, surgió la idea de ampliar la aportación de muestras a toda la industria. Como toda innovación, el propósito no se hizo realidad inmediatamente. Don Federico Barceló se quejaba en 1919 de que aun no se hubiera comprendido la necesidad de la ampliación. Pero pronto se abrió paso el proyecto y el entusiasta don Federico tuvo la alegría de ocupar la dirección general de la Feria desde 1942 a 1952. En este año falleció. Mas al morir ya había visto plenamente lograda aquella esperanza de sus años de juventud.

ES FACIL ENCONTRAR LO QUE SE BUSCA

Entre el mare mágnam de «stands» parece difícil orientarse. A cualquier desprevenido le costaría trabajo hallar aquello que más directamente le interesase, de no haber tenido los organizadores el cuidado de instalar unos curiosos indicadores luminosos. Basta con apretar un botón. Entonces aparece en un tablero, con toda claridad, el emplazamiento exacto del grupo de mercancías que se desee conocer. Y así, entre

Lineas estilizadas predominan en los stands. He aquí un ejemplo





apisonadoras y arados, si se recorre la avenida de María Cristina, o cruzando junto a casas prefabricadas, si se transurre por la avenida de la Técnica, el visitante se dirige a tiro cierto al lugar de su preferencia.

Las aceras de la avenida de María Cristina se han utilizado para instalar «stands» por primera vez en esta ocasión. Ellas se reparten con el nuevo palacio de la Metalurgia, el aumento de superficie conseguido este año. En otro aspecto se ha logrado una distribución más racional de los productos en las diversas zonas. Un sesenta por ciento de la extensión está ocupado por los expositores nacionales. El resto, por los extranjeros. La visita resulta ahora mucho más cómoda. Lo cual es importante. Porque no hay que olvidar que muchos de los que acuden lo hacen, simplemente, para trabajar. Es decir, para comprar o para vender.

ALGUNAS COSAS SE REGALAN

Sonrisas y chicas guapas abundan en los «stands» Para probar caldos y bebidas hay que llegar a la plaza del Universo. A veces se forman colas, cosa que no tiene nada de extraño. Al lado mismo se hallan los materiales de construcción. Y a cada momento salen al paso instrumentos ópticos, materiales plásticos, aparatos de radio y televisión... Nada falta. Al automóvil le ha sido dedicado un pabellón entero: el palacio de la Reina Victoria Eugenia. Allí, los Pegaso se codean con vehículos procedentes de todo el mundo. Las miradas se animan al contemplarlos. Un tiento al bolsillo, sin embargo, desilusiona a muchos de los espectadores. Pero la vista lo pasa bien allí.

Los pabellones más originales corresponden a Norteamérica, Suecia y Suiza. Los suizos se han traído una novedad espectacular: el giro-stands. Veinticuatro escaparates dan vueltas y más vueltas enseñando al público su contenido en una lenta sucesión de perspectivas. A la gente le ha gustado el mecanismo y se detiene ante él durante un buen rato.

Los cambios han llegado hasta



Arriba: Una exhibición práctica de las máquinas expuestas.—Abajo: Don Félix Escalas Chamení, presidente del Comité ejecutivo

el pavimento. De estas variaciones se han encargado los expositores de automóviles, camiones, autobuses, motocicletas y bicicletas. Para ellos, el negocio va sobre ruedas. Y quieren que ruede sobre terreno liso y llano.

MILLARES DE GLOBOS Y UN ESTREPITOSO CONCIERTO DE SIRENAS

Los maceros iban en cabeza. Detrás, una numerosa comitiva, presidida por el Ministro de Educación Nacional. Era el día primero de junio, señalado como fecha inicial del certamen. A marchas forzadas habían sido terminadas las instalaciones. La última mano de pintura, el último foco, el cuidado final... Todo estaba a punto. El campo de la Feria hervía de gente. En los discursos se habló de divisas, de importaciones y exportaciones. Allí el Subsecretario de Comercio señaló que en 1953 habían ingresado 830 millones de intercambio. El aumento sobre 1950 no es despreciable: 560 millones más. Lue-

go de palabras de bienvenida y salutación se procedió a la bendición del recinto. El vicario general de la diócesis, doctor Serra Puig, tuvo a su cargo la ceremonia religiosa, celebrada en la plaza de la Universidad. Y en seguida, las sirenas comenzaron a sonar en un estrepitoso concierto, al tiempo que miles de globos de todos los colores se elevaban. La XXII Feria Oficial e Internacional de Muestras de Barcelona quedaba abierta al público. Con ella recibe una poderosa inyección el turismo en la Ciudad Condal. Todos los años ocurre lo mismo. Pero en grado mayor, según el tiempo pasa.

MAS DE TRES HORAS A TRAVES DE LOS «STANDS»

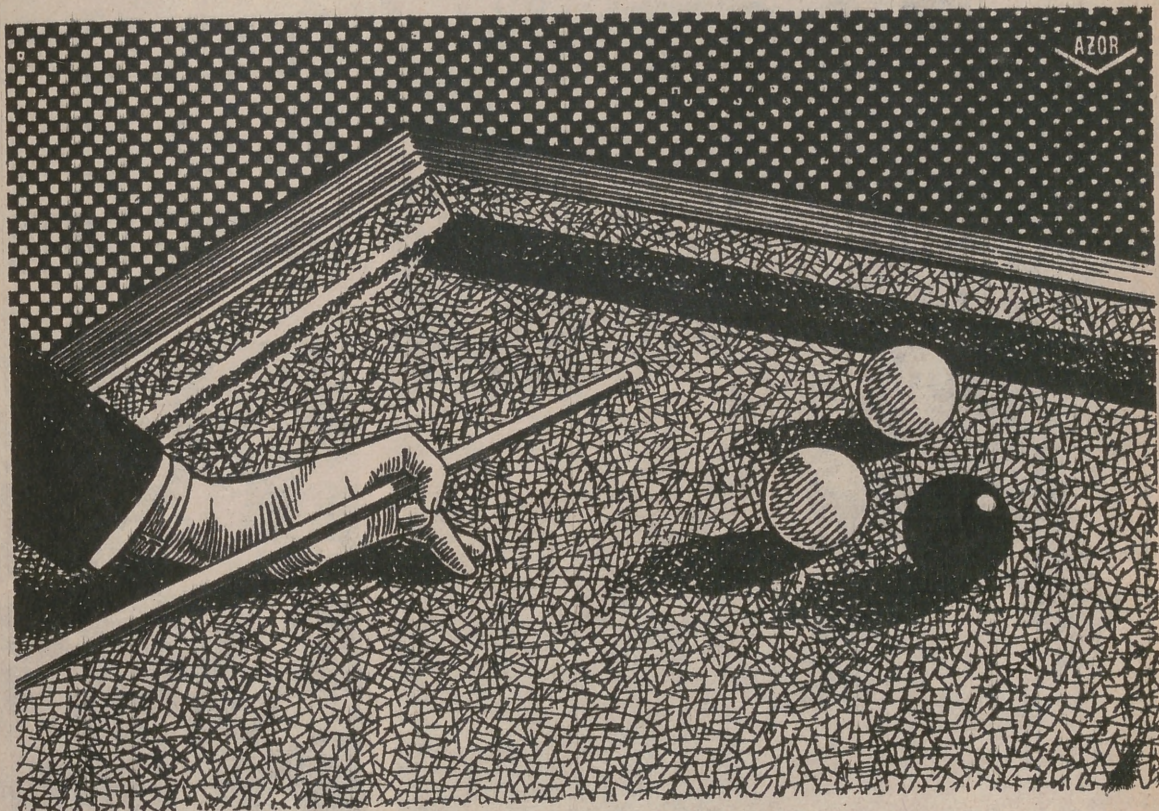
Aunque los coches ayudaron a que el recorrido fuera menos duradero, las autoridades hubieron de invertir más de tres horas en su trayecto por el ferial. Son aproximadamente nueve mil los expositores, y el número de «stands» bordea los cinco millares. Para poder hablar con comodidad con los clientes de dentro y de fuera, ochocientos teléfonos han sido instalados. Un dato más: solamente la reconstrucción del palacio de la Metalurgia ha importado diez millones de pesetas. Las cifras grandes se manejan con abundancia. En la Feria todo se hace con gran estilo. Claro que de las estadísticas se escapa algo fundamental: el entusiasmo y las ganas de trabajar. Si este aspecto pudiera recogerse en números, seguramente se superarían los guarismos de seis cifras. Pero el caso es que Barcelona entera, resumida en los hombres que forman los Comités organizadores de la Feria, da a conocer, de un modo global y directo, su poderosa fuerza creadora. Entre los organizadores, por citar un nombre, don Félix Escala Chamení, presidente del Comité Ejecutivo, ha puesto su experiencia y capacidad al servicio en la tarea. Con él, todos los demás miembros contribuyeron al gran éxito de la versión de este año.

CATORCE BANDERAS ONDEAN AL VIENTO

Austria, Bélgica y China son los tres novatos. Hasta ahora nunca habían acudido. Con las suyas son catorce las banderas desplegadas al viento, en torno a la enseña rojo y gualda, sobre un noble conjunto de frutos del trabajo universal. La fama que siempre ha tenido la Feria de Muestras de Barcelona se acrecienta de año en año. Los hombres de negocios acuden sabiendo que hallarán alguna novedad práctica y útil. Es una ventana abierta al mundo de la técnica y la industria. Gracias a los objetos allí mostrados, las cosas se hacen luego mejor. El intercambio aumenta. Y se abren caminos para un mejor crecimiento de nuestro resurgir industrial en todo el mundo.

Rosa NUGUE y F. C. DUBERT

Acertar...



Acertar es también vencer, llegar; es, como vulgarmente se dice, dar en el clavo. De ahí la alegría que sentimos cuando acertamos en cualquier cosa

Elija VETERANO y tendrá la satisfacción de haber acertado plenamente



BRANDY VIEJO

VETERANO

OSBORNE

A5.149

PUERTO DE SANTA MARIA

AZOR, Reina, 25. Madrid

UNA PARTIDA

GINEBRA, LA CONFERENCIA DE LA ULTIMA OPORTUNIDAD



Chu En Lai, severamente vestido y con gesto impenetrable, llega al Palacio de las Naciones de Ginebra

ESTAS viejas señoras inglesas, estos rentistas retirados, esta burguesía calvinista, todo este mundo de opulentos y tranquilos desocupados que pasean a lo largo de los «quais» del Lemán, toman el té en la terraza del bello pabellón del parque de Eaux Vives, comen excelentes truchas en Le Globe, donde aun parece vagar el recuerdo de Briand, apenas se dan cuenta, al ver pasar los brillantes «Zim» y «Zis» cargados de delegados y diplomáticos soviéticos y orientales, que están codeándose, en el mismo centro de Ginebra, con lo que la Europa del otro lado del «telón de acero» y Asia tras su «telón de bambú» cuentan de más inquietante.

A pesar de todas las purgas que se han producido en los partidos y Estados comunistas, existe hoy un equipo de revolucionarios profesionales que llevan a cuestras veinticinco y treinta años de permanente consagración a su causa. Uno de los centros de entrenamiento revolucionario más fecundos fué, hace ya treinta años, la Academia Militar de Whampoa, en Cantón. En esta populosa ciudad, sacudida por la convulsión que

originó el movimiento del doctor Sun Yat Sen, recalaban por entonces los exilados políticos de todas las naciones de Asia: una mezcla de bajos fondos y agitación ideológica. Era la capital de la revolución nacional provocada por Sun Yat Sen. Los comunistas chinos se habían afiliado a su partido, el Kuomintang, en el que Moscú fundaba todas las esperanzas de su política oriental. Me refiero a la época de Borodin y de Bluecher. El primero, que tenía su despacho en el Consulado soviético, utilizaba como intérprete a un joven anamita, un tal Nguyen Ai Quoc, al que se conoce hoy con el nombre de Ho Chi Minh. Bluecher tenía un joven ayudante de sobresaliente habilidad llamado Chu En Lai. Ambos, el anamita y el chino, procedían de la exquisita aristocracia mandarina. Chu En Lai, que ya había danzado por París, Londres y Berlín, y había hecho su primera visita a Moscú, se convirtió pronto en el jefe del departamento político de la Academia. Este puesto le sirvió para ejercer una influencia decisiva en la formación de los futuros oficiales. Entre los alumnos de Whampoa figuraba otro muchacho anamita, un tal Pham Van Dong, que es en la actualidad viceministro del Gobierno de Ho Chi Minh. Así, a la vuel-



Arriba, a la derecha, nortecoreanos chinos llegan a Ginebra. — Abajo, sonrisas, bienvenidas, Chu En Lai y postra ante Molotov

ta de los años, las extrañas circunstancias de la política contemporánea han hecho coincidir en las orillas del lago Lemán, en estrecha unión, a Chu En Lai y Pham Van Dong. Dos acérrimos

SE JUEGA ENTRE BASTIDORES



PARA LOS RUSOS Y SUS AMIGOS EL "COCKTAIL" ES TAMBIEN UN ARMA DE COMBATE

enemigos de la civilización occidental se han instalado desde hace un mes en el propio corazón de Europa.

ULTIMA OPORTUNIDAD

El 18 de febrero último los «cuatro grandes», reunidos en Berlín para estudiar los problemas europeos, no se pudieron poner de acuerdo sobre ninguno de ellos, y sólo coincidieron en volverse a reunir el 26 de abril, en Ginebra, para discutir los dos problemas asiáticos más ardientes del momento: Corea e Indochina. La finalidad de la conferencia, al menos según la letra de su convocatoria, era suprimir, o si no disminuir, la tensión internacional amenazada de agravarse por causa de aquellos problemas de Asia. Se trataba de hacer pasar a Corea del estado de armisticio al estado de paz y conseguir en Indochina una suspensión de hostilidades. Desde que terminó la guerra mundial, nunca se había reunido una asamblea parecida. Tampoco, a juicio de los especialistas, había estado nunca la coyuntura internacional tan llena de peligros ni el Occidente expuesto a riesgos tan graves. Casi unánimemente se le dió, a falta de un nombre específico, la calificación de «conferencia de la última oportunidad».

Así se explica que nos reuniéramos en Ginebra más de mil enviados especiales del mundo entero. Nunca dispusimos de elementos técnicos de trabajo tan perfectos y de tan exacto funcionamiento, pero también es cierto que jamás hallamos condiciones de información tan extrañas y difíciles. Algún colega veterano, de los que habían seguido en Ginebra las deliberaciones de la conferencia del Desarme y las sesiones de la Sociedad de las Naciones, me recordaba lo fácil que era en aquellos tiempos abordar a las «vedettes» de la política mundial, incluidos los representantes de la

Unión Soviética. Esta vez todo ha sido diferente. Jamás había contemplado Ginebra un despliegue semejante de fuerzas de vigilancia y protección ni vió desfilar a personajes extranjeros tan «arropados» por la Policía. Bien es verdad que esta circunstancia se ha debido especialmente a las exigencias de los delegados llegados del otro lado del «telón de acero». Fuera del fugaz espectáculo de la llegada de las delegaciones al Palacio de las Naciones, y de los cinco minutos que en el salón de sesiones se les concedió a fotógrafos y cineastas para recoger la inauguración de la conferencia, los periodistas no hemos tenido contacto alguno con los personajes de primera fila ni acceso a las sesiones. La lectura detenida de discursos y declaraciones, las innumerables conferencias de Prensa y las conversaciones con subalternos han sido las únicas fuentes de información de esta extraña reunión, cuya verdadera partida se jugaba sobre todo entre bastidores.

DOS MENTALIDADES

Con toda seguridad, nunca ha sido tan evidente como aquí en Ginebra la diferencia y el choque entre dos mentalidades, la chino-soviética y la occidental. Quizá porque el encuentro ha tenido lugar en este marco tan fácil y cómodo de la democracia suiza. Circulaba a este respecto una historietita significativa. Uno de los uniformados miembros de la delegación china escribía en una carta a unos amigos de Shanghai sus impresiones personales sobre Ginebra. Decía que, pese a las bellezas urbanas y naturales de la espléndida capital del lago Lemán, la ciudad no le gustaba porque echaba de menos en ella las abigarradas pancartas, las grandes colgaduras y los multicolores carteles llenos de «slogans» y frases de Mao Tse Tung sobre la libertad y la independencia. Pe-

ro—añadía—si faltan los carteles y las frases, sin embargo aquí se puede obtener todo lo que en las ciudades chinas sólo existe en los «slogans».

Los emisarios del mundo comunista se han quedado petrificados ante el estilo de vida de la Confederación Helvética. La gente de Ginebra les miraba con curiosidad, como a gentes de otro planeta. Los primeros días circulaba lentamente ante el hotel Metropole (cuartel general de la Delegación rusa) con la esperanza de ver salir a un ruso. Los periódicos han recogido en diversas anécdotas el clima asfixiante, de pesado terror, que reina dentro del hotel, en cada uno de cuyos pasillos hay constantemente un agente de la M. V. D. y donde ningún ajeno a la casa deja de ser acompañado por uno de ellos hasta el despacho que desea visitar.

Ginebra ha visto pasar raudos coches de fabricación soviética—copia de los Packard americanos—con las cortinillas bajadas; siluetas de rubios eslavos que siempre van en grupo, inconfundiblemente vestidos con largas y cuadradas gabardinas, orientales de todos los pelajes con abultadas carteras... Pero nunca les vió detenerse en la barandilla del lago, frente a los blancos vaporcitos de ruedas que hacen la travesía hasta Montreux y llevan en cubierta parejas de enamorados y turistas que se extasiaban ante las verdes cumbres alpinas de los bordes y toman «café-crème» con «croissants». Los comunistas no tienen tiempo para soñar. Tampoco se les ha visto por las empinadas y estrechas callejas de la ciudad vieja, bordeadas de tiendecitas de antigüedades, de cuadros, de librerías y de simpáticos «bistrot» llenos de humo, de risas juveniles y de conversaciones en veinte idiomas. A la espalda de la iluminada catedral de Saint Pierre, en un poéti-

co rincón, hay un minúsculo bar, Clarence, un poco bohemio, existencialista y alegre. Su barman, Angelo, que es capaz de saludar a cada cliente en su propio idioma, no pudo ejercitar el ruso con ninguno... Ni Bataclán, ni Maxim's, ni la Bodega de Bob, ni ninguno de los otros brillantes y tumultuosos cabarets que rompen cada noche con el estruendo de sus orquestas y con el lujo tentador de sus desnudos espectáculos el aire calvinista y un poco hipocritilla de la ciudad han tenido el honor de recibir entre sus visitantes a esos chino-soviéticos con pinta de profesores marxistas que la conferencia ha hecho coincidir en Ginebra. Cruzan ante la magia brillante del «infierno capitalista» con un gesto de desdenoso desprecio.

Esto no quita para que hayan hecho gala de suntuosa generosidad en la batalla del «cocktail-party». Hasta ahora los rusos y sus amigos son los únicos que han ofrecido grandes recepciones. No hay que olvidar que para ellos el cocktail es también un arma de combate; es algo así como una función política y forma parte de su orquestada actividad. Gracias a esas recepciones el mundo occidental ha podido degustar el «vodka» nortecoreano (hecho de arroz), se ha visto ofrecer por los chinos «champán» (hecho de arroz), y por los diplomáticos rebeldes del Vietnam unos picantes canapés en los que tampoco falta arroz.

LAS PRECAUCIONES DE MOLOTOV

Tampoco han mostrado un excesivo rigor marxista en la elección de sus residencias. Verxois y Genthod, son dos pequeñas localidades situadas a una treintena de kilómetros de Ginebra, en la orilla del lago. En una de ellas está la villa Montfleury, una de las más lujosas residencias de la región del Lemán, encerrada en un jardín de azaleas, mimosas y acacias, en la que no hay otros occidentales que un perro y el jardinero. La villa pertenece a un antiguo cónsul de Rumania, pero hacía treinta años que estaba deshabitada. Treinta y cinco obreros trabajaron a marchas forzadas para ponerla en condiciones, y hasta se dice que fué el mismo Chu En Lai quien eligió los colores—cromo, cete y blanco—con que ha sido pintada la fachada. Las obras de restauración han costado medio millón de pesetas, y por el alquiler paga el Gobierno comunista de Pekín unas 150.000 pesetas mensuales. Cantidad abultada sin duda, pero si se tiene en cuenta que China está habitada por quinientos millones de almas no resulta un precio excesivamente caro por cabeza de proletario.

En Genthod está la residencia escogida por Molotov, en una villa que pertenece a uno de los consejeros del cantón de Ginebra, quien, en vista de las dificultades que encontraba la delegación soviética para hallar acomodo a su jefe, decidió «sacrificarse» y se marchó al hotel. Pero lo curioso del caso es que aun hoy, después de cuatro semanas de conferencia, todavía sigue siendo un misterio la auténtica

residencia nocturna de Molotov. Por las noches, si no tiene cena con alguno de los delegados de Occidente, Molotov y sus colaboradores suelen reunirse con sus colegas de China, Corea del Norte y Vietnam, y hasta altas horas preparan juntos la estrategia de cada día. Luego sale en su coche con rumbo desconocido. Hay quien dice que el ruso duerme en otra villa alquilada a nombre de un representante diplomático de un país satélite.

Si en el hotel Metropole reina un clima morboso, en el hotel du Rhone, donde se halla instalada la delegación americana, uno puede entrar como Pedro por su casa. Sigue usted por un pasillo, se cruza con secretarías que van y vienen, pasa ante puertas abiertas, ve un teletipo instalado en un cuarto de baño... La diferencia es como entre la noche y el día, lo cual no quiere decir que no se tomen las precauciones necesarias. Por ejemplo, todos los despachos que la delegación envía a Washington desde Ginebra son cifrados electrónicamente. Llevan sus precauciones hasta el detalle de entremezclar fragmentos de cuentas para despistar o para divertir a los funcionarios descifradores del «S. Apparat» soviético. Los rusos tienen en el Metropole sus teletipos empalmados con Moscú, y los chinos pidieron y obtuvieron de las autoridades helvéticas una línea directa con Pekín, detalle que es subrayado por aquellos que tratan de buscar el verdadero alcance de la alianza de chinos y soviéticos.

MILLONES DE PALABRAS

Los teletipos oficiales, los de las agencias periodísticas, los despachos y conferencias telefónicas de los corresponsales han venido lanzando al espacio desde hace cuatro semanas varios millones de palabras por día. ¿Palabrería vana? La impresión general, por lo que a los occidentales se refiere, se inclina hacia el pesimismo, y la generalidad de los observadores cree que el mundo se acerca a una crisis temible. Claro es que, como el pesimismo no es más que la otra cara del optimismo, no faltan los que piensan que el fracaso de la mal planteada conferencia de Ginebra, que no será ni espectacular ni violento y si de complejas consecuencias, puede estrechar por fin, de manera más sólida, los lazos del Occidente, una vez que la opinión pública del mundo libre se haya dado cuenta de que se ha hecho todo lo posible por negociar con Oriente, pero que el diálogo resulta imposible.

Hay quien critica a los occidentales y pone de manifiesto su falta de coordinación. Esta apreciación es a mi juicio exagerada y desconoce o desenfoca los hechos. El papel de los chinosoviéticos es más fácil que el de los occidentales. Sin entrar ahora en averiguaciones acerca de la unidad Moscú-Pekín, eje cuya solidez encontrará, andando el tiempo, pruebas difíciles y duras, y aceptando además la impresión de que Chu En Lai se comporta más como un igual de Molotov que como un subordinado, no hay razón para poner en duda la

perfecta coordinación de sus movimientos. Ambos tienen la ventaja de que crean su política, sin tener en cuenta lo que piensa el campesino de Sinkiang o el caimuco. Los diplomáticos occidentales llevan a las espaldas un pesado «handicap» que se llama parlamentarismo y no pueden hacer una declaración o adoptar una decisión sin tener presente la fuerza y exigencias de sus respectivas opiniones públicas. Esto puede ser una debilidad momentánea, y sin duda, lo es. En su pugna con Hitler, fué al final la razón de su fuerza. Toda la hábil dialéctica de los comunistas se emplea en Ginebra en jugar con la aspiración de los pueblos amarillos a la independencia, con el «panasiatismo». Los occidentales, a los que los comunistas tildan de imperialistas, se ven obligados a manipular con las diversas y divergentes corrientes de los pueblos a los que ellos mismos han concedido la libertad. Conviene tener esto presente para comprender las dificultades de la pugna ginebrina.

TODOS LOS ORIENTALES SE PARECEN

De cada cinco habitantes de la tierra, uno es chino. A juzgar por la cantidad de asiáticos que la conferencia ha volcado sobre Ginebra, el porcentaje parece mucho mayor. Hay que hacer constar que para el inexperto ojo del europeo, todos los orientales son más o menos parecidos. Sólo el trato continuado le permite a uno distinguir al coreano del vietnamita, al chino del cambodiano. Pero, en principio, a todos se les tiene por chinos. La Policía suiza que hacía guardia en las proximidades de Joli Port, residencia de la delegación francesa, se dió un día cuenta de que no todos los asiáticos son iguales. Pero antes cometió una graciosa «gaffe». Una mañana temprano vió merodear por el jardín de la finca a un «chino», que al ser requerido para que explicara su presencia no supo o no acertó a dar razones satisfactorias. Como a la Policía suiza desde hace un mes los dedos se le antojan huespedes, no encontró mejor solución que detener al sospechoso y mandarlo a la comisaría. Aquella misma mañana, el ministro francés de Asuntos Exteriores, M. Bidault, vió con sorpresa al bajar al comedor que su desayuno no estaba preparado y se alarmó cuando la servidumbre le dijo que su cocinero no aparecía por parte alguna. El ministro, temiendo que hubiera sido víctima de alguna mala partida del bando adversario, ordenó que se diera parte a la Policía que el cocinero del ministro francés había desaparecido sin dejar huellas. ¿Rapto? El cocinero en cuestión es vietnamita, y en cuanto la Policía empezó a hacer pesquisas cayó en la cuenta de que el «chino» detenido en el jardín de la villa de Bidault no era otro que el cocinero vietnamita. Simple confusión producida por unos ojos oblicuos y una piel amarilla. Para los occidentales todos parecen iguales.

(Desde Ginebra, especial de EL ESPAÑOL.)

J. L. PEÑA

BARCELONA AYUDA A LOS SACERDOTES EXPULSADOS DEL ESTE

LA SECCION ESPAÑOLA DE LA
ORGANIZACION DEL
P. WERENFRIED TIENE SU SEDE
EN LA CAPITAL CATALANA

RAZONES PARA EL EXODO DE
LOS CATOLICOS DE LAS ZONAS
COMUNISTAS

EL domingo 28 de febrero el padre Promper, delegado para España de la Obra Internacional de Ayuda a los Sacerdotes Expulsados del Este, predicaba en la parroquia de Belén.

La iglesia de Belén, magnífico ejemplo del barroco jesuítico, que antaño había sido sede de la Compañía de Jesús en Barcelona, ocupa una de las zonas más típicas de la ciudad. En la iglesia de Belén termina la rambla de los Pájaros y empieza la rambla de las Flores, esa avenida única en el mundo, verdadero asombro de los turistas extranjeros, que se nos antoja por la multiplicidad y por la blandura de los matices el cuadro de un gran pintor impresionista.

La parroquia de Belén, que, como sus hermanas de Santa María del Pino y Santa María del Mar, fué destrozada brutalmente está ya en vías de franca reconstrucción. Han sido construidos nuevos altares, como el del Sacramento, y esculturas de artistas contemporáneos ocupan el lugar de las imágenes mártires.

En este ámbito, que recuerda el martirio de las iglesias, de los sagrarios y los sacerdotes de Barcelona, el padre Promper el día 28 de febrero venía a exponer, con palabra cálida, quemante, como de llanto o de amorosa desesperación, el martirio de otros sacerdotes, de otros fieles, de otros sagrarios y de otros templos, que —en la paz religiosa de que goza hoy España— no tenemos el derecho de olvidar.

UNA ORGANIZACION
AMBICIOSA

La Obra de Ayuda a los Sacerdotes Católicos del Este, cuya alma es un monje premonstratense, el padre Werenfried, es una organización de grandes ambicio-

DEUTSCHLAND *Brennpunkte der caritativen und seelsorgerlichen Fürsorge*



Cartel de propaganda de la organización de ayuda: los católicos huyen de las zonas del Este

nes. Intenta polarizar la atención y el amor de todo el mundo católico alrededor de una tragedia... Los católicos expulsados o fugitivos de las zonas orientales constituyen un angustioso problema para la Iglesia de Cristo. Afortunadamente, como han podido constatar los sacerdotes españoles que colaboraron en el verano del pasado año 53 con los párrocos de la Diáspora, el problema material no es el más grave.

—No nos preocupa la situación económica de aquellas gentes— me confiesa don Justo López Sedín, profesor del Seminario de la Contería, que formaba parte de la expedición de catorce sacerdotes que salieron de España el último verano—. Y no nos preocupa porque yo no he visto hombres más espabilados que los alemanes. Claro que, en comparación con las gentes arraigadas en el lugar, la condición de los inmigrados no es magnífica. Pero todos viven bien. No hemos visto ni un solo barracón.

La preocupación es de orden espiritual. Los católicos alemanes de las zonas orientales se han instalado en gran parte en poblaciones donde domina el protestantismo. Claro que existe entre católicos y protestantes un gran respeto mutuo: una conciencia de límites que son inviolables y no se deben traspasar. Pero fatalmente se producen matrimonios mixtos. Y en la pugna que se establece entre las familias de

ambos contrayentes acaba por ceder siempre la parte más débil: que es la católica.

Los católicos son pobres; las empresas, las tiendas, las tierras están en manos de los protestantes.

—Mi párroco— me dice don Santiago Alonso, otro de los catorce sacerdotes— tenía treinta casos de éstos. Además— continúa—, la fe de muchos de los inmigrados es débil. Particularmente la de los alemanes que proceden de Checoslovaquia. Dejan la misa por los motivos más fútiles. Arrancados de su patria, en la añoranza de sus tradiciones y de sus santuarios de la Virgen, como aquel de Altstad, que recuerdan con tanta tristeza, esos hombres no aciertan a continuar con entusiasmo practicando su religión.

Ante esas realidades, que nos confiesan testigos de las mismas, se comprende que la ayuda que empezó siendo en los primeros tiempos particularmente material deba dirigirse ahora a las apremiantes exigencias espirituales.

APOSTOLES DE LA
DIASPORA

El padre Promper venía a entusiasmar al pueblo católico de Barcelona. Su presencia fué una llamada de atención. Destacaba la importancia y la urgencia de una organización que ya existía en nuestra ciudad.

Todos los sábados, a las ocho



Una capilla ambulante utilizada en Alemania

y, veinte de la mañana, una de nuestras emisoras dedica una emisión a la Alianza del Credo, y en Barcelona se publica la edición española de la revista «Expulsus», que dirige Delfín Escolá.

Delfín Escolá, abogado y escritor, que ha recorrido toda la Europa occidental y se ha interesado particularmente por los problemas del catolicismo alemán, me recibido en su despacho de la calle de Balmes.

—¿Quién fundó la organización católica de ayuda a los sacerdotes expulsados del Este?

—Un monje premonstratense, el padre Werenfried van Strassen. El abad general de la Orden, monseñor Noots, espantado ante la enorme tragedia física y espiritual de los católicos expulsados o huidos de la zona soviética después de los acuerdos de Potsdam, le encargó esta tarea.

—¿Cuál es su situación actual?

—Actualmente la Organización tiene su central internacional en Bélgica. Aunque más que hablar de central internacional deberíamos hablar de sección primera. La sección belga funciona bajo la dirección de monseñor B'el, prelado de la Abadía de Jongerloo; la holandesa está patrocinada por el Episcopado; la suiza, por la Charitas central, que tiene su sede en Lucerna; la austríaca, por el cardenal Innitzer; la alemana, por el cardenal Frings.

—¿La sección española?

—La sección española pertenece todavía a las secciones en organización. En la misma situación se hallan la francesa, la irlandesa y la italiana.

—¿Qué aportaciones positivas ha realizado la sección española?

—Hemos enviado catorce sacerdotes para colaborar con los curas alemanes de la Diáspora.

Delfín Escolá me lee sus nombres: Santiago Alarco Vega, de Salamanca; Jesús Alvarez Araujo, de Tortosa; Gregorio del Fuego Alvarez, del Seminario de Plasencia; Domiciano Fernández, de Badajoz; Buenaventura Folgado; Julio García Alvarez, de Teruel; Justo López Melús, del Seminario Menor de la Conrería, en Barcelona; Faustino Martínez Goñi, de Madrid; Eulogio Valladares López, de Burgos; José Sitarte, de Valencia; Felipe Iriarte, de Jaén; Antonio Magallón, de Ma-

drid; don Santiago Alonso, que reside actualmente en la casa de los Operarios Diocesanos de la calle Modolell de Barcelona, y un sacerdote chino, con residencia en Madrid, el padre Antonio Lee.

Pero la colaboración no se limita a la aportación personal. Es precisa una aportación económica. El día 28 de febrero, durante las predicaciones del padre Promper, desde la misa de nueve a la de una y treinta, y en la hora santa de la tarde, se logró una recaudación de unas quince mil pesetas.

Delfín Escolá se muestra optimista. Me dice:

—Las palabras del padre Promper despertaron en el auditorio una poderosa emoción: una sacudida de compasión y de piedad.

Y, en realidad, no es para menos; 16.000.000 de alemanes fugitivos o expulsados, 2.000.000 de muertos en el curso de la expulsión, 14.000.000 de apátridas, 1.800.000 refugiados B. La segunda guerra mundial hizo de Alemania la tierra de los refugiados. Los refugiados que fueron arrojados brutalmente o huyeron de su tierra en la primera oleada (algunos habían sido apaleados y torturados bárbaramente acusados de nazismo) son conocidos por fugitivos A. Una segunda oleada ha arrancado a gran cantidad de alemanes de sus casas y de sus tierras de la Alemania comunista; éstos son los fugitivos B.

Las causas del éxodo, cuando la emigración es voluntaria, son muy complejas. Según los servicios de los *Duraganstlager* o campos de tránsito de la República Federal Alemana, pueden concretarse en los siguientes puntos:

- 1) Abierta actividad política (con grave peligro de la seguridad personal.)
- 2) Haberse negado a colaborar con el comunismo.
- 3) Expropiación, incautación, pérdida de los medios de vida y otros motivos de orden económico.
- 4) Esperanza de una mejora material.
- 5) Reconstrucción familiar.
- 6) Otras causas difíciles de establecer (espíritu aventurero, factores sociales, afán de novedad.)

También se ha señalado como determinante de la emigración los escrúpulos religiosos y los problemas de conciencia que puede plantear a un católico la permanencia en la zona comunista. Se comprende mejor si se piensa, por ejemplo, en que los jóvenes no pueden cursar estudios en la Universidad, si no prestan una adhesión plena al comunismo, incompatible con la continuación en la comunidad de la Iglesia.

Con finalidades propagandísticas en la zona comunista de Alemania se pretende airear que existe tolerancia para la religión católica. Los sacerdotes pueden pasear tranquilamente por la calle vistiendo el hábito talar. Sin embargo, en la iglesia siempre hay policía secreta y cuando un sacerdote habla con claridad y valentía—obedeciendo a su conciencia—desaparece misteriosamente y no se vuelve a saber de él.

Igualmente, los laicos pueden practicar el catolicismo. Sin embargo, de hecho, el que se muestra fiel a la Iglesia ve cerradas ante sí todas las puertas y se ve reducido a los menesteres más viles.

SACERDOTES DE MICHILA

—Lo más doloroso—me asegura Escolá—es la falta de sacerdotes y de iglesias. En pueblos protestantes, donde la mayoría de las veces casi no existía comunidad católica, hubo que improvisar una vida parroquial.

Poquísimos sacerdotes para un número ingente de fieles. El padre Werenfried ideó las capillas ambulantes. Grandes coches que transportaban de pueblo en pueblo el sacerdote y el altar. Además se proveyó a los sacerdotes de pequeños coches populares y de motocicletas. Muchos sacerdotes se lanzaron a recorrer kilómetros y kilómetros con una mochila a la espalda.

El padre Promper recuerda a uno de ellos, que de misión pastoral en misión pastoral murió un día con la mochila en la espalda, caminando por la montaña. Como un soldado que muriera en la trinchera o al pie del cañón.

Por esto se pidió la colaboración de sacerdotes extranjeros que dominaran el alemán...

No podía faltar una representación española.

DOS OPERARIOS DIOCESANOS

He podido conversar con dos de los componentes de esta representación española. Con don Santiago Alonso, en el convento de la calle de Modolell, y con don Justo López Melús, en el Seminario de la Conrería, en un paraje montañoso, a una hora de Barcelona, que se asoma a la amplitud del mar.

Dos operarios diocesanos. Ocho o nueve operarios a las diez de la noche del 9 de agosto de 1953, salieron de Madrid. Se les unió el sacerdote chino Antoniotte.

El viaje de Madrid a París en tren. En París, donde hicieron noche en un hotel sencillo, les aguardaba el padre Promper con un coche de turismo de la orga-

nización. Un coche rápido, chato, pequeño, como un acuario de cristal.

Les trasladó a gran velocidad hasta Königstein. En esta localidad funciona un gran Seminario para sacerdotes de la Diáspora, en el local de un antiguo cuartel...

—Cuando llegamos a Königstein—dice don Justo—, los seminaristas estaban practicando ejercicios espirituales. Tuvimos que esperar dos o tres días hasta que los concluyeron.

A cada uno de los sacerdotes de España lo destinaron a un pueblo para colaborar con un párroco. A don Justo lo destinaron a Weidemberg, un pueblo de 3.000 habitantes, junto a Beirut, a 300 kilómetros de Königstein. El pueblo de don Santiago se llama Neukirche, está en las cercanías de Fulda y sólo tiene 700 habitantes.

El pueblo de don Justo es magnífico, impresionante. Hay cuarenta o cincuenta coches particulares. El nivel de vida es muy alto. Más simple debía ser el pueblecito que le tocó en suerte a don Santiago. Don Santiago y su párroco se encargan de diez pueblos a la vez. La cosa no ofrece dificultad: los sacerdotes tienen su coche o su motocicleta. Entre los diez pueblos hay un total de 2.100 evangelistas y 550 católicos. Estos últimos, todos inmigrantes.

—Mi párroco—recuerda—se llamaba Josef Hildebrand. En el pueblo había un maestro católico desterrado de Polonia que se llamaba From Hobj, y un médico católico: el doctor Stöbel. La esposa del doctor Stöbel tenía también carrera universitaria. Era analista, y ayudaba a su marido.

Don Santiago recorrió muchos pueblos en el coche de su párroco: pueblos grandes, como Casel, en Frankfurt del Maine; pueblos pequeños; santuarios, como el de Radsdorf, que es una abadía benedictina donde está enterrado Rávano Mauro; el santuario de la Virgen de Krotzberg; el de Völkersberg, donde hay un magnífico descendimiento de la Cruz, de Van Dyck...

Pero ni don Justo ni don Santiago visitaron ninguno de los campos de concentración donde la República Federal alemana reúne a los fugitivos hasta distribuirlos por los distintos pueblos y aldeas.

—Quien tuvo más suerte—me dice don Justo López Sedún—fue Antonio Magallón.

Antonio Magallón, un muchacho aragonés dotado de un estupendo sentido del humor, se enroló en la empresa sin saber ni una palabra de alemán. Su párroco le presentó un día a una personalidad de uno de los Gobiernos federales. Magallón expresó su interés por el problema de los inmigrantes. Inmediatamente pusieron a su disposición un Mercedes Benz, con el que recorrió las zonas de la Diáspora, visitando todos los campos de concentración. Le acompañaba constantemente un intérprete de nacionalidad francesa.

Todo eso no ha de extrañar si se piensa que la finalidad de estos contactos es no sólo la ayuda a los refugiados, sino la creación de una conciencia de comunidad europea desde el prisma católico. Algunos de los sacerdotes de la



En las zonas de la Diáspora la falta de templos obliga a los católicos a reunirse en los lugares más insospechados. Aquí vemos celebrarse la santa misa en la sala de baile de un pueblecito

expedición española pudieron sentirse de momento no defraudados. Habían esperado hacerse cargo de una capilla ambulante... Y se encontraron reducidos a los límites de una parroquia y de los pueblos más inmediatos. Sin embargo, esto bastaba para los fines de este contacto inicial.

LA ORDEN DE LOS CONSTRUCTORES

En las zonas de la Diáspora hay que construir casas para los refugiados—hay un movimiento constante desde la Alemania soviética a la occidental—y, sobre todo, iglesias.

Con esta finalidad se construyó la «Baumorden», la orden de los constructores. Está constituida por equipos de estudiantes que dedican sus vacaciones a la construcción de casas para los hombres y de casas para Dios.

En los primeros tiempos de la Diáspora tuvo que echarse mano de todo lo aprovechable para acondicionar a las familias o para celebrar el culto divino. «Dios en el cine» podía titularse uno de los artículos de una de las revistas que publica la Diáspora. Y no se refería, ciertamente, al cine de tema religioso, sino a la necesidad que hubo de utilizar el local de un cine para celebrar el santo sacrificio de la misa. En otro pueblo se utilizó una sala de baile...

Parece como si Dios, después de las inútiles batallas de los hombres, del dominio del odio y la iniquidad, hubiera querido ganarse los corazones, demostrando su inmensa capacidad de humillación.

Es preciso construir templos dignos del Señor y casas para los hombres que huyen del comunismo. Tampoco ahora puede faltar la presencia de España. Delfín Escobá me da los nombres de dos de los estudiantes (ambos barceloneses) que se han enrolado en la orden de constructores y que el próximo verano saldrán para Alemania. Son: Martín Gascón Aguilar y Roberto Martín Hernández.

—Estamos preparando—comenta—la primera expedición de constructores. A estas horas han solicitado ya la inscripción 300 universitarios españoles; pero sólo vamos a dejar que vayan 100... Prepararemos otro equipo para construir en Francia, bajo la dirección del abbe Pierre...

Un escultor de Barcelona, Miguel Munill Puig, se presentó al padre Promper, ofreciéndose para esculpir en Alemania, imágenes de la Virgen María. Sin embargo la suerte le ha sido adversa. Miguel Munill cayó hace unos días de un andamio, rompiéndose las dos piernas.

LA FORTALEZA DE LA VIRGEN DEL PILAR Y LA VIRGEN DE LOS POBRES

Podría hablarles de otras aportaciones del fervor español. Como de la gran cantidad de vino de misa que se ha ofrecido para los sacerdotes de la Diáspora.

Pero ahora, para terminar, he de hablarles de la Virgen de los Pobres y de la fortaleza espiritual de la Virgen del Pilar. La Virgen de los Pobres se venera en un santuario que los capuchinos han alzado en Bebra, junto al «telón de acero». Es la protectora de los pobres que huyen del terror soviético. Pero al lado de la Virgen de los Pobres ha de erigirse como protectora de aquellos dedicados a nuestra Virgen del Pilar.

La diócesis de Fulda ha sido concedida a la protección de España. En ésta, y tocando al telón soviético, ha de alzarse con la aportación y el sacrificio económico de los españoles una magna fortaleza a la Virgen del Pilar.

Templo de espiritualidad en las inmediaciones del reino de la destrucción y el ateísmo.

Francisco SALVA MIQUEL



He aquí un sacerdote de mochila



COMO SE ENSEÑA LA GEOGRAFIA DE ESPAÑA EN LOS LICEOS FRANCESES (INCLUSO EN EL DE MADRID)

LA enseñanza de la Geografía en el bachillerato francés ha sufrido escasa transformación en los últimos años. El programa del 11 de abril de 1938 es esencialmente análogo al del 21 de septiembre de 1944, sin más aparente novedad que el curso inicial de Geografía Fiscal se convierte en Geografía Fiscal General. El programa de 27 de julio de 1947, último que conocemos, es también idéntico. En definitiva, tales programas comprenden en consecuencia:

Classe de Sixième: Géographie Generale; Classe de Cinquième: Le Monde, moins L'Europe; Classe de Quatrième: L'Europe; Classe de Troisième: La France métropolitaine et d'Outremer; Classe de Seconde: Géographie Generale; Classe de Premier: L'Union Française, France et Outremer y Classe de Philosophie et Mathématiques: Les Principales Puissances Economiques du Monde.

Esto es, en resumen, y contando estos cursos, según nuestro natural hábito; Primero: Geografía General; Segundo: Geografía del Mundo, con excepción de Europa; Tercero: Europa, menos Francia; Cuarto: Francia y su Imperio; Quinto: Geografía General (ampliación); Sexto: la Unión Francesa (ampliación) y Curso de Filosofía y Matemáticas: Las principales potencias económicas. Hay, desde luego, variación en el temario de este programa a través de las reformas sucesivas, que oportunamente iremos señalando, en lo que nos interesa, a lo largo de este artículo.

UNA INTERPRETACION MALEVOLA DE LA COLO-NIZACION ESPAÑOLA

De la Clase de Sexto—según la nomenclatura francesa que hemos visto, esto es en el primer curso—tenemos delante el texto de Baron, agregado de Historia y Geografía y profesor del Liceo Pasteur, Ediciones Magnard. Ciertamente que no hay referencia en este tratadito de «Géographie Generale» a nuestra Patria. Es explicable. No resistimos, sin embargo, hacer sobre este libro alguna acotación. ¡Resulta tan elocuente sobre ciertos métodos docentes! Habla, el autor, de demografía. Y de la natalidad. Los países de fuerte natalidad, explica un poco perogrullescamente, son aquellos en donde nacen muchos niños. Y añade—¡atención al párrafo!—: *Es, por ejemplo, el caso de las naciones cuyos habitantes aceptan animosamente criar muchos hijos. (¡...!) Una alusión a España, sin embargo. Se trata de los descubrimientos. Ni una cita para los Pinzonés; ni para Juan de la Cosa; ni para Elcano. ¡Como si no hubieran existido! Pero no es olvido de España. Porque en la página 222 quien lea podrá encontrar esta sorprendente afirmación: En todos sitios los españoles cogieron el oro y la plata robando los palacios, los templos, las tumbas, obligando a los población indígena a extraerlo. A esto, según el autor, se reduce nuestra Colonización. Y sigue el libro francés: Los españoles y los portugueses no habían explorado más que la América del Sur y la América Central. El resto,*

esto es la América del Norte, resulta por exclusión reservado a otras exploraciones; la francesa entre ellas; a Cartier, que en 1543 llegó al San Lorenzo; a Champlain, que siguió esas huellas, en 1603 y a otros franceses que llegaron también al Michigan en 1672. El autor ciertamente pudiera, sin haber sido tan terminante, explicar que gran parte de las exploraciones de América del Norte incluso fué obra de los españoles, que han legado allí una toponimia bien elocuente. Podría haber dicho que no ya en esta última fecha, sino que con anterioridad a la llegada de Cartier al San Lorenzo, casi treinta años antes, habían llegado a los actuales Estados Unidos nuestro Pineda y poco después Pánfilo Narvaez, Cabeza de Vaca, Ulloa, Moscoso, Hernando de Soto, etc., etc., que recorrieron Florida y el Mississipi, el Oeste de la actual Confederación norteamericana y las costas del Pacífico, hasta Alaska. Todos ellos, no hay que decirlo, viajeros españoles. Pero Baron no lo dice. Le basta con las citas que prodiga de compatriotas suyos, viajeros mucho más recientes.

El tomo de Baron dedicado a «El Mundo, menos Europa», no hace, naturalmente, referencia a España. Eso sí, en la página 108 se alude al África mediterránea y desértica, no francesa. Tánger resulta para el autor—al revés que para los marinos—un puerto admirable que manda, frente a Gibraltar, la entrada del Mediterráneo (sic.). El autor de este libro de Geografía olvida—y ello en un tratadista de esta ciencia

resulta sorprendente—que el Estrecho de Gibraltar discurre entre tierras españolas de la Península y de África, así como de nuestro Protectorado. El resto del África mediterránea no francesa requiere en lo que nos afecta apenas esta cita: *¡fni, enciavado en nuestro Marruecos y Canarias (plátanos)—textual—, que pertenecen a España.* Al Sahara español le llama el autor Río de Oro, y sólo cita del mismo su superficie. No encontramos al tratar del resto de África un solo recuerdo para nuestra colonia de Guinea. ¡Verdad es que su extensión la redujeron tanto los negociadores franceses del tratado de 1900 que le parecería al profesor un mero punto en el mapa!

ESPAÑA, SEGUN UN AUTOR FRANCÉS, NO ES UN PAIS MARITIMO

La Clase Cuarta, con su texto de «Europa, menos Francia», es, sin duda, el volumen del programa que más nos afecta. Abrimos el índice del libro de Baron; en total 34 capítulos; de ellos nueve dedicados a la parte general, con una extensión total de 84 páginas; tres a Inglaterra, con 37 páginas; uno a Bélgica, con 15; otro a Holanda, con 14; otro a Noruega y Suecia, con 15; otro a Dinamarca, Islandia y Finlandia, con nueve; otro a Suiza, con 12; cuatro a Alemania, con 39; uno incluso a Polonia, con 12; otro a Austria y Checoslovaquia, con 17; uno a Hungría y Rumania, con 18; otro a Yugoslavia, con 15; dos a Italia, con 27; uno a Grecia, Albania y Turquía, con 13; nada menos que cuatro a Rusia, con 58 y, en fin, dos a la Península Ibérica, con 27 páginas, de ellas tres dedicadas a Portugal y el resto a la Península en general y a España. No es ciertamente excesiva la atención, si se tiene en cuenta que España es, por su extensión, la tercera potencia de Europa y además por su posición una nación frontera de Francia en Europa y en África.

Pero, en fin, lo peor no es que la atención que merezca nuestra Patria no sea grande. Lo más sensible es lo que se dice de ella. Veá, por sí, quien lee.

Pasamos los errores de detalle. Por ejemplo, afirmar que «meseta» quiere decir «mesa pequeña». El Diccionario de nuestra Academia es bien explícito. «Meseta» equivale a la quinta acepción de la palabra «mesa» y significa «terreno elevado y llano, de gran extensión, rodeado de valles o barrancos». Justamente lo que es. Y vamos, al contrario, con cuestiones de más trascendencia. España no puede ser un país marítimo—he aquí una afirmación tanto terminante porque incluso poseyó nuestra Patria en el pasado la hegemonía de los mares—, sencillamente porque piensa Baron que lo impide la naturaleza montañosa de sus costas. ¿Y cómo nos explicaría entonces el autor la tradición marítima de Noruega, país de costa brava; o la de nuestra Galicia, cuyo litoral, por ejemplo, también es montañoso e incluso el abolengo marinero de la Bretaña y la Normandía francesas? Pero tampoco tienen remedio

nuestras costas bajas, pantanosas y frecuentemente malsanas según concluyente manifestación del autor, con cita expresa del golfo de Cádiz y del de Valencia.

Si pasamos de la página 235, en la que constan tan extrañas conclusiones, a la 287, he aquí otra afirmación terminante y catastrófica: *La Península Iberica que no posséde qu'un flueve utile.* Todos nuestros ríos le resultan al autor improprios para la navegación—lo que es verdad—y para la irrigación—lo que ya no lo es tanto, ni mucho menos—. A menos que se haya olvidado de los embalses, cuya reserva hídrica escrutamos atentamente los españoles todos los domingos, examinando la singular contabilidad de nuestro parte oficial de la batalla del kilowatio y del regadío. En fin, sólo el Guadalquivir le resulta ser un río útil y agradable a nuestro autor. Ni las vegas del Ebro o del Tajo, ni los saltos del Duero o del Júcar valen nada ante tan exclusiva tesis.

UN ENSAYO BARATO DE NUESTRA PSICOLOGIA

En la página 291 otra afirmación graciosa de otro tipo. Se habla de nuestra raza. Los vascos y los catalanes constituyen, se afirma, grupos aparte que han reivindicado siempre—sigue el libro de texto—su autonomía, sin duda porque sus poblaciones son originales, por su lengua y por su raza. (Lo curioso del caso es que el autor no hace alusiones análogas, y naturalmente menos deducciones semejantes, al hablar de Francia, en donde también es vasca la población de las provincias de los Altos y Bajos Pirineos y catalana la del Rosellón, tierra española hasta que nos despojó Francia de ella, en 1659.)

En seguida nuestro libro en cuestión hace ese ensayo barato de psicología nacional, sobre el carácter, preocupación un poco olvidada hoy en los modernos tratados de Geografía. Se parte para ello de unas extrañas premisas; las que afirman que la posición de España es *excéntrica y aislada.* (Luego se contradecirá el autor afirmando que España, sobre todo, es un lugar de paso; lo que es mucho más exacto y justamente lo contrario de lo anterior.) Pues bien ese aislamiento, que supone, explica ni más ni menos el *hábito del país a vivir replegado sobre sí mismo.* Eso lo dice el autor, ¡intitulado Profesor de Geografía y de Historia!, con olvido que esa España encerrada en sí misma es la de los Descubrimientos; la que hiciera circunvalar el mundo a sus naves antes que nadie; la de la expansión por casi todo el Nuevo Mundo, la España Imperial, que lleva sus armas por todos los teatros de Europa; la que va a África, sin haber terminado su unidad; la que, con Aragón, manda sus guerreros al Próximo Oriente; la que constituyó el Imperio más grande de todos los tiempos; la nación que más honda y trascendental influencia ha ejercido en la historia y en la civilización del mundo... ¡A esto

llama el profesor Baron *hábito de vivir replegado sobre sí mismo!* Pero sigamos con su libro que vale la pena. Continúa la tesis de psicología colectiva barata. El español según el autor es, en general, *fiero, serio, valeroso, fanático si se trata de patriotismo y de religión,* pero hay, sin duda, cierta diversidad de caracteres. Así, se afirma, los vascos y gallegos son rudos, tenaces y laboriosos, pareciéndose poco al castellano, distinguido, taciturno, un poco desdenoso o el andaluz, amable e indolente... Esto del andaluz «nonchalant» es un estribillo que el autor repetirá a lo largo de su disertación, varias veces. Es como una de sus «ideas» clave (!). Pero seguimos. El corazón de España, las mesetas resultan para el geógrafo francés, *tristes y estériles.* Es sensible, sin duda. Tanto como que Baron ignore que sólo la meseta, sin contar Aragón y Extremadura, reogen la mitad de los cereales españoles. Es verdad que el propio autor parece rectificarse a sí mismo espontáneamente luego y cae en la cuenta de que la Tierra de Campos es una buena región triguera y que se encuentran *algunas* tierras de trigo en plena Mancha.

LA INTERPRETACION PINTORESCA DE LAS REGIONES

Otra nota pintoresca singular. Escribe Baron de Castilla: *Las «cités» llamadas ciudades, término glorioso (!), como título de nobleza (!!), tienen incluso un aire de distinción desdenosa.* ¡Es probable que el lector no haya caído en ello! Pero hay más. Todas estas ciudades castellanas se le antojan siempre rodeadas de murallas, con escudos y dominadas por un alcázar. Allí, en Castilla, sobre la meseta, está Madrid. *en un oasis lamentablemente triste y pobre; es una ciudad artificial, sin carácter, sin tipismo, sin nobleza (!)—no es una ciudad—que el Reinado español de Felipe II ha creado en una situación central.* La verdad, nos la descubren ahora los prehistoriadores y los arqueólogos, es que Madrid fué ya en los más remotos tiempos un centro



Estos son algunos ejemplares de geografías escolares para los alumnos de los liceos franceses. ¿Qué se dice en ellas de España?

importante de población. La verdad es que los geógrafos modernos han encontrado muy bien justificada la elección de Madrid, para capital de España, por una buena serie de razones que no son del momento. Pero Baron tiene también, sobre el particular singulares y propios puntos de vista. ¡Ya se ve!

Galicia para ese autor tiene por misión o poco menos, la de *nutrir a Madrid de mozos de equipajes («portefaix»)* y a Castilla de obreros agrícolas, así como la de enviar emigrantes a América del Sur. ¡...! En lo que llama *las Asturias*, sitúa a Santander, sin duda porque para esta «novísima» geografía siguen aun siendo La Montaña las Asturias de Santillana. A Bilbao van los barcos ahora, como en otros tiempos, procedentes de Inglaterra a llevar carbón y cargar mineral de hierro. Pero Andalucía, sobre todo, ¡qué lástima le inspira a nuestro geógrafo! *Andalucía es solamente una estepa encuadrada entre dos cordilleras. En la Bética Granada es un oasis de altitud. La llanura andaluza, en fin, fértil, dulce y tórrida en el estío, debería ser una rica región de cultivos y de hecho lo fué en tiempo de los árabes. H y se advierten sólo algunos campos ricos de trigo, olivar y algodón. El resto está abandonado a la estepa pantanosa, en invierno y polvoriento, en verano. Es que la gran propiedad la empobrece, manteniendo en barbecho grandes extensiones necesarias para la crianza ¡de taureaux de courses!* Vamos, digámoslo en español, de toros de lidia. ¡He aquí lo que ha logrado averiguar la sagacidad científica del profesor. Cádiz, nos confiesa, resulta así un mediocre puerto de comercio ¡Y nosotros creyendo que era un puerto estupendo! Baron nos explica más. Por todo lo dicho resulta así que Andalucía no es más que una sombra de lo que fué... *Del mismo modo que sin duda alguna el extremo Sureste de la Península sería un desierto sin la irrigación creada por los árabes. ¡Para Baron en España no hay embalses!*

En cuanto a Cataluña y los catalanes el caso es diferente. *Tienen plena conciencia de la superioridad de su país sobre el resto de España. Lo mismo que los vascos tienen su autonomía y su lengua especial. El contacto estrecho que guardan, gracias a su frontera, con Francia, les incita aún a distinguirse de los españoles.* Después de esta afirmación, que rogamos al lector califique por su cuenta he aquí otra afirmación de bulto: *«Por razones (!) hijas del medio y de los españoles, España está reducida a una vida lenta («ralentien»).* Los españoles no sabemos explotar el suelo científicamente; no sabemos elegir los métodos de cultivo; no desarrollamos—¡santo Dios!—la irrigación; que existe sólo en las regiones en donde los árabes la crearon; no utilizamos bastante los abonos; aceptamos, además, que la gran propiedad deje en barbecho enormes extensiones para criar ovejas o toros de lidia. (¡Esto de los toros ya vemos que es otra obsesión del autor!) Pero éste tiene pocas ideas, y se

complace en repetir las. Resultaría oportuno traer aquí a colación un poco de estadística para demostrar claramente cómo nuestro secano, no produce por hectárea menos frutos que los secanos extranjeros y cómo nuestro regadío, tampoco obtiene cosechas menores que las de fuera de España, sin hablar, por ejemplo, del arroz, cuya producción, por hectárea, en España es muy superior a la de Europa y a la de los Estados Unidos. ¡Pero para qué? El autor, que está en tan extraños secretos, al decir lo que hemos recogido arriba, llega a la conclusión. El resultado es que los españoles—¡pobres de nosotros!—somos deficitarios en cereales y tenemos que importar trigo. Lo que es exacto. Sólo que nuestra importación triguera resulta insignificante comparada con la de los países occidentales. España misma importa más trigo que España.

ESPAÑA, PARA LOS GEOGRAFOS FRANCESES, SIQUE SIENDO UNA REPUBLICA

Vendemos los minerales, prefiriendo esto a trabajarlos. Y no hay más industria metalúrgica que la vasca y asturiana. La siderurgia valenciana o santanderina o madrileña para el autor no existe. En cuanto a las comunicaciones son insuficientes. Entre las principales líneas férreas cita el autor la de París a Lisboa, ¡con un empalme («embranchement») a Madrid. Sin embargo, y menos mal un gran resultado se ha obtenido con la colaboración (?) de Francia para triunfar del obstáculo de los Pirineos... Aquí la geografía que comentamos cita las vías transpirenaicas. A la verdad se comprende ahora bien que «sin la colaboración de Francia» no hubiera habido posibilidad de construir ferrocarriles internacionales entre aquel país y el nuestro. Agradecida esta estupenda revelación pasemos a otra cosa. A la conclusión gorda: *Desde el punto de vista internacional (España) se contenta con un puesto secundario en Europa...* ¡N! tanto, sin embargo, señor Baron! La verdad es que cuando España se cansó ya de ser la «hermana menor de Francia», lo que tanto gustaba allá del Pirineo, para mangonearnos, armarnos revoluciones o desposeernos de nuestros derechos africanos, desde Guinea al Estrecho, pasando por las costas continentales fronteras de Canarias—la difamación hubo de ponernos cerco. Eso de que nos contenta el papel de meros secundones, se amolda a nuestro carácter ahora menos que nunca.

Aun otra reflexión gratuita. El autor plantea esta pregunta, a la que luego contesta: *¡Por qué este abandono de los españoles de la explotación de los recursos de su país, abandono que contrasta con el pasado glorioso de un país que ha colonizado una parte del mundo y le ha impuesto su colonización? Quizá la respuesta se encuentre en esta misma oposición. España, antaño rica y poderosa, tomó el hábito de contar con sus colonias para vivir; obtuvo de ellas la mayor parte de sus subsistencias y los más enérgicos*

de los españoles partían para establecerse allí. Todo este Imperio colonial se les ha escapado en el siglo XIX (le queda una parte de Marruecos y ¡Canarias!). Parece que, reducida ahora España a sus propios recursos, se siente como aplastada por el peso de su pasado demasiado brillante para ser comparado con la nueva situación y se ha desalentado. Una especie de embotamiento la ha puesto en estado de vida moderada (otra vez «vie ralentien»). Dejando aparte eso de las subsistencias venidas de América—cuando era de Castilla de donde llevábamos al Nuevo Mundo el trigo y de Andalucía, de donde iba el aceite—y que el oro que ciertamente llegaba según vimos otro día, se iba al extranjero, la interpretación del divertidísimo problema planteado por el autor, no deja de ser peregrina.

Páginas más lejos otro golpe a Andalucía, «...una llanura abandonada a la cría de toros de lidia—¡ya salió!—con antiguas ciudades en decadencia: Córdoba, Sevilla, Cádiz... (!!).

Un poco más lejos, en la página 305, he aquí la definición de nuestro régimen político, una definición que le dirá al lector muchas cosas: *La Republica de España tiene veintiocho millones de habitantes... Importa indicar, para evitar confusionismo, que el libro está editado en el año 1952, trece años después de haberse apresurado Francia a reconocer nuestro actual Régimen, al terminar nuestra Guerra de Liberación.*

EN CAMBIO RUSIA, UN ENCANTO DE PAIS

¡Y ahí queda España! Esa España, en fin, de los toros de lidia, de los vascos y de los catalanes, del andaluz «nonchalant», sin economía y sin ganas. En cambio Rusia ¡qué encanto de país! ¡Qué maravilla de «koljoses» en los que las familias de labradores poseen, además de esta propiedad colectiva, la suya propia, con una casa, un jardín, un patio, una pradera y algunas vacas! ¡Qué estupendo «sovjoses», las grandes fincas modelos del Estado, con sus 30.000, 60.000 y aún 100.000 hectáreas—la gran propiedad, nuestro fracaso, hace por lo visto, prodigios en la U. R. S. S.—; qué cultivos, qué técnica, qué adelantos!... Nosotros lector, que conocemos la verdad y de cerca los «koljoses» y los «sovjoses», sabemos bien que todo esto es una falsedad. Una mentira sencillamente. Si alguien lo duda puede preguntar desde luego a los ex prisioneros recién llegados de la Unión Soviética, que os instruirán perfectamente al efecto. Es verdad que el profesor Baron, del Liceo Pasteur ilustra su libro, en los cuatro capítulos dedicados a la U. R. S. S.: para que nadie se llame a engaño, con grabados que en sus pies señalan, entre otras procedencias, las siguientes: *Cliche de Información soviétique; Cliche S. I. B. Photo Service y Cliche Association France-U. R. S. S.* ¡¡Esto nos lo explica todo!!

Por otra parte, toda esta producción del agro ruso que maravilla al autor no ha sido capaz de conseguir, en tiempo de los soviets, lo que lograba en el de

los Zares: ¡exportar! Según estadísticas oficiales de las Naciones Unidas, resulta, al efecto que todas las importaciones y exportaciones rusas en 1948, comparadas con las españolas, representan, como cifra globo del comercio exterior, 725 millones de dólares para la U. R. S. S. y 852 para España. ¡Rusia no ocupa sino el lugar 16 en el comercio internacional de las naciones!

EL GUSTO DE LA SANGRE Y LAS CORRIDAS DE TOROS

Pudiera creer quien lee que este libro de Baron es un texto, llamémosle en este aspecto, excepcional, por llamarle de alguna manera. Pero no es así. Los textos de «Geografía» de los Liceos no son, con respecto a España, cosa distinta a lo que vimos otro día de Historia. He aquí algunos ejemplos de obras geográficas del bachillerato francés adaptadas al programa de 1944. A. Gibert y G. Turlot son a su vez autores de otro tomito intitulado «L'Europe». Veamos lo que dicen de España a través de trece páginas de texto: *Los ríos Duero, Tago y Guadiana —afirman— tienen un cauce irregular; a veces éste está seco; otras, las aguas lo arrastran todo. ¡Y aquí viene lo bueno! Se les compara (a estos ríos) graciosamente en España—se añade—a los estudiantes de la antigua Universidad de Salamanca: dos meses de curso, y diez meses de vacaciones.* (Ver página 299.) En la siguiente se lee este pasaje de lo que hemos convenido en llamar psicología barata: ...

*...los andaluces y las gentes de Valencia se dejan llevar de la dulzura de la vida: son suaves, graciosos y seductores, pero ligeros y perezosos. En fin, los castellanos, «los reyes de la Península», porque han sometido a sus vecinos (!), son fieros y altaneros. Con Felipe II intentaron dominar Europa, mientras que hacían venir del Nuevo Mundo el oro y la plata en galeones; largo tiempo envueltos en su heroico y viejo pasado, comenzaron a imitar a los pueblos progresivos, pero aun están muy atrasados. Como se ve, los autores galos de textos de Liceos repiten siempre las mismas mendacidades en cuanto a España se refiere. Los estribillos son los mismos. Se diría que obedecen a una consigna. Pero sigamos con los citados autores. En la página 301 del mismo libro puede leerse lo siguiente: *A pesar de las diferencias locales, el pueblo español presenta rasgos comunes: un tipo legendario hecho de contrastes, un valor tranquilo y una jactancia «matamore»—«matamoros», falsa bravura, según el Larousse—; una piedad llevada hasta el fanatismo, pero con una superstición completamente oriental; una gran ignorancia, pero un buen sentido agudo y una fina ironía. Generosos y magnánimos, pero feroces en su venganza, tienen el gusto de la sangre (!), que anima el duelo a cuchillo (!); las corridas de toros—¡ya salió ello!—; no habiendo ningún otro país en Europa que cuente quizá tantas guerras civiles, insurrecciones populares y golpes de Estado. Naturalmente, esto lleva de la mano a**



L'ÈBRE PRÈS DU DELTA (VUE AÉRIENNE).
(Cliché Air-France.)

Salamanque : deux mois de cours et dix mois de vacances! Tous ces fleuves inabondables, impraticables, n'unissent pas les pays qu'ils traversent; les villes les fuient; bref ils sont moins les auxiliaires que les ennemis de l'homme.

Fotocopia parcial de una página de «L'Europe et l'Asie russe», por Gilbert y Turlot

los autores para declarar que en la actualidad gobierna en España una Dictadura. ¡Ni más ni menos! En cuanto a Madrid, nuestra capital, su fisonomía no tiene nada de española (!) España, por lo demás —se añade—, es un país muy atrasado. Todo se explica, porque desde el siglo XVI la Monarquía ha hecho pesar, tanto sobre el Nuevo Mundo, como sobre la Península, un régimen de opresión siniestro que ha destruido todas las fuerzas vivas de la Nación.

EL ESPAÑOL Y SU PUESTO ENTRE LOS IDIOMAS DEL MUNDO

¿Otro texto? ¿Y por qué no? He aquí el de Brunhes, miembro del Instituto y profesor de Geografía Humana del Colegio de Francia; Boucau, inspector de Instrucción; Bruley, profesor agregado de Historia y Geografía del Liceo Condorcet, y Leyritz, profesor de Historia y de Geografía de la escuela «J. B. Say», editorial A. Hatier, impresión 1940. Todos estos señores convienen en afirmaciones como las que siguen: *Las diferencias interiores y el carácter fiero y de buena gana cruel de los habitantes (de España) han sido la causa de las luchas civiles. Las ciudades del interior de la Península, Burgos, Valladolid, Salamanca, Toledo y Pamplona, tienen hermosos monumentos, pero están débilmente pobladas. España alimenta no vacas, sino to-*

ros de lidia. (El estribillo, bien se ve, se repite siempre.) Las vías de comunicación, a pesar de los capitales franceses (¿), los ferrocarriles, no alcanzan más que 17.000 kilómetros. Actualmente está colocada (España) bajo una Dictadura militar, pág. 254.

Fuera del curso de «Europa, menos Francia», los demás que constituyen el «baccalaureat» francés, naturalmente, no imprimen tanto para nuestro interés por lo que se dice en los Liceos de nuestro país. Pero vamos a agotar el programa. No será ello totalmente inútil, como vamos a ver. En la llamada *Classe de Troisième*, por ejemplo, dedicada a Francia metropolitana y de Ultramar, al referirse a Argel se cita la existencia de 1.050.000 europeos, de ellos 900.000 franceses, cuando la verdad es que los españoles forman parte principalísima de este número. En cambio, al aludir a Túnez se cifra en 85.000 los italianos existentes, y aun se añade, lealmente, que de los 144.000 franceses existentes allí, gran parte son italianos naturalizados. En Marruecos se declara que hay 260.000 franceses.

En la *Classe Seconde*, Geografía general y en el texto cuyo autor es Baron, como del anteriormente comentado, se estudia otra vez la Tierra en el Universo, los mapas, la fisiografía y la geografía humana. En esta parte, en la página 397 concretamente, hay una referencia a las grandes lenguas del mundo. El

español resulta, según esto, hablado por 75 millones, cuando la verdad es exactamente que nuestro idioma lo emplean como propio una cifra aproximadamente doble de la indicada: 28 millones de españoles, 95 millones de hispanoamericanos, más de 1.200.000 de norteamericanos, 200.000 africanos, sefarditas, filipinos, etc. Habla nuestro idioma tanta gente que un francés y geógrafo, Reclus, pensó ya que la hegemonía mundial de las lenguas deberían decidirla en el futuro el castellano y el inglés. Y otro geógrafo, si bien no francés y si alemán, Zischka, prueba estadísticamente cómo de los tres grandes grupos humanos modernos: el anglosajón, el eslavo y el hispano, es este último el que crece demográficamente mucho más de prisa.

Del mismo libro de Baron sacamos, precisamente al referirse a la demografía, esta tesis (1), desarrollada en la página 420, para mejor ilustración de los jóvenes estudiantes de los Liceos de un país desnatalizado, en el que, como alguien dijo, los carpinteros construyen tristemente más féretros que cunas. He aquí lo que dice Baron: *La civilización es la causa de la desnatalidad*. En fin, algo así como afirmar que los pueblos civilizados acusan escasa natalidad, y sólo los bárbaros la tienen elevada. El caso es que en la propia Francia la mayor natalidad corresponde a los departamentos de Alsacia, Flandes y, en general, del Norte, que no son, precisamente los más arrasados del país vecino. ¡Se dirá que esta singular enseñanza de la geografía de los Liceos está empeñada en teorizar y hasta enaltecer los más sensibles defectos del país propio! ¡Qué lejos están estos tiempos de aquellos otros en que Clemenceau fustigaba a sus compatriotas el triste mal de la despoblación gala! En fin, para que nada falte, Baron vuelve a elogiar aquí la perfección de la técnica soviética, con sus «combinats» fabriles y su explotación

mecánica del campo: 450.000 tractores frente a los dos millones que tienen los Estados Unidos, un país casi tres veces más pequeño y un 25 por 100 menos poblado que la U. R. S. S.

LAS GRANDES POTENCIAS DEL MUNDO

En el tomo de Francia, de la *Classe Premiere* de Louis François y Robert Mangin no hallamos referencia alguna para nuestro país fronterizo de aquél. Y queda, en fin, el último curso de Geografía del bachillerato francés: la llamada *Classe de Philosophie et Mathématiques*, de André Alix, agregado de Historia y Geografía y rector de la Universidad de Lyon; A. Leyritz, profesor también de Historia y Geografía, y A. Merlier, agregado de estas mismas disciplinas y profesor de la Escuela Normal del Sena. A. Hatier es el editor de este libro, y 1946 el año de su aparición. Este es el tomo: «Las principales potencias económicas del mundo», que encabeza una introducción sobre los productos claves y completa con un apéndice de la vida económica del globo. Las principales potencias económicas resultan ser, según este texto y el programa actual: la Gran Bretaña, que requiere tres lecciones y 68 páginas, incluido el Imperio, naturalmente; Holanda y las Indias holandesas, una lección y 15 páginas; Bélgica y el Congo, una y 17; Europa Central, con 14 páginas; Alemania, tres lecciones y 53 páginas; Suiza y los Alpes, una y 23; Italia, dos y 35; Polonia, una y 16; la U. R. S. S., tres y 83; el Extremo Oriente, China y el Japón, tres y 26; el Nuevo Mundo, Canadá y los Estados Unidos, cuatro y 79, y, por último, Brasil y Argentina, una y 16. Ni una referencia a España, pese a ser país limítrofe, ocupar la vigésima parte de Europa y a no tener menor importancia, creemos, que Polonia actual, por ejemplo, a la postre mero satélite soviético. La verdad es, sin embargo, que el actual programa de Geografía ha reducido si no

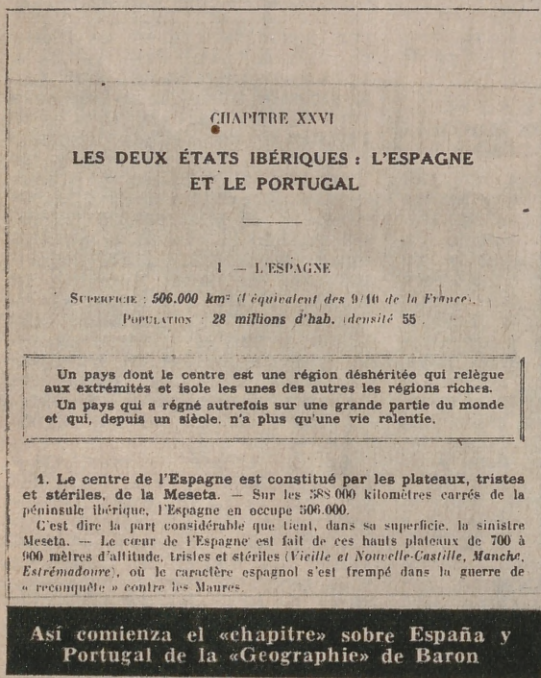
intereses en este mar encuadrado de tierras: Francia domina el Mediterráneo occidental y ha tomado pie en el oriental (Siria)—la verdad es que algunos años antes de que se publicara este libro Francia había levantado ya ese pie en el Próximo Oriente—; Italia, que domina el Mediterráneo central, y la Gran Bretaña, que es dueña de las dos puertas de entrada y de salida, por Gibraltar y por el canal de Suez...

UNA COMPARACION ENTRE DOS GEOGRAFIAS

España, con un litoral mediterráneo de 1.600 kilómetros, con unos archipiélagos en el propio mar: Baleares; con costas propias o tuteladas en el Norte de África, con un importante movimiento de buques en este mismo mar, con la real posesión del Estrecho y bases militares en aguas del viejo mar latino... ¡ni siquiera se cita! Pudiera interpretar quien se iniciara así en los estudios geográficos que España no era potencia mediterránea, sino indostánica o ártica. Pocas ciencias como la Geografía, en efecto, requieren para ser abordadas objetividad mas absoluta. A principios de siglo hizo furor en el mundo, y, por tanto, en nuestra Patria, la «Geografía Universal», de los hermanos Reclus. Sus autores no eran, ciertamente, dudosos. Militaron en el extremismo de la política francesa. Se alistaron voluntariamente incluso entre los combatientes de la «Commune». Eran ateos declarados. Su obra fué traducida a nuestro idioma por Blasco Ibáñez. Y, sin embargo, aquella «Geografía», al margen de la obcecación antirreligiosa de los autores, era más justa y más exacta para con nosotros que estos libros de los Liceos de ahora. Y, sobre todo, más cordial. Con frecuencia incluso resultaba elogiosa. Había en la pintura de nuestro carácter mucha verdad y honrada intención de acertar. Y, pese al sectarismo intransigente de los autores, observaciones sagaces como aquella sobre nuestra democracia, bien patente en los hechos y en las costumbres, aunque pudiera no estarlo en las leyes (no hay que olvidar la fecha del juicio ni la ideología, ciertamente, tampoco, de quienes le emitieran). En esta «Geografía» de los hermanos Reclus se confiesa que el español, por ejemplo, es el mejor soldado del mundo.

Ahora, al revés, estos libros de Geografía de los Liceos franceses están repletos—lo acabamos de probar con insistencia—de inexactitudes, de injusticias y de agresividad incluso para con lo español. ¿Por qué esto? ¿Por qué este empeño obstinado de falsear al joven estudiante del Liceo, al francés de mañana, la verdad de esta España y de estos españoles, vecinos de su Patria? Se diría que todo esto parece obedecer a una consigna. Porque nos resistimos a creer que se trate de una aberración colectiva del profesorado francés de los Liceos. Es todo tan extraño, tan raro, tan lamentable...

HISPANUS



DE MADRID A MALAGA Y VICEVERSA EN UN CAMION DE PESCADO

DOSCIENTOS CINCUENTA MIL KILOS DE PESCADO ENTRAN CADA DIA POR CARRETERA EN LA CAPITAL DE ESPAÑA

CON LA VIDA AL VOLANTE

EN Madrid se come pescado fresco todos los días del año. Hay varios cientos de kilómetros hasta el puerto menos lejano y, sin embargo, Madrid es como un inmenso puerto de mar en el que siempre se encuentra pescado de todas clases. El mar viene a Madrid cada día, carretera adelante. En invierno y en verano, con frío y con lluvia, con nieve en las cumbres, a través de la niebla que esconde los caminos, en lucha con el viento o bajo un calor de fuego que abrasa las llanuras.

Gracias a los hombres de mar que tripulan los barcos pesqueros y gracias a los hombres de la carretera que conducen con mano firme los veloces camiones de 100 caballos, en largos recorridos que a veces tienen dramáticos caracteres de aventura, desde La Coruña y Vigo, Gijón y Pasajes, Málaga y Huelva, Cádiz y Algeciras, el Cantábrico y el Mediterráneo envían a la capital toda la gama de las especies marinas que agradan al humano paladar.

EL MIEDO ES LIBRE

Se ha escrito bastante sobre los conductores de camiones pesqueros y creo que no siempre con justicia. En general tienen mala fama; fama de excesivamente audaces y despreocupados, de temerarios o de suicidas. Pero es muy probable que una estadística exacta pusiera de manifiesto que el número de accidentes sufridos y provocados por estos vehículos resulta muy escaso en proporción al intenso tráfico que con ellos se realiza.

No obstante, y como el miedo es libre, la idea de embarcarme en uno de estos monstruos capaces de transportar quince toneladas de carga con la misma facilidad que si se tratara de unos cuantos gramos, me preocupaba un poco.

VIAJE DE IDA

La salida de Madrid está prevista para la una de la tarde, pero a última hora se retrasa un poco y son ya cerca de las tres cuando me encaramo a la

amplia cabina del White, junto a los dos conductores, y los ciento cincuenta caballos, motor de aceite pesado, se ponen en movimiento con rumbo a Málaga.

El que lleva el volante se llama Borrás. Es un hombre ya entrado en años que nunca ha sentido aficiones teatrales ni literarias a pesar del apellido y que se ha pasado la vida conduciendo camiones. El otro chófer, Pedro Fernández, es un muchacho joven, con aspecto de pelotari vasco. Sólo vendrá con nosotros hasta La Carolina, donde se incorporará al «equipo» otro conductor de la casa que ha estado disfrutando permiso por haberse casado.

Vamos de vacío, sin prisas, porque sobra tiempo para llegar a Málaga por la mañana. El coche, recién reparado, mantiene una velocidad regular de unos sesenta kilómetros por hora. Borrás ha llegado de Bilbao por la mañana pero no acusa todavía muestras de sueño ni de cansancio.

Atravesamos Aranjuez poco después de las cuatro. Hace un calor del diablo. El Tajo está inmóvil, sumidas sus turbias aguas verdosas en un letargo de siesta casi veraniega. Hay una gran animación en los merende-

ros y abundan los autocares de turistas. A la salida del pueblo, una doble fila de esbeltos árboles cuyas ramas se juntan muy arriba deja en sombras la carretera.

—¿Ha tenido usted muchos accidentes?—le pregunto a Borrás.

—Conduciendo yo, ninguno. Solamente en dos ocasiones nos salimos de la carretera, pero no llevaba yo el volante. Fué por culpa del sueño, que a veces acaba con la resistencia de algunos.

—¿Y usted?

Pedro Fernández tampoco ha tenido accidentes. En realidad se le puede considerar un novato, comparádole con el otro que lleva treinta años dedicado a este transporte.

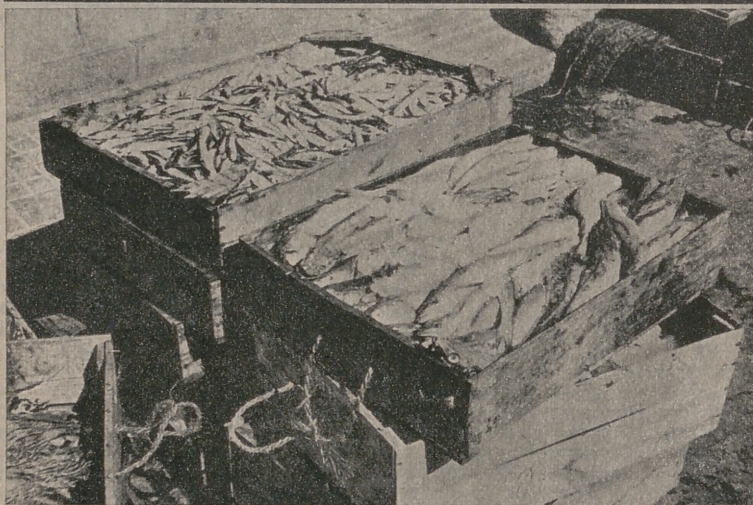
Más allá de Aranjuez nos desviamos por una carretera de segundo orden durante varios kilómetros, para cargar diez mil kilos de cemento en la fábrica de Castillejos. Hay que aprovechar el viaje en lo posible. Perdemos un par de horas. El peso se agradece porque ahora el camión no da tantos brinco en los baches. A eso de las siete, sa-

El camión, a la puerta de los almacenes de pescado de Málaga, espera la carga que ha de transportar hasta Madrid





Primer viaje del pescado en tierra



Las cajas ya están preparadas para su exportación

liendo de Ocaña, nos sorprende una tormenta feroz. Borrás detiene el coche bajo un árbol corpulento.

—Hay que echar la lona —dice— o se estropeará el cemento. Y los dos se apean.

La lluvia adquiere una intensidad brutal. Tenemos a la izquierda el penal, con sus largos muros de color pardo y sus pequeños torreones en los que no se ve a ningún centinela. A la derecha el horizonte se aclara sobre el llano. El penal, bajo la tormenta, tiene un aire de misterio, de vieja fortaleza abandonada. La vida pasa junto a él constantemente, vertiginosamente, por el camino de asfalto que bordea sus tapias silenciosas. Dentro la vida estará muy quieta, cabalgando sobre un tiempo sin motores.

Los dos chóferes invierten casi media hora en la operación de colocar la lona. Cuando suben de nuevo a la cabina chorean agua por todas partes. Arrancamos. El tricordio de un guardia civil asoma cautelosamente desde uno de los torreones del penal.

No han transcurrido ni cinco minutos cuando la lluvia cesa por completo y el cielo empieza a teñirse de azules tonalidades, con un monumental arco iris al fondo. Borrás toma a guasa la mojadura. Pedro Fernández, muy cuidadoso de su persona, aprovecha la ocasión para peinarse.

Paramos a ciento quince kilómetros de Madrid para tomar un

refresco en un bar llamado «Un alto en el camino». Al reanudar la marcha, Pedro empuña el volante para que su compañero descanse, y pregunta:

—¿Has estado alguna vez en ese restaurante nuevo que han abierto cerca de Manzanares?

—No.

—Pues hay dos chicas estupendas.

—Entonces habrá que parar algún día.

Lamentablemente no nos detenemos hoy en el restaurante ese donde hay dos chicas estupendas. El motor sigue roncando sin un sólo fallo, devorando kilómetros y consumiendo gas-oil. Nosotros consumimos cigarrillos.

Están ensanchando la carretera, con arreglo al nuevo plan de modernización, y encontramos con frecuencia desviaciones, puentes provisionales, carteles indicadores de peligro, tramos muy estrechos. Los hombres que trabajan en estas obras dejan el pico o la pala en su lugar descanso y contemplan el paso del camión en actitud nostálgica, como si sintieran envidia de estos otros hombres que viven una inquieta existencia viajera. Veo en Madrid los primeros molinos, cuyas aspas grises, dormidas en el ocaso, parecen implorar al cielo. La tierra rojiza va adquiriendo una fisonomía típicamente manchega.

Cuando pasamos por Villarta de San Juan está anocheciendo. El viaje hasta ahora resulta atractivo y no siento cansancio.

Nueva desviación poco antes de llegar a Manzanares, para descargar el cemento. La noche nos ha robado definitivamente el paisaje y la luna, en cuarto creciente, aparece a intervalos entre jirones de nubes y rodeada de un ancho cerco brumoso. Unos cuantos individuos con las caras tapadas con pañuelos se disponen a descargar los doscientos sacos de cemento junto a unas pequeñas edificaciones de ladrillo. Nos acompañamos durante un rato el fantástico balido formado por dos mil ovejas que se dirigen, siguiendo la vereda real, a Calahorra, nada menos. Proceden de Vilches, en la provincia de Jaén, y llevan ya cuatro días de viaje.

Emprendemos nuevamente la marcha al cabo de una hora. Siento un poco de frío. El rumor del rebano se ha ido perdiendo en una lejanía de sombras. Los faros del camión alumbran un largo tramo de asfalto y las luces intermitentes de posición, rojas y verdes, centellean sobre el radiador.

A la entrada de Valdepeñas hay muchos camiones parados. Unos que van y otros que vienen abarrotados de pesca, y que estarán en el mercado a primera hora de la mañana. Penetramos en un restaurante donde no se ven más que chóferes; pantalones azules, camisetas a cuadros y cazadoras de cuero. Es éste un punto de reunión de los hombres de la carretera, casi exclusivo para ellos, del mismo modo que existen albergues para los montañeros, y paradores de turismo para ricos, y tascas de suburbios para tranviarios que toman una copa de aguardiente antes de entrar al servicio, y bares equívocos para mujeres de vida alegre. En una mesa comen cuatro individuos bien vestidos, que parecen haber caído aquí por despiste, fuera de ambiente y de lugar. Cenamos sin mucha prisa. Borrás y Pedro tienen buen apetito y no beben más que un vaso de vino con mucho sifón, detalle bastante tranquilizador cuando queda por delante toda una noche de camino.

Hablo con otro conductor de la misma empresa que ha coincidido con nosotros. Es malagueño y se llama Ramiro. Asegura haber hecho el viaje Huelva-Madrid (más de seiscientos kilómetros) en once horas y con doce toneladas de carga. Una noche, precisamente en un paso a nivel que hay a la salida de Valdepeñas el camión que conducía fué arrollado por un tren. Milagrosamente le embistió por la parte trasera, y aunque el camión volcó y quedó casi destrozado, Ramiro y su acompañante no sufrieron heridas de importancia.

—Pero diga usted —exclama vivamente— que no fué mía la culpa. El paso estaba abierto, aunque tiene guarda, y por eso no paré. Yo iba bien despierto.

Pedro Fernández sigue al volante, silbando. A mi derecha, Borrás lucha con el sueño.

—¿Dónde vive usted?

—Se echa a reír y responde:

—Teóricamente en La Carolina. Al menos allí viven mi mujer y mis hijos. Dentro de poco los verá. Y a la vuelta también. Podré estar con ellos media hora. Pero hay temporadas en las que no me toca esta ruta y me paso sema-

nas enteras sin aparecer por mi casa. Créame, esta vida es mejor para solteros.

—Ganarán mucho.

—Eso sí. Ganamos bastante. Pero de todos modos...

Es una lástima pasar de noche por Despeñaperros, cuyo impresionante paisaje rocoso sólo puedo adivinar en parte a la luz de la luna. El correo de Córdoba silba por allá abajo y durante unos momentos contemplo el tímido resplandor que surge de sus ventanillas.

La Carolina es nuestra siguiente parada. Son las fiestas del pueblo y hay en la calle principal un derroche de luces. Borrás y Pedro arrojan sobre la caja del camión unos cubos de agua para quitarle el polvo del cemento. Aparece ante nosotros un sujeto delgado, joven, con bigote. Lleva los pantalones azules muy bien planchados y los zapatos relucientes. Y como tiene, además, un aire ausente y algo melancólico, no cuesta mucho esfuerzo imaginarse que es el recién casado, arrancado de su luna de miel a las tres de la mañana para empuñar el volante del ciento cincuenta caballos. Se llama Manuel.

Borrás ha ido a ver a la familia. Cuando regresa, al poco rato, está más serio. Naturalmente, ha encontrado a los suyos durmiendo. Tiende el colchón y las mantas sobre el asiento a la derecha del volante, y se tumba a dormir. Yo soy desterrado a otro asiento diminuto, junto a la ventanilla izquierda, cuyo respaldo es una simple correa de cuero y en el que no se pueden estirar las piernas. El recién casado se encarga ahora de pilotar el coche.

—Oiga—le dijo—. A usted no se le habrá olvidado conducir con eso de la luna de miel ¿verdad?

—No—responde muy serio—. Y lo demuestra zampándose una curva a ochenta por hora.

Nos cruzamos constantemente con camiones pescaderos, en ruta hacia Madrid.

—Esos van ya un poco tarde—comenta Manuel—. Tendrán que apretar.

—¿A qué le llama usted apretar?

—De Valdepeñas a Madrid hay doscientos kilómetros y casi todo es recto. Dos horas y media cuando llevamos prisa.

Nos sorprende el amanecer un poco más allá de Jaén, y en el pueblo siguiente—Campillo de Arenas—hacemos una breve parada con objeto de reparar la bocina que se ha cansado de tocar. Luego, de un tirón, hasta Granada, donde el volante cambia otra vez de manos. Tomamos el último café en Loja con los clásicos roscos. Los kilómetros finales del trayecto son impresionantes. La carretera desciende en una mareante sucesión de curvas que no se acaban nunca y en algunas de las cuales da la impresión de que el coche se dispone a abandonar el asfalto para precipitarse en el abismo. He consumido tres paquetes de cigarrillos y un sueño de plomo gravita sobre mi cabeza.

Málaga está abajo, iluminada por un sol pálido, indeciso, junto al mar azul, satinado y sin brisa.



Caja sobre caja, la plataforma del camión se va llenando. El pescado llegará fresco a Madrid

MÁLAGA, PARADA SIN FONDA

—Puede volverse con nosotros—me dijeron al entrar en la ciudad—o en un «platillo volante» que saldrá en seguida. Es el camión más rápido que circula por las carreteras. Doscientos caballos. Lleva radio.

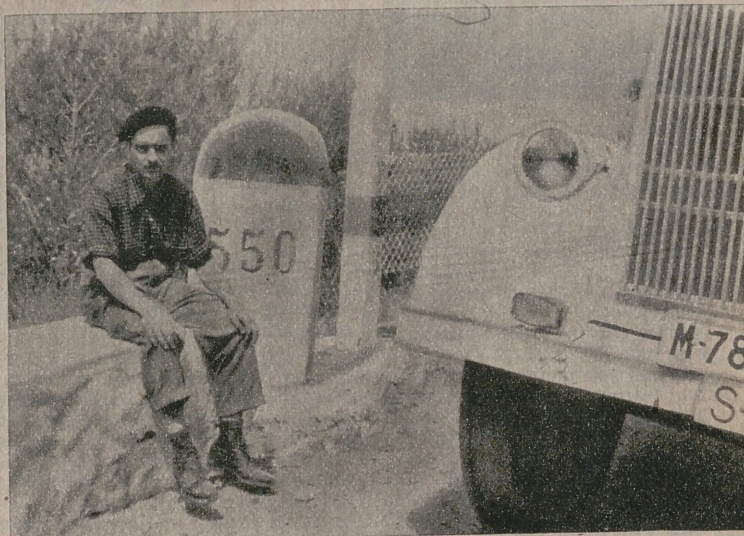
Me decido por el «platillo volante». De todas maneras no tengo tiempo para descansar ni para ver detenidamente la ciudad y el detalle de la radio me ha convencido.

Cuando llego al puerto ya están cargando el «platillo volante» con cajas de merluza y gambas. Hace calor, aunque el sol no es muy fuerte. Los cargadores van descalzos y arrastran las cajas, sirviéndose de un garfio con empuñadura de madera. Arpilleras y lonas cubren las diez toneladas de pescado que mañana se venderán en Madrid. Por los costados del camión gotea sin cesar el agua y le rodea un penetrante olor salino que le acompañará durante todo el viaje, como si las olas del mar quisieran prolongar su agonia más allá de la playa.

VIAJE DE VUELTA

Salimos a media tarde. El «platillo volante» trepa por las pendientes sin el menor esfuerzo, como si fuera un «baiga» cualquiera. Hay en el «baquet» el detalle simpático de unas flores y un par de fotografías de artistas en sintético «bikini». Radio Tánger transmite un programa musical. Me cuesta trabajo mantener los ojos abiertos y, por otra parte, no podría dormir aunque quisiera.

Esta vez los dos conductores se llaman Manuel. Manuel Ortega, que es de Sevilla, vive en Madrid—cuando está, claro—y tiene la novia en Málaga. Acaban de ponerle penicilina porque le aquejan unas anginas. De vez en cuando se arranca por fandanguillos, pero entre su ronquera, el ruido del motor, los mugidos constantes de la bocina que estremece las curvas y el estrépito de Radio Tánger, es imposible oírle. El otro, Manuel Serrano, representa unos cuarenta años. Es muy alto. Parece un hombre hecho a propósito para conducir camiones de gran tonelaje. Cambia siempre de velocidad sin ruido y sus largos y fuertes brazos, apoyados sobre el



Nuestro redactor Joaquín Ruiz Catarineu, autor de este reportaje, durante un descanso en la carretera



El mercado de la Puerta de Toledo, lonja del pescado en Madrid, en plena actividad



Los mariscos, tan desecados, esperando ser conducidos a la cervecería

volante, dan una gran sensación de seguridad.

No resulta agradable pensar en los quinientos y pico de kilómetros que nos separan de Madrid cuando acaban de recorrerse a la inversa pocas horas antes.

—¿A qué hora llegaremos?

—Temprano. Hoy vamos bien de tiempo.

—Puede haber un pinchazo, una avería...

—Si nos retrasamos, habrá que correr. Lo importante es estar en la puerta de Toledo antes de las nueve de la mañana. Siempre hay que llegar antes de la nueve.

Otra vez Colmenar, Loja, Láchar, Santafé. Y Granada, con la invisible tentación de sus jardines, la Alhambra desconocida, el Albaicín... Pero pasamos de lar-

go, entre la plaza de toros y el campo de fútbol, porque éste no es un viaje de turismo ni mucho menos.

Los conductores se releven en Campillo de Arenas. La noche se presenta tormentosa. Llueve bastante y la carretera, brillante y resbaladiza, no admite bromas. En Bailén, donde nos hemos detenido a tomar una cerveza, los dos Manolos hablan algo de una ballista rota. Tengo tanto sueño que pienso con agrado en una avería. Mientras la arreglasen podría tenderme en el asiento y dormir a pierna suelta. Pero no hay avería. Sólo kilómetros y kilómetros de carretera, una conversación que languidece por momentos y el diario hablado de noche de Radio Nacional.

En Valdepeñas, la misma decoración de la noche anterior. El mismo camarero alegre que llama por sus nombres de pila a todos los conductores de esta ruta.

Se echa a dormir el sevillano y yo me veo de nuevo en el pequeño asiento de la izquierda. Por suerte éste es un poco más cómodo que el del otro camión. A menudo saco la cabeza por la ventanilla y el aire y la lluvia me despejan. Serrano, al volante, mira atentamente la bruñida carretera que se extiende bajo la luz de los faros en una recta inacabable.

—Hay que tener mucho cuidado con estas rectas tan largas —explica—. Por menos de nada se duerme uno.

Le doy un cigarrillo. En la Cuesta del Madero nos encontramos con niebla espesa que pone en la noche invernales perfiles. Un camión de naranjas, a causa sin duda de lo resbaladizo del piso, se ha salido de la carretera y está allí volcado, como un tiburón varado en la costa. Los pueblos duermen. No hay turistas en Aranjuez, y el Tajo, bajo la

lluvia, ha despertado de su letargo. Miro el reloj. Son las cinco de la mañana.

A las seis entramos en Madrid. En el fielato, un policía motorizado se asoma a la cabina envuelto en su impermeable gris. Aun no circulan los tranvías y el mercado está callado y solitario. Serrano maniobra con el camión para ponerlo junto al muelle de descarga. Doce horas y media desde Málaga. Irán llegando otros camiones de diferentes puertos y a las nueve de la mañana una sirena estridente anunciará el comienzo de las operaciones relativas a la venta del pescado. Asentadores, descargadores, apuntadores, detallistas, tomarán posiciones en medio de un considerable barullo.

El mar está ya en Madrid de madrugada. Habrá cigalas y calamares, almejas y gambas en los bares y tabernas para que los clientes acompañen a la hora del aperitivo el vaso de vino o la caña de cerveza; los restaurantes y casas de comidas ofrecerán en sus cartas pescadilla y sardinas: se esmerarán los cocineros de los grandes hoteles preparando la langosta a la americana, el languido «meunière» o la lubina al horno; las amas de casa podrán escoger en las pescaderías aquello que más les gusta o que más conviene a su economía, y los sanatorios y hospitales adquirirán merluza fresca para los enfermos.

Aun gotea agua por los costados del «platillo volante», y las flores del «baquet» se han marchitado. Los conductores emprenderán un nuevo viaje para que mañana, y pasado, y al otro no falte el pescado en Madrid.

Aunque no carece de atractivos, es la suya una existencia muy dura, sólo para hombres. Llevan la vida al volante.

Joaquín RUIZ CATARINEU

SEBASTIAN JUAN ARBO Y SUS OPINIONES SOBRE NOVELAS Y NOVELISTAS

“Las traducciones no nos han perjudicado. Hoy día, el escritor español se vende mucho, en perjuicio de los autores extranjeros. Hay jóvenes que prometen bastante y dan tono a nuestra literatura”

“Estoy terminando “La Masía”, que será mi testamento de la novela rural”

SEBASTIAN Juan Arbó, ganador del «Nadal» con la novela «Sobre las piedras grises», finalista del «Ciudad de Barcelona» con «María Molinari», es un hombre difícil de localizar.

Después de larga búsqueda, lo encontramos en un café e interrumpimos su tarea que, naturalmente, es escribir.

Una débil resistencia, y acepta el diálogo.

ROS.—Sin el Premio «Nadal», la actual novela española hubiera tenido el mismo auge?

ARBO.—No. Estoy seguro que ha conseguido crear un ambiente, estimulando las vocaciones jóvenes. Y el mismo Caralt asegura que la abundancia de novelistas actuales es debido al «Nadal» y a otros premios creados posteriormente.

PIERA.—¿Es cierto el rumor que corre entre los medios literarios españoles de que el Jurado del «Nadal» pospone los valores literarios a los comerciales?

ARBO.—Cada uno vota la que cree mejor, pero tengamos en cuenta que es un premio fundamentalmente comercial. El Jurado casi nunca está de acuerdo, y siendo siete hay una fracción de cuatro que lleva la voz cantante.

CRUZ.—¿Hay algún elemento que ejerza más presión?

ARBO.—Masoliver siempre se enfada, pero, como es buen chico, acaba, como todos, por conformarse con lo que quiere la mayoría.

CRUZ.—¿Usted cree que las mejores novelas son las premiadas?

ARBO.—Generalmente responden a la opinión de la mayoría.

ROS.—¿Por qué «La puerta de paja» no fué premiada, siendo tan superior a «Nosotros los Ríveros»?

ARBO.—Cada uno en esto tiene su opinión, y en todo caso, como he dicho, prevalece el criterio de la mayoría.

PIERA.—¿El mejor «Nadal»?

ARBO.—Es muy difícil concretar. Cada uno de ellos tiene va-

lores propios. Para mí, los mejores han sido «Las últimas horas» y «Siempre en capilla».

PIERA.—¿Y el peor «Nadal»?

Se sonríe y dice:

ARBO.—Esto vamos a dejarlo.

ROS.—¿Por qué entre los «Nadales» ha habido tan pocos casos de superación?

ARBO.—Algunos escriben seducidos por los premios. Pero la verdadera vocación no necesita estímulos.

EL «CIUDAD DE BARCELONA» Y SU NOVELA

CRUZ.—En el Premio «Ciudad de Barcelona», usted, presunto «victorioso» con «María Molinari», fué desbancado.

ARBO.—Consecuencias del sistema de votación empleado. Fui eliminado con mayoría de votos, ya que tenía cuatro de los siete.

PIERA.—¿No es el Goncourt el que se utiliza?

ARBO.—No, aunque aquí creen eso. En realidad es una mezcla del Goncourt y del antiguo Crexells catalán.

CRUZ.—El Premio «Ciudad de Barcelona» perdió parte de su prestigio al otorgárselo un año a una novela de bajísima calidad. ¿Usted cree que lo ha recuperado con «Amorrortu» y «Cuerda de presos»?

ARBO.—En el «Ciudad de Barcelona» ocurre lo que en el Nadal; hay errores y hay aciertos, pero al fin y al cabo abundan, creo yo, más los aciertos, y en todo caso, el resultado representa siempre el criterio de la mayoría.

CRUZ.—¿Está totalmente satisfecho de «María Molinari»?

ARBO.—Sí, creo que es una novela lograda.

PIERA.—¿Por qué la titula «María Molinari» no siendo este personaje el principal?

ARBO.—Ya había dado al editor el título de la obra. Luego, al ir escribiendo, otro personaje, Andrés Albará acaparó el interés de la narración. El personaje se apoderó del autor. Sin em-



El fotógrafo captó estos gestos de Sebastián Juan Arbó durante la entrevista con nuestros colaboradores

bargo, el drama descansa sobre la figura de María Molinari.

PIERA.—Barcelona, ¿es tal como aparece en su libro?

ARBO.—El artista ve la ciudad de una forma personal. Pero creo que me atengo bastante a la realidad.

CRUZ.—¿En qué estilo encajaría el de «María Molinari»?

ARBO.—En ninguno determinado. Quizá es una novela realista.

CRUZ.—¿Y el resto de su obra?

ARBO.—Ofrece mucha diversidad. Paso de un estilo al otro. Desde «Tierras del Ebro», al estilo de Blasco Ibáñez, hasta «Tino Costa».

PIERA.—¿Para quién escribe usted?

ARBO.—Primero para mí. Y después para un público que ten-



El autor de «Sobre las piedras grises» expresa claramente sus opiniones

ga afinidad con mi modo de ser y con mis ideas.

CRUZ.—¿Dentro de cien años se leerá a Sebastián Juan Arbó?

ARBO.—El escritor no piensa en eso. Pero tengo la ilusión de que sí.

ROS.—La nueva tendencia a encajar únicamente la novela en el llamado «espejo stendhaliano», ¿la cree usted acertada?

ARBO.—Cuando el artista es grande, todo es acertado. Lo mismo da objetivismo que subjetivismo: Tolstoi o Proust.

LA POESÍA Y LOS POETAS

ROS.—En España existen cerca de seiscientos poetas. El que no tengan más eco en el público, ¿se debe a falta de calidad en nuestros vates o a una ola de insensibilidad para la poesía en el pueblo?

ARBO.—Es debido a las tendencias modernas. El público no las entiende y esto causa un divorcio entre él y los poetas.

CRUZ.—¿Qué perspectivas hay de un reencuentro de la poesía y el pueblo?

ARBO.—Pocas, pues es difícil que el poeta retroceda a las fórmulas antiguas, ya que su espíritu es inquieto y tiende hacia la novedad.

ROS.—Dicen que este es el segundo Siglo de Oro de la poesía española. ¿Puede citarnos sus preferencias?

ARBO.—Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez.

PIERA.—¿Se considera más novelista que biógrafo?

ARBO.—He trabajado con ilusión las biografías, pero prefiero que se me considere novelista.

PIERA.—¿Qué pasó con su «Verdaguer»?

ARBO.—Creó una verdadera polémica de Prensa a causa de algunos ataques excesivamente duros.

ROS.—Si le hubiesen dado a elegir entre una crítica abundante y negativa o el silencio en torno a su obra, ¿qué hubiera elegido?

ARBO.—El que se hable cuando la crítica, aunque dura, sea sincera y honesta; el silencio, cuando el crítico, movido por el impulso que sea, no tiene otro interés que el de insultar. Lo mejor sería que tales críticas no tuvieran ya acceso a las páginas de

los periódicos. Todos saldríamos ganando.

CRUZ.—¿Encierra alguna equivocación de tipo histórico?

ARBO.—Es cierto, pero los errores no afectan para nada al fondo de la obra; son de facilísima eliminación y no le hacen perder nada de su valor, ni con referencia a la historia, ni con referencia a la personalidad del biografado.

CRUZ.—¿Es cierto que le costó siete años escribirla?

ARBO.—Siete años; pero, desde luego, no de trabajo continuo. Algunas pausas las aproveché para crear «María Molinari».

PIERA.—Entre la suya, la de Miracle y la de Pabón, ¿cuál es la mejor biografía que se ha escrito sobre Verdaguier?

ARBO.—Esta última no la he leído. De las otras, cada una tiene su mérito.

PIERA.—¿No cree que su «Verdaguer» es un poco novelesco?

ARBO.—Efectivamente. Se vió influida por mi temperamento de novelista. Laín Entralgo ha dicho que el biógrafo debe escribir lo que fué, e intuir lo que pudo ser.

CRUZ.—¿Tiene en proyecto alguna otra biografía?

ARBO.—No quisiera volver a ella. Lo hice más bien por causas económicas.

ROS.—¿Se considera periodista?

ARBO.—Sí. Además, escribir ar-

tículos para mí es una necesidad.

CRUZ.—¿El literato puede ser un buen periodista?

ARBO.—Sí; puede serlo.

PIERA.—¿Y el periodista, buen literato?

ARBO.—No; sobre todo es difícil que destaque dentro del campo de la novela.

CRUZ.—Entonces, a su juicio, ¿qué cualidades son las fundamentales para ser un buen novelista?

ARBO.—Sentimiento, talento y energía física. Pero es preferible que el sentimiento predomine sobre el talento. La energía física es también decisiva. La labor del novelista es agotadora.

ROS.—¿Ustedes escriben con alguna preocupación «a priori»?

ARBO.—Sí. El novelista está desconcertado por la falta de normas en algún aspecto que con él se relaciona.

LAS TRADUCCIONES EN LA NOVELÍSTICA ESPAÑOLA

CRUZ.—¿Ha perjudicado tanta traducción a la novelística española?

ARBO.—No. Hoy día, el escritor español se vende mucho, en perjuicio de los autores extranjeros. Hay jóvenes que prometen bastante y dan tono a nuestra literatura.

PIERA.—En un coloquio de la Escuela de Periodismo, Bartolomé Soler dijo que todo lo que se leía era «bazofia traducida».

ARBO.—De todo hay. Hay mucha bazofia, pero también mucha cosa buena.

PIERA.—¿Por qué se han traducido obras de tan baja calidad?

ARBO.—Se tradujeron obras mediocres porque el público las pedía. A pesar de su poca categoría han resultado favorables, pues se ha acostumbrado a leer. De Rafael Pérez y Pérez han pasado a Carmen Laforet.

ROS.—Si sólo se publicasen novelas buenas, ¿parte del público dejaría de leer?

ARBO.—Un sector abundante, sí lo haría; pero hay un público inteligente que siempre lee.



Sebastián, adolescente, con un grupo de amigos aficionados a la natación



El novelista y su madre



El novelista y su esposa

ROS. — Novelistas extranjeros que usted prefiere?

ARBO.—Faulkner, Hemingway, Huxley Camus, el autor de «El poder y la gloria», me parecen muy interesantes, cada uno a su manera. De quien más he leído es de Huxley.

CRUZ.—¿Qué defectos nota en los novelistas jóvenes?

ARBO.—Uno de sus fallos es la falta de fondo. El novelista necesita una formación clásica rigurosa si quiere hacer una obra sólida. No basta con leer a Faulkner y ponerse a escribir. Las imitaciones de un artista tan personal suenan a vacío.

ROS.—¿Qué es más importante, la formación técnica o la imaginación?

ARBO.—Para mí, la formación.

PIERA.—Entonces, ¿qué opina del «caso Forrellad»?

ARBO.—Luisa Forrellad es, para mí, un pequeño milagro. Por otra parte, no creo que haya leído tan poco como se afirma, y como afirma ella.

PIERA.—¿A cuántos idiomas se han traducido sus obras?

ARBO.—«Caminos de noche», al francés y al alemán. El «Cervantes», al francés, alemán, italiano, holandés e inglés. «Tierras

del Ebro», al holandés e italiano. «Tino Costa», escrito en castellano, lo traduje más tarde al catalán. La biografía de Verdager saldrá en breve en castellano.

ROS.—¿Próximos proyectos?

ARBO.—Estoy escribiendo una novela que se titulará «El naufrago», y que aparecerá en otoño. Otra novela, «La Masia», que será mi testamento de la novela rural, estoy casi terminándola. Y esto es todo, por el momento.

Sebastián Arbó, que tiene siempre prisas, comienza a tamborilear con los dedos en la mesa y a mover un poco los pies. Esto quiere decir, señores, que la entrevista se ha acabado.

MARIA TERESA JUAN - ARBO BES TIENE ESTA OPINION DE SU PADRE:

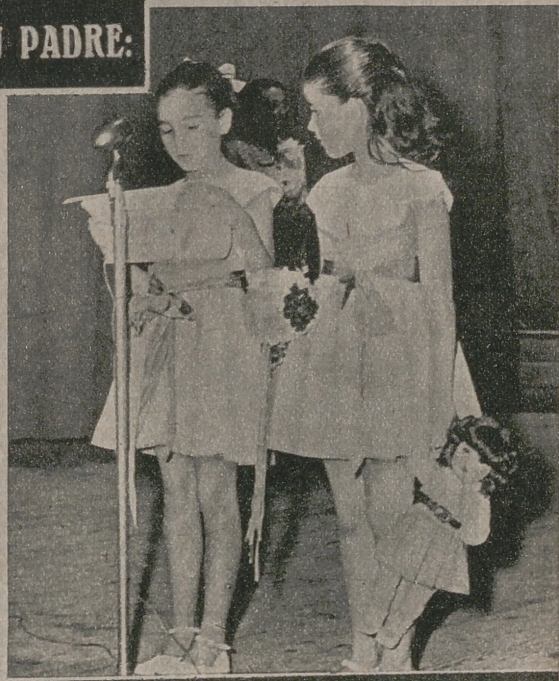
ME piden que diga algo sobre mi papá. ¿Que diré? Mi papá es moreno y tiene el cabello negrísimo y brillante. Dicen que me parezco mucho a él, pero yo no tengo el cabello negro. Mi mamá me dice que hasta tengo sus defectos. A mí me gusta parecerme a él y hasta tener sus defectos, y me gustaría tener el cabello negro, como él, y brillante. Mi papá es muy aficionado a leer: siempre va con libros, revistas y periódicos en las manos. De noche sale poco, se acuesta después de cenar y lee en la cama. No sé hasta qué hora, pues yo me quedo dormida; muchas veces, si me despierto, veo la luz de su cuarto encendida y sé que está leyendo otra vez.

Está poco en casa, sólo a las horas de las comidas, y apenas termina se va. Se ve que siempre ha sido así, pues, a veces, le he oído decir que su madre, que era mi abuela, le decía que «no le caería la casa encima».

Sólo los domingos se queda un poco más. Es por las jotas; a mi papá le gustan mucho las jotas. Todos los domingos, después de comer, la radio da una sesión de jotas del bar bodega Apolo; mi papá las escucha hasta el final, y si yo hago ruido se enfada mucho porque no le dejo escuchar bien. Cuando han dado la última jota, se va y no vuelve hasta la noche. Se lleva siempre su cartera y los papeles. El dice a trabajar.

Llega justo a las horas de comer; si está de mal humor no dice casi nada; cuando está de buen humor, habla mucho y cada vez vuelve a hablar de lo mismo, y si yo quiero decir algo mío, dice: «Calla, que ara parla ton pare.» Mamá dice que hace igual que en las novelas, que repite un poco las mismas cosas. No crean por eso que no haga caso de mí; cuando salgo con él hace todo lo que yo le digo y me compra todo lo que pido, y cuando llegamos a casa le dice a mi mamá todo lo que me ha comprado y se queja del dineral que ha gastado.

Cuando era yo pequeña, se me llevaba al café con él; yo jugaba y él escribía, y un señor muy alto que se llama Castro Calvo escribió un artículo hablando de mí. Ahora lo he leído y me ha gustado mucho. Además, este señor me envía siempre ca-



La hija de Sebastián Juan Arbó ante el micrófono, leyendo la salutación en la fiesta anual de su colegio

ramelos, que me gustan aún más que el artículo.

Cuando mi papá está más contento es cuando, en verano, estamos en San Carlos de la Rápita, que es su pueblo y a él le gusta mucho. Allí no está tanto por sus libros, y muchas veces, cuando salimos en nuestras bicicletas, me cuenta cosas de cuando era pequeña o me enseña los sitios donde jugaba, y hablamos, hablamos los dos. Hizo también un artículo en «La Vanguardia» hablando de esto, y era muy bonito. Y no sé qué decir más.

Maria Teresa JUAN-ARBO BES

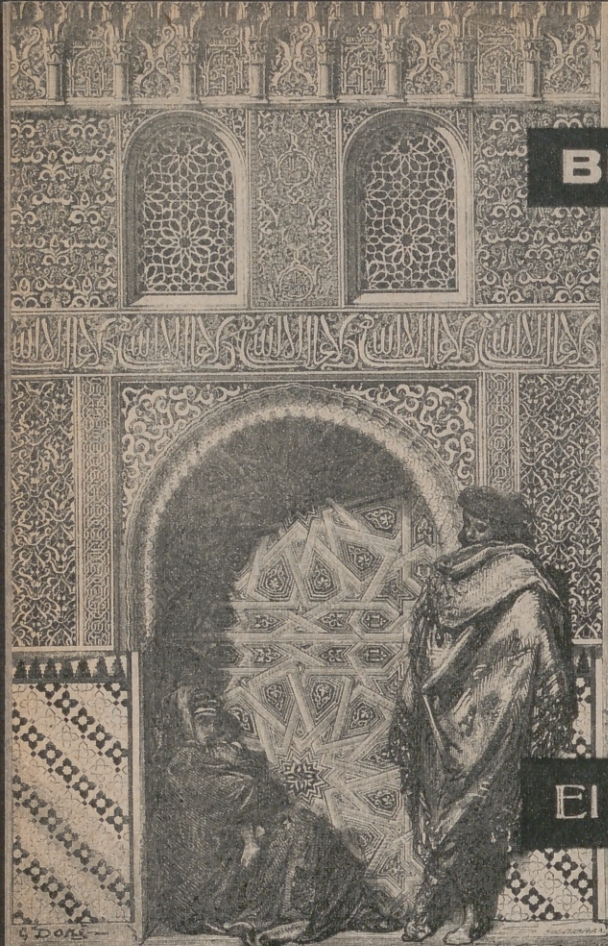
EL GENIL

ESE RIO TAN JUNCAL Y TAN BUENOZO

DE SUS AGUAS SURGIO EL CANTANDO

Existe un parentesco cierto entre can-
ciones árabes y las moriscas de Gada

El "río del infierno" o "sobre infierno"



TRES historiadores de España, el Abar el Kassiri, el Kattib el Garnathi y un descendiente del profeta, Ech Chip el Eddris —el primero oriundo de la tierra rica en leche y miel de Ksar el Kebir men Seitun (Alcazarquivir la de los Aceitunos), el segundo nacido en Granada y el tercero de origen mecarri—, refieren de qué manera el emir Kusan ben Dirkan intentó poner fin, con mejor voluntad que fortuna, al pleito que había de convertirse en el cáncer de la civilización mahometana y contribuiría al derrumbamiento de su permanencia en una tierra donde tan perfectamente había aclimatado en la de España.

El emir Hussan ben Dirhar pensó que lo más justo y lo que contribuiría a poner sordina a los rencores de las diversas banderías vencedoras de los visigodos, a quienes tenían acorralados en cuatro picachas de un paisaje de nieblas, sería la de dar a cada una de ellas no la tierra que le correspondiese en virtud del esfuerzo realizado en el vencimiento de la rubia y bárbara tribu que les precedió en el dominio de la península, sino aquella que más asemejase a la de que eran ortundos los jefes conquistadores.

Los jefes y no las propias banderas, porque éstas estaban integradas, casi totalmente, por bereberes, es decir, por hermanos de raza de los españoles, en mala hora romanizados y en grave riesgo de gotificación cuando las primeras naves moras se acercaron a la costa andaluza para, en una batalla, en la que eran los menos y los peor armados, infligieron una derrota vergonzosa a los otros invasores de España, que fueron a continuar su historia y a vivir bajo su goda

lerosa gente musulmana, sin necesidad de que esa detención o retirada sea explicada con relatos maravillosos ni con milagros que la Iglesia no ha admitido como tales... Chocaron con un paralelo de brumas, elevaron los ojos al cielo y vieron que los turbantes de nubes eran negros... Soplaban vientos fríos y en las cumbres había nieve. Con esto era más que suficiente para que los árabes volvieran espaldas desdenosas a una tierra que, geográficamente, no podía ser incorporada a Moreria.

Las tribus morenas, las que etnológicamente no eran sino una continuación de las que poblaban España, antes de su desdichada romanización, abandonaron voluntariamente el último fleco visigodo.

LA DECISION DEL EMIR

Hussan ben Dirhar se asesoró de caides y de ulemas, escuchó a los geógrafos y llegó un día en que pudo anunciar que ya tenía resuelto el pleito territorial.

Y una tarde entré las tardes, desde su cuarto moherino —o merino—, es decir, trashumante, ordenó se diera lectura en las medarsas y en las zahútas a los pliegos en que los hábiles escribanos habían reflejado la decisión del emir.

País montuoso de Ronda, serranía que por la cordillera penibética se suicida en el mar entre Tarifa y Algeciras, con la tierra dulce de Medina Sidonia y los pueblos que luego se llamaron Jimena. Gaucin y Cortes fueron adjudicados a los árabes sedentarios de Palestina.

A los de Jordania, las orillas del Guadalhorce, con valles agra-

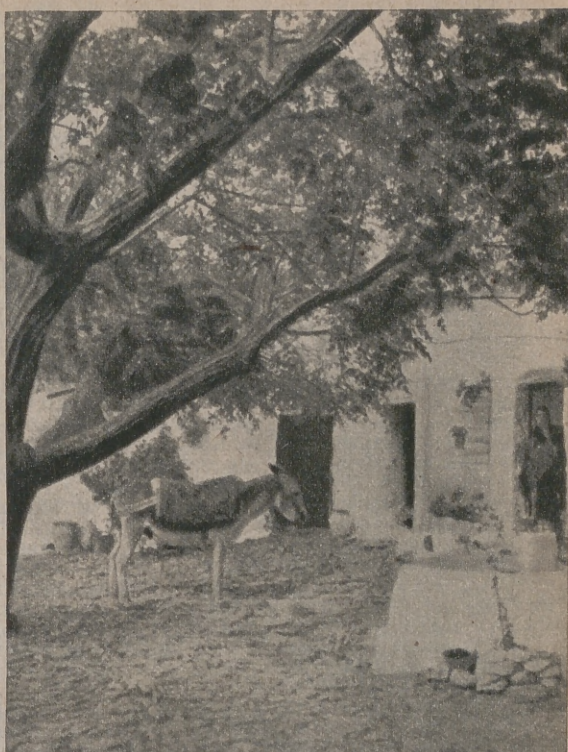
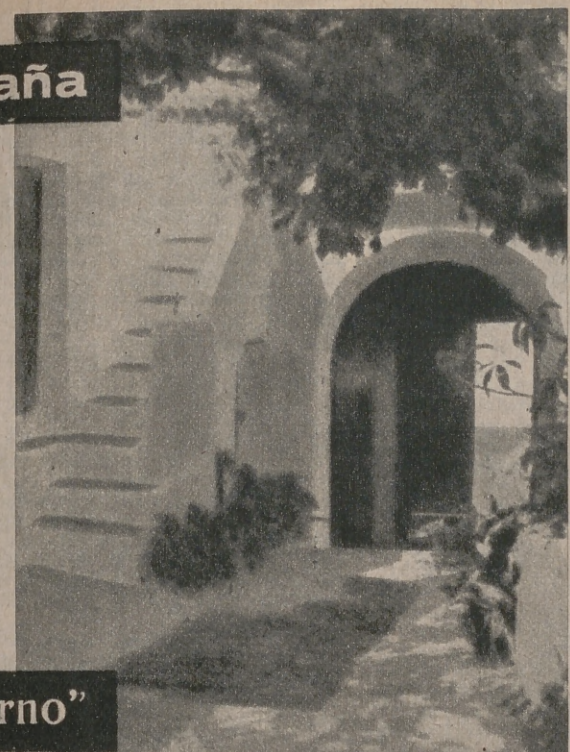
dables y campos en los que resultaba fácil hacer madurar la naranja y el olivo y que creciera la caña de azúcar.

Los que vinieron de Egipto hallaron su Nilo en el Uad el Kebir, desde Sevilla hasta el nacimiento del río, y aun más hacia Oriente, las tierras y las medinas de Ubeda, Baeza y Guadix, Murcia y Almería constituyeron el dote de los musulmanes de Palmira, y el de los persas la ciudad y los campos de Loja.

Márgenes del Genil, viejas de Al Garnatia para la gente siria, para los que llegaron de Damasco con un idioma mejor terraceado en los labios y los ojos colmados de las fastuosas tiendas de la capital del Califato.

Las casas más ilustres, los mejores pueblos, entre los que tomaron parte en la reconquista puna y semita de España contra el bárbaro del Norte, se establecieron en las orillas del Genil, y la nostalgia de sus patrias de procedencia hizo que durante mucho tiempo Elvira se llamase Damasco.

Los hombres de una y otra tri-



bu se unieron con recelo, y bajo los arcos de las primeras conquistas construidos en las orillas de los anchos ríos andaluces, voces aradas declararon que el reparto de tierras de al Andalus no había sido hecho con equidad y los sirios habían sido favorecidos al concederles el emir Hussan ben Dirhar las márgenes del Genil.

Ignoro la etimología del vocablo Genil. Voy a aventurar una, pero anticipo que si cualquier granadino, lojeño o ecijano tiene otra distinta, la suya es la buena, lo que les dará idea de la poca confianza que tengo en la que se me ha ocurrido.

Por tanto, que nadie la haga motivo de polémica. Solamente solicito que se tenga en cuenta, a falta de otra mejor.

VARIOS NOMBRES PARA UN MISMO RIO

Ya es sabido que los árabes acostumbran a dar varios nombres a un mismo río, cosa que también sucede entre los euskaldunen del Pirineo navarro; pero no porque unos le llaman de una

Así son de monunos los pueblos por donde pasa el Genil. Arabes y bereberes. Cualquiera de estas fotografías puede ser la de un retazo de la Kasbah de Larache, de Bab el Bahar, de Arcila o del Suk el Foki, de Tetuán

manera y otros de otra, sino que se le denomina así hasta cierto lugar, y a partir de allí, de distinta forma. Un ejemplo es el río que pasa junto a Tetuán, al que llaman Uad el Jehú hasta la capital del Protectorado, y Uad el Marchi desde la ciudad hasta su desembocadura.

Esto explicaría por qué en uno de sus retazos fue denominado Uad el Gehen (río del Infierno) o tal vez Uad el Gehenalik (río sobre el infierno), que más tarde aplicarían a toda la corriente. El caso es frecuente. Al río de Larache y de Alcazarquivir los geógrafos árabes de hace dos siglos le llamaban por un nombre distinto en cada una de sus regatas, y actualmente le denominan Luceus desde su nacimiento hasta su desembocadura.

Pero ¿por qué habían de nombrarle río del Infierno (Gehen) o río sobre el infierno (Gehenalik) al de Granada?

Rastrearé un poco su corriente hasta llegar a la justificación de Gehen.

Este señor río andaluz nace en el Corral de la Veleta, una gran nevera situada al pie del pico del mismo nombre, y se desliza por la quebrada de Guadarnon (Uad an Non); sorprendente caso, pues ríos con dicha denominación tenemos dos en Ifni y Mauritania, y uno de ellos con una preciosa leyenda atlántica, que quisiera que no sea una corriente, sino una princesa.

El Genil corre hacia Granada, en dirección a Occidente, que ya no abandonará durante su curso, entre sierras de nombres cargados de historia y de poesía...



Puerta Justicia Alhambra

¡Qué bien suena Almiar (Al Minjar, el Minarete), Mulhacen (Mahey Hassin), Alhama (la residencia de los no musulmanes, y las otras que han entrado en la toponimia castellana: Montilla, Cabra, Priego, Sierra Nevada!

Forma una ancha y abundante cuenca y por Cenes de la Vega llega a Granada. Los arroyos se rranos se precipitan en su ayuda, porque a partir de este punto el Genil va a ser un río flamenco, el río más flamenco del mundo, y tan guapo y buen mozo que las mujeres le piropean con medias granainas... Los arroyos que sostienen la flamenquería del Genil son: el Mairena y el Aguas Blancas, en la misma capital de la España musulmana, el Darro y más abajo el Monachil.

Arroyos y afluentes abundantes para que el río del Infierno (el Genil) pueda hombrar junto al río Grande (el Uad el Kebir), el Monachil el Dibar, flamencos también que cuando se les hincha el pecho provocan broncas de inundaciones: el Salado y el Cubillas, el Velillas y el Colomero, el Cacin.

¡Y se aproxima a Loja!... Que es donde he de aroximarme yo para explicar mi etimología particular del río. Se aproxima caminando por un estrecho desfiladero, en el que recibe las aguas del Manzanal para lanzarse por un abrupto despeñadero que los árabes llamaban «Gehen men Loxa» (ya aparece el vocablo Gehen, y precisamente sobre ese Gehen se lanza el río, y aquí se justifica el «Gehenalik», por estar precisamente sobre el Gehen) y que nosotros llamamos Infierno de Loja.

Abandonado el Infierno de Loja, el Pesquera le aporta su caudal de agua y deja de ser granadino (al garnathi) para transformarse en cordobés, y en ocasiones canta un poquito con el blando acento malagueño en una de sus orillas, pues es límite provincial... Y otras dos veces, entre el reino de Córdoba, por el puente del Genil, tierra también de buenas coplas, entra en la provincia de Sevilla por Ecija, y se arrepiente y vuelve a Córdoba, y porque la Guardia Civil no le deja, que si no se volvería a Granada, porque es muy andaluz, pero muy garnathi, y arrastra un agua saturada de nostalgias flamenca, de nostalgias granadinas, según intentaré demostrar.

Y como la Guardia Civil no le deía volver al Garnatha, se va en compañía del Uad el Kebir (el río Grande), sin que esto signifique que él sea un Uad en Seguer (un río Chico), primero a Sevilla, luego a Sanlúcar de Barrameda y después al mar.

EL GENIL ES UN RÍO FLAMENCO

Antes de su encuentro con el Guadalquivir ha recorrido doscientos veintidós kilómetros, formando una isla cerca de Cuevas Altas.

He dejado escrito que el Genil se un río flamenco. El más flamenco de todos los ríos; pero no es solamente en la etimología donde puede estudiarse el origen de su flamenquerismo.

Cinco veces cada día millares de almuédanos lanzan a los cielos árabes su canción flamenca; cinco veces cada día las cigüeñas

argelinas, los ibis egipcios y los grandes pájaros de la India reciben su lección de canto hondo, y los serafines morenos se ladean los tarbuses para escuchar el «Ah Allah illa Allah u Sidna Mohamed rasul Allah» cantando como una caña, es decir, la garnia que comienza en un suspiro, el «Ah» (el «¡ay!» del flamenco de España), que inicia la llamada de la plegaria y en el que la escala es recorrida en todos los tonos para terminar en una queja en la que es preciso apurar el canto, para lo que se necesitan pulmón y facultades.

La versión etimológica del flamenco es «felak en kun» (vosotros los labradores), que en lengua perezosa de los moriscos granadinos no se pronunciaría «felah en kun», sino «flancun», que era el canto de los montañeses de Al Bujarrach (Las Alpujarras).

El flamenco recibió su nombre en Granada, aunque su nacimiento haya que buscarlo en los mismos parajes donde surgió la religión musulmana.

A mí me agradaría poder demostrar que fué de las aguas del Genil de donde surgió el canto hondo; pero cualquier fakih, por poco erudito que fuese, presentaría mil y un argumentos que probarían que no es así.

Sin la ayuda de los «fokaha», ya insinué que el canto hondo se origina en el pregón de los muezines. En minuciosos historiadores árabes puede averiguarse en qué otros manantiales brotaron tantas y tantas variedades del canto que incluso en la actualidad pueden escucharse fuera de los límites de la Península.

En el flamenco del Genil transportado a Yebala hay, que yo sepa, tres estilos: el «voz», el «algum» (levantao) y el «ah sidna» (¡ay!, nuestro dueño). A estos estilos añado una canción de mendigos con una música que es una tierna melopea. Es una canción flamenca que se extendió por todo el imperio y que escuché con emoción en los oasis de Tafilalet.

EL CANTE Y LOS «CANTAORES»

Los andaluces de Vizcaya somos muy picajosos y muy difíciles cuando se trata de canto «hondo» y yo no soy una excepción entre mis paisanos... En una ocasión en que se hablaba de cantaores alguien mostró una erudición que sin duda creía que era la prehistoria del canto.

—Esos cantaores son de ayer —le interrumpí—. ¿Qué me dice de el Madgali y del Safidi Dim el Jili, con quien tengo que arreglar una cuenta de siglos?

De ambos cantaores se puede encontrar referencia en un libro titulado «Poética y métrica árabes», de Emilio Rubau.

El Madgali era andaluz, albu-jarrachi y sus ríos fueron el Genil y el Darro y no hizo más que esto: encerrar en cuatro cortos versos una situación de ánimo «con el baile de los pájaros» que se acompañan con sus trinos. Nada más que eso, y lo hizo en las orillas de Genil.

Antes de iniciar discrepancias con la opinión de Saffaid Din debo fijar mi posición en el litigio. El canto hondo no nació en Andalucía. El canto de labradores (el flamenco) sí, aunque fren-

te a la versión que sitúa su nacimiento a la vera del Genil se alce la de Saffid Dim el Jili al hacer referencia a una canción popular llamada «¡Ay, mis señores!», que cantaban los labradores de las cercanías de Bagdad, «cante para sacar agua del pozo»... Si quienes cantaban eran los felah (los labradores) tenía que ser flamenca, pero, en ese caso, también habrá que decir que son flamenca las que cantan los labriegos de Rusia o de Alaska... Lo flamenco no fué sólo cante de labriegos, sino de determinados labriegos, de los que de la montaña bajaban al Darro y al Genil.

El Muhabbi se muestra en desacuerdo en el Jili en todo lo que se refiere a este negocio del cante. Niega que el «¡Ay mis señores!» sea canción labradora. Y que la inventaran en Bagdad. Fué, en opinión de El Muhabbi, un canto señorial, y empezó a cantarse en Uaset al Aarac, en Arabia.

Existe un parentesco cierto entre las canciones árabes y las moriscas del Genil, no sólo en la música, sino también en la letra. Y hay varios estilos, el de «Comparación», el del «Hilo en el Anillo», el de la «Mujer que Mucho se Alhaja» y el de la «Mujer sin Afeites».

Posiblemente me estoy apartando un poco de la biografía del Genil, pero somos muchos los andaluces de las cincuenta provincias de España y acaso les guste conocer alguna copla del canto hondo árabe.

«Perlas engarzo en un hilo... Tú serías como la lluvia si el agua fuese sonriente, y or lo que lllovera... Perlas engarzo en un hilo... Por ti las olas son dulces. Soberana de los mares.»

Pertenece al estilo de comparación, el que más se parece al cante andaluz. Termina con la hipérbole de que la dulzura de la muchacha es capaz de edulcorar las olas.

También tiene parentesco con nuestro flamenco «El Hilo dentro del Anillo», que ha de ser triste y desesperado.

«Murieron las golondrinas y me han dado una enseñanza. Yo tampoco podré formar mi nido sobre el alféizar de tu algarifa. Tengo cerrado el regreso con medias lunas de alfanges.»

La «Mujer que mucho se alhaja» es de una dificultad extraordinaria, pues en su composición no se admiten más que letras puntuadas, el «ba», el «sihn», el «nun», etc., pero no tan difícil como el estilo de la «Mujer sin Afeites», ya que quedan eliminadas todas las letras que tienen forma de media luna, la B, la N, la F, la T suave, la J. No conozco más que una copla de la «Mujer sin Afeites».

«Rodeada de perlas y de rosas hay una fuente. ¿No podrá caminar en ella su sed un caminante? (Refiriéndose a la boca. Claramente se deduce que las perlas son los dientes y las rosas los labios.)

UN PROFESOR DE CANTAORES

El Genil fué quien enseñó a cantar flamenco al Guadalquivir y a todos los ríos andaluces, y a todos los de Marruecos, y a toda la seca Mauritania.

Cuando el río era mitad y

tad musulmán y nazareno, no una orilla cristiana y mahometana la otra, sino dividido en dos partes a lo largo de su curso castellana la de Occidente, y la oriental, germathi (españolas ambas, pues si a la tribu bárbara y rubia de los godos se le concedió nacionalidad después de tres siglos de permanencia en la Península, no se la van a negar a los moros cuando llevaban cerca de ochocientos años de feliz aclimatación en nuestra tierra), los mahometanos lo habían sangrado en canales en «jottaras», que fueron copiadas en Marrakech, apurando en la vega todos los recursos de los más esmerados cultivos merced a la maestría con que distribuyeron el riego del río flamenco, «allí prosperaban los frutos y plantas de los más opuestos climas, el cáñamo de norte crecía lozanamente a la sombra de los olivos y de los viñedos».

El Genil, que enseñó a cantar nondamente a los demás ríos de España, vistió a España de seda. En sus orillas y en Al Bujarrach se dedicaban los moros a la cría del gusano de seda, y sus sederías suministraban el principal artículo de comercio que se verificaba por los puertos de Málaga y Almería.

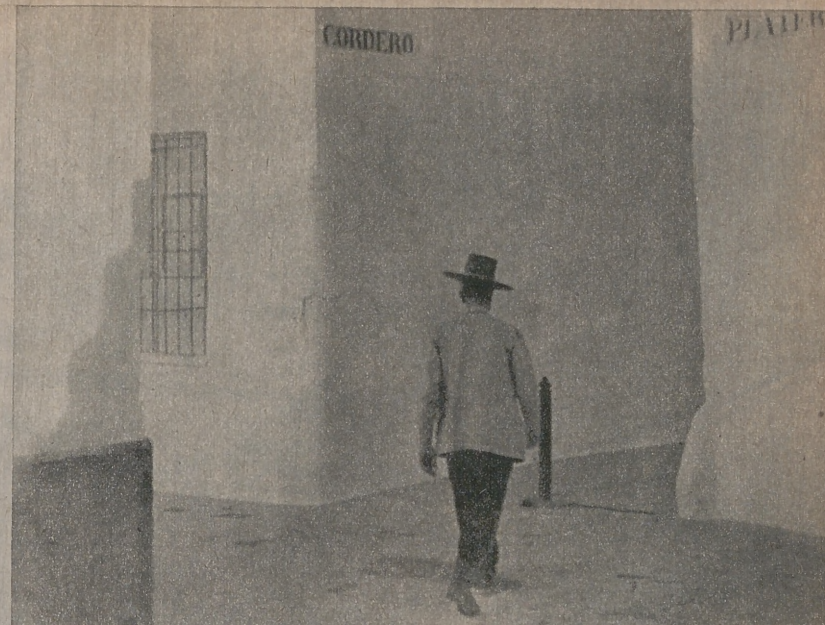
Y el genil era un río erudito, un río culto, pues en la parte de su curso que comprendía a los árabes, los Reyes garnathies empleaban una gran parte de sus rentas en empresas culturales, en el fomento de las letras, en la construcción de edificios públicos, suntuosos y en el esplendor de una corte a la que, a pesar de lo reducido de su territorio, no igualó en magnificencia ninguna otra.

La moneda de Granada se distinguía por la ley y elegancia de su cuño. En 1926, recién llegado a Larache, oí una canción que se llamaba «L'flux men Garnatha» (El dinero de Granada). Se refería una complicada historia de amor entre un musulmán y una nazarena, y el estribillo era: «Ah, ah er rashed, fi l'flux men Garntha» (¡ay, ay, mi hombre con el dinero de Granada!); aludía a nuestras pesetas, a nuestros duros acuñados por el Banco de España, pero España, para quien la cantaba y para las muchachas que compusieran la canción se llama Garnatha, excepto una parte geográficamente imprecisa, que le dicen Catalonia.

A su orilla se encontraba la población con más habitantes de toda España y probablemente de toda Europa. Madrid era un villorrio. Las demás poblaciones castellanas y aragonesas cabían perfectamente en la horma de piedra de sus murallas. Todo el reino de Navarra sumaba apenas ochenta mil almas. Solamente tres ciudades importantes por su población en Iberia: Barcelona, Lisboa, Sevilla... Córdoba musulmana tuvo un censo tan poblado como el de Roma cuando fué capital del mundo—un millón de habitantes—, pero al iniciarse la fratricida guerra de Al Garnatha no alcanzaba los cuarenta mil y Granada tenía cuatrocientos mil más que París, más que Roma, tanto como Stambul.

DOS IDEAS QUE HACEN LA UNIÓN

En el Genil surgieron dos ideas unificadoras. La primera en un



Ya cerca de su unión con Uad el Kebir (el Río Grande), para por Ecija el Genil, que no es un Uad el Seguer (Río Chico)

juego bélico transformar el río en una especie de Pirineo para lanzarse a la reconquista de todos los territorios perdidos desde la sublevación de los Reyes visigodos de Asturias y de los Reyes españoles de Navarra.

El segundo intento unificador se dirigió hacia el Sur, en sentido opuesto al que marca la flecha del Genil... Los garnathies fueron los primeros que pensaron en la conquista de Marruecos y llegaron a desembarcar en el Imperio del Ocaso y anexionarse Ceuta, buen puerto y buena puerta para la penetración... A los garnathies les faltaron colaboradores, el reino era muy pequeño para guarnecer un territorio tan extenso no podían dejar el flanco occidental desguarnecido, ya que una comprensión de lo que debía ser la política de buena convivencia con los españoles mahometanos apenas la tuvo más que un Rey, el calunniado Enrique IV, el que en las orillas de otro río fronterizo, el Bidasoa, supo mostrarse firme y belicoso ante la sinrazón francesa, pues ambas márgenes eran castellanas y en ambas márgenes se instaló. Este Rey, Enrique IV de Castilla, cuya política es plagiada por todas las potencias que tienen intereses en el Islam y que en su tumba está esperando rehabilitación y justicia.

LOS ERUDITOS OPINAN

Si del Genil no estoy muy cierto de cuál sea la etimología de su nombre, nunca faltará un erudito que pretenda hallarle raíz de audiencia romana, y no de castro árabe, en la de su capital creo que hay una más aceptable que las otras, la de que fué un lugarejo de Elvira (Iliberris no en la in, sino en euskeldune, «los nuevos muertos», o el «cementerio nuevo»), que el hijo del rabi. Assa el Senaini, mandó fortificar y de ahí el nombre de Dar Garnatha» (vivienda fortificada), o tal vez Ksar Garnatha, si lo que construyó fué de un castillo que defendiera el paso a Elvira.

Se me antoja fantástica la versión de que procede de los vocablos Grah Nata, Cueva de Nata (de una muchacha así llamada). Si los moros tuvieran un santoral diríamos que ese nombre no figura ni ha figurado nunca en él.

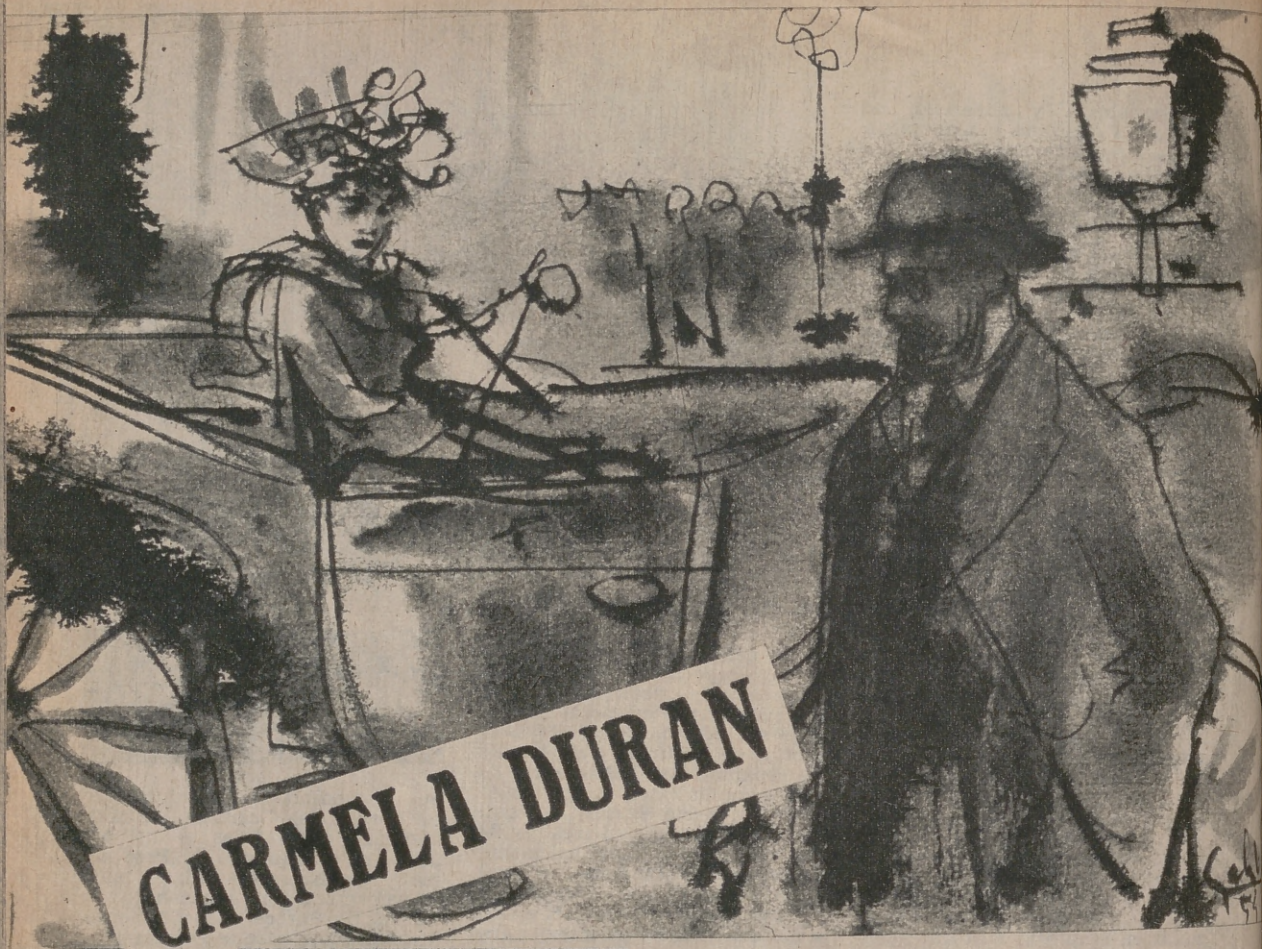
Una tercera versión asegura

que su nombre fué Izna Roman, o Castillo del Granado... Efectivamente, romana es el nombre árabe de la granada... ¿Pero cómo romana (granada) pudo transformarse en garnatha (fortificada)? Parece, sencillamente, disparatado, porque romana y gerntha no tiene ningún parecido fonético. En cambio se explica fácilmente que el vocablo gernatha lo transformasen los castellanos en Granada, aunque lo que signifique la palabra en árabe y en castellano sea tan distinto como una fortificación y un fruto.

Ejemplos de esta transformación los tenemos a centenares, unos más y otros menos recientes. El Araich, en árabe, significa el viñedo, y lo cambiamos en Larache, que no significa nada. R'bat el Fath (el lugar de la victoria), en Rabat, y recientemente, durante la guerra de Er Rif, nuestros soldados transformaron Dar ak koba (La casa de la cúpula), en Dar Coba (que en Germania también tiene su significado, pero que no es precisamente el de una casa con una cúpula), y Dar Coba continua llamándose.

Dejadas a sus espaldas infernos y murallas de Loja, gran ciudad garnathia, célebre en la historia y la economía del pequeño y glorioso reino musulmán, la que vestía de paño a los ismos que Al Bujarrach vestía de seda, buenas fuentes y salinas abundantes, unas leguas adelante el Genil entraba en territorio cristiano. Viejo reino de Córdoba, al principio España entera después poco más que una cora a la que para formar provincia se le anexionaron tierras de La Mancha, de Extremadura y de un pueblo del reino de Sevilla, Miragenil (Puente Genil), rica en membrilleros. Más adelante se hizo un poco caballista y se fué a la sierra por Ecija, en el reino de Sevilla, ya en donde se une al Río Grande, sin que él sea, como hemos dicho, ni por un solo momento, un Río Chico.

Luis Antonio DE VEGA



CARMELA DURAN

NOVELA

Por Leopoldo RODRIGUEZ ALCALDE

HACE varios años no dejaba nunca de visitar en Madrid a un viejo amigo de mi padre. Era un buen señor, viudo sin hijos, que se había divertido en grande durante toda su vida, ya bastante larga, y que había tratado a medio mundo, guardando en la memoria un caudal de aventuras y anécdotas casi increíble. Habitaba en un piso de la calle de Hermosilla, desde que el palacio de la calle de Zurbarán fuera alquilado por una Compañía de Seguros, y en aquella casa he pasado muy buenos ratos, oyéndole contar, con gracejo y cultura al mismo tiempo, una especie de historia íntima de Europa, mientras el alegre sol otoñal de las cuatro de la tarde dibujaba menudas hogueras en las grandes copas de coñac y en el cristal del cenicero, repleto de colillas.

Entre las mil historias estupendas que le escuché se me ha grabado una especialmente. No me exigió que guardara el secreto, pues, según él, toda la gente de su tiempo conocía de sobra el episodio y, por otra parte, ya sabía yo que aquel caballero no revelaba jamás el más mínimo detalle del cual se considerase el único depositario. Es muy posible que quien tanto había vivido supiese algo más que episodios amables o aventuras graciosas, en las que nadie salía mal parado del todo. Pero nunca le oyeron sus amigos referir un escándalo ignorado o una bajeza insospechada, ni aun recurriendo a la cómoda solución de no citar nombres, que demasiado pronto se adivinan.

Poco más o menos, así me dijo el hidalgo juerquista, cigarrillo tras cigarrillo, en la quietud soleada de una fina tarde de octubre.

I

Poco tiempo antes de la guerra del 14—¡cuál quiera se atreva a llamarla Gran Guerra después de lo que hemos visto!—paraba yo una temporada de descanso en un balneario austriaco de aquellos inmediatos al Danubio, que por entonces estaban muy de moda. En realidad, chico, no sé por qué lo llamo temporada de descanso, puesto que yo, como todos los que allí estaban, no hacía mos en la vida otra cosa que descansar.

Aquel año el balneario estaba animadísimo, y si la cantidad de huéspedes era muy apreciable, no lo era menos la calidad. Curaban allí sus dolencias, más o menos inexistentes, algunos miembros de la familia imperial, como el archiduque Godofredo, su esposa y sus hijas, y varios príncipes de las casas reinantes alemanas. Con ellos, un montón de princesas y condesas germanas, unas muy bonitas y otras muy feas, pero todas estradas y aparatosas; alguna gran señora rusa acompañada de su último capricho y una colección de jóvenes oficiales, que bailaban con las niñas por casar, y de viejos diplomáticos, algunos de los cuales presumía de haber tuteado a Bismark. De españoles, estaba yo sólo. Siempre he tenido la mala costumbre de viajar, manía nunca compartida por mis paisanos, que cuando osaban «salir al extranjero» no pasaban de Biarritz.

Yo me encontraba un poco neurasténico—figurate que ya entonces resultaba muy bonito presumir de eso—, y el principal motivo no era la falta de compatriotas con quien charlar, sino unas frecuentes e imprudentísimas visitas a la sala de juego, mil veces más indispensables en un balneario de postin que las propias aguas termales. Alemanes, austriacos y rusos se desplumaban allí con una corrección admirable: en aquel tiempo eran pocos los que sabían cuánto cuesta ganar el dinero, y por esa razón lo perdían con una serenidad impresionante. Siendo yo el único español que se hallaba presente en la timba, no quería dejar mal puesto el pabellón de nuestra Patria: jugué tan fuerte como cualquiera de ellos—¡qué disparates hacemos en la vida, muchacho!—y, en breve, unos cuantos miles de coronas salieron velozmente de mi bolsillo con rumbo a la «cagnotte». Afortunadamente oí que una dama decía a media voz a su acompañante, un señor rígido y condecorado:

—Ese español ha perdido más que ninguno.

Salvada mi dignidad al saberme objeto de tales comentarios, abandoné la sala de juego con una altivez que yo no acostumbro, pero que en aquel momento me pareció muy indicada, y me dirigí al salón de baile, jurando por todos los santos que no volvería a acercarme a la mesa de bacarrá. El salón del balneario estaba deslumbrante aquella noche: la orquesta de zingaros tocaba sin cesar vales apasionados y sensibleros. En las damas admiré, alternativamente, joyas magníficas y escotes sublimes.

Todo mi grupo de amigos se encontraba en su rincón habitual: un laureado poeta alemán, de aquellos que colaboraban con Guillermo II en grandes dramas patrióticos que hacían bostezar a toda la corte de Berlín; el príncipe de Jarge-Schellhorn y su esposa, un general austriaco enojado y reposado, y varias señoras alemanas o húngaras. Hablaban de algo vulgarísimo: el último escándalo berlinés.

—¡Oh, conde, cuánto me alegro de verle! Ya creí que nos había olvidado esta noche—dijo la princesa de Jarge, mientras yo besaba su delgada mano, llena de sortijas estrepitosas.

—No os extrañe, princesa. El bacarrá hace olvidar muy fácilmente—dijo el general.

—Tanto, que hasta olvida uno el tiempo que lleva perdido, y cuando quiere darse cuenta... ¡zas! arruinado.

Y tomé asiento entre la princesa y el poeta teutón, con quien había adquirido cierta intimidad. Era un cursi, pero por lo menos no presumía de bohemio y vestía como los hombres.

Como estoy bien acostumbrado a adaptarme a todos los ambientes, tomé parte, con fingido interés, en una conversación poco brillante, donde eran los principales temas desaforados elogios a las grandes artistas francesas, anécdotas del Kaiser, muy poco variadas, por cierto, y comentarios escabrosos acerca de los matrimonios morganáticos que a porrillo contraían los grandes duques rusos.

—Ya se ha convertido en tópico el cuento de la Cenicienta—afirmaba yo—. Antes solamente en los cuentos ocurría un matrimonio desigual. Ya verán ustedes como en este siglo acaba siendo lo vulgar y corriente. Y tampoco lo idealistas como usted, querido Noger, deben renunciar a soñar con princesas de cabellos de oro... Mientras los príncipes reales se casan con bailarinas o con divorciadas, las princesas se vuelven locas por los artistas. Claro que hoy son los músicos los que privan: la princesa de Chimay hizo todos los disparates por Rigo, el violinista, y Toselli logró que la Reina Luisa de Sajonia se casara con él, dejando plantados a un marido coronado—no lo tomen a broma, por Dios—y a cuatro hijos... Y las primas del Zar de todas las Rusias dan citas a los mandolinistas napolitanos en los reservados de la Costa Azul. Usted no es músico, amigo Noger, pero confiemos en que tras la racha de músicos sobrevenga la racha de poetas; no pierda la esperanza de trastornar el seso a alguna bella Manón de sangre real... Hay muchas disponibles.

La princesa intervino con amable dulzura, disimulando un remoto sentimiento de agraviado desdén.

—Pero, querido conde, no olvide usted que la de Chimay, y la Reina Luisa, y todas esas grandes duquesas rusas están locas de remate. A Dios gracias, son muchas las señoras que tienen siempre conciencia de lo que son.

Asentí, más por galantería que por convencimiento. La gentil baronesa de Reinedel intervino oportunamente:

—Hablando de otra cosa, ¿no sabe usted, conde, que hoy ha llegado al balneario una compatriota suya? Se llama Carmela Durán.

—¿La bailarina?—pregunté disimulando mi alegre sorpresa.

—Sí, la bailarina. Y, como de costumbre, no viene sola.

—¿Quién es su galán este año—preguntó alguien maliciosamente.

—Un muchacho de su país: el marqués de Manacor.

—De una gran familia, desde luego—dije yo, en-

vidiando y compadeciendo al mismo tiempo al afortunado mozo.

—El marqués de Manacor es digno de admiración y de lástima—añadió el príncipe, coincidiendo con lo que yo pensaba—: admirable por haber conquistado a esa mujer... y digno de compasión por lo que va a costarle. Por grande que sea la fortuna del marqués, no creo que resista los ataques de esa insaciable encantadora.

Yo, que sabía que el capital de los Manacor no era excesivo, compartía en mayor grado los temores del príncipe, harto justificados por la temible fama de Carmela.

—Dicen que ninguno de sus amigos ha salido rico de sus manos—susurró malignamente una bella condesa húngara.

Ante las miradas insidiosas y sutiles de las damas me creí obligado a protestar:

—Pero, por encima de todas las habladurías, Carmela es una bailarina maravillosa. En Berlín ha gustado más que Mata Hari, y en París llegó a eclipsar durante muchos días a Isidora Duncan, que no se lo perdona jamás. Y no crean ustedes que influye en mis juicios mi condición de compatriota: si alguno la ha visto bailar convendrá conmigo en que es un artista de primer orden.

—Sí, desde luego, es una maravilla—afirmó, entusiasta, el poeta, repitiendo a continuación, durante un buen rato, líricas frases que innumerables escritores y poetas habían dedicado a la bella danzarina: «Es una llama de amor que se retorciera sobre brasas formadas por corazones rotos...» «Sus brazos de cisne son dignos de sostener la cabeza del Bautista...» «Es una santa que desciende a un prodigioso infierno de arte...» Toda la palabrería que hoy no soporta nadie y que entonces nos parecía hermosa como un poema.

—Fíjense ustedes: en este momento entra en el salón—dijo el príncipe, calándose el monóculo.

Otro tanto hicieron el bueno de Noger y el general. Las damas no sabían cómo disimular su curiosidad, demasiado visible. Solamente la condesa húngara tuvo la audacia de tomar sus impertinentes para ver mejor a Carmela, que hacía su entrada sensacional en el salón del brazo del galán de turno.

Me levanté, inclinándome ante las señoras.

—Con su permiso, debo saludarla... Somos antiguos conocidos.

II

Me adelanté al encuentro de la pareja, sin hacer mucho caso del murmullo suspicaz que tras de mí dejaba. Realmente yo tenía una cordial amistad con Carmela, a quien conocí cuando comenzaban a aplaudirla en los salones de variedades de Madrid, donde cupletistas francesas, vestidas de lentejuelas, cantaban cosas que no entendía nadie, pero moviéndose que era una bendición. Carmela ya parecía más fina que las otras, a pesar de que ése era un detalle que importaba muy poco al público. ¡Las barbaridades que tenía que oír la chiquilla cada vez que se arrancaba por lo flamenco con una gracia como yo no he visto otra! Y como guapa..., chico, tú no has visto nada si no has conocido, como yo, a Carmela Durán en sus buenos tiempos. A mí me parece que no la aventajaba ni la Fornarina, y ya es decir. Carmela era una belleza morena y pálida, con cuerpo de estatua, con una piel fina y brillante como las rosas blancas y con un porte y un gesto que tenían algo de aristocráticos, aunque yo creo que no era verdad eso que dijeron: que era hija de una gitana y de un infante de España...

Me la presentaron una noche, cuando actuaba con la Chelito, que también era y es muy buena amiga mía. Desde entonces Carmela y yo simpá-



tizamos mucho y con un afecto de la mejor ley —no pienses otra cosa, hijo—, porque yo era bastante machucho y poco rico para ella... Pronto recorrió Europa, haciéndose el ama en todas partes, y ya no nos volvimos a ver hasta que nos encontramos en París, cenando en el Rat Mort. Ella era entonces amiga de un aristócrata francés, primo de los Bibesco, y ya se murmuraba que un príncipe de sangre real, cuyas interminables vacaciones transcurrían siempre en Montmartre, asediaba la virtud poco sólida de Carmela. Recuerdo que aquella noche estaba preciosa y que llevaba unas perlas admirables, las más puras que he visto; me dedicó una sonrisa desde su mesa, donde la acompañaban su amigo y Rubén Darío. Al día siguiente envié a su camerino del Olimpia un ramo de orquídeas de Lachaume, uno de aquellos «bouquets» por los que toda parisiense experimentaba un delicioso delirio y que ella me agradeció con una cartita saladísima.

Y ahora la encontraba en este balneario del Danubio, embellecida por todos los recursos de un tocador regio y de un magnífico orgullo de su hermosura. Llevaba un vestido blanco, bordado de perlas, y se colgaba suavemente del brazo de Pepe Manacor; sobre sus cabellos, de rutilante negrura, una «ferronière» de zafiros sujetaba un penacho de plumas blancas.

—¿Usted por aquí, conde? ¡Qué alegría!—me dió la mano a besar con un gesto de gran señora que en ella parecía lógico y espontáneo. Se volvió hacia el galán, que sonreía con amabilidad descontentada:— ¿Se conocían ustedes?

—Sí, Carmela. Ya nos hemos visto en Madrid. —Es verdad—dijo el muchacho—. Ahora recuerdo que visitaba usted mi casa.

Nos estrechamos las manos. Carmela parecía encantada.

—Aquí me tiene usted, conde; he terminado un contrato en Berlín y dentro de unos días debuto en Budapest. Como este sitio me cogía de camino me detuve a descansar a pasar inadvertida, y ya creo que me andan buscando para que baile en no sé qué fiesta benéfica que va a celebrarse en el hotel... ¡Esto no es vivir!

—No se queje, Carmelita, que bien sé yo que le gusta lucirse.

—Pues claro que sí; por algo soy mujer. Pero le juro que ahora hubiera preferido que me dejasen en paz.

—Para dedicarse al amor más libremente, me figuro—dijo yo, sonriendo, con la amable libertad a que me autorizaba mi condición de amigo viejo.

—No sea, mal pensado, conde—contestó Carmela, halagada en el fondo, como demostró su placentera sonrisa; y añadió, graciosamente:— ¿Y usted no cuenta nada? ¿No ha encontrado aún su flirt en estas tierras?

—Esperaba que viniese usted.

Los tres nos echamos a reír. Me creí en el deber de despedirme, pues había pasado el tiempo justo para no parecer inoportuno y para empezar a serlo. Besé de nuevo la mano de Carmela—no te rías si digo que todavía me parece sentir, cuando lo recuerdo, la tersura inigualable de aquella piel blanca—y torné a reunirme con mi grupo.

Carmela se cogió nuevamente del brazo del marqués y se encaminaron hacia un rincón discreto, custodiado por dos pequeñas y vistosas palmeras. Volví la cabeza disimuladamente para seguir con la vista el paso majestuoso de la bailarina a través del salón, entre dos filas de miradas curiosas o malévolas, admirativas o escandalizadas. El maravilloso tono rosado de su carne armonizaba con la blancura de su vestido, de sus plumas, de sus perlas. Y tenía al andar la misma elegancia, entre retadora y señorial, con que salía al escenario para saludar al público, entusiasmado, en sus noches triunfales.

Los zingaros habían hecho una pausa en su programa y la gente salía al jardín o formaba grupos en los rincones del salón, mientras los camareros servían champán. Pasaban junto a mí las damas con un brillo de escotes y un rumor de colas. Mi tertulia me vió llegar con cierta admiración, y en mi honor interrumpieron una animada y baldía discusión sobre Wágnner.

—Ya está aquí el gran hombre—dijo la princesa—. ¿Qué le ha dicho su bella compatriota?

—Nada interesante, princesa. La he encontrado tan atractiva como siempre, pero me da lástima de ese chico de Manacor, que no sabe dónde se ha metido.

—El amigo de hoy terminará como los demás —añadió sentenciosamente la baronesa.

La princesa, con su más delicada sonrisa, me ofreció una copa de champán:

—¡Pobre muchacho!... Me gustaría que se enamorase de mí para salvarle.

Todos celebramos la ocurrencia. El marido, mudo, también se rió.

La orquesta inició un tango, el baile que presidía los ritos galantes de aquel tiempo, la «danza sagrada», recién venida de América del Sur, que enloquecía a las mujeres y espantaba a los moralistas. De todos los rincones del salón surgieron parejas, que guardaban un cómico silencio para no perder el difícil compás. Mis contortulios se lanzaron también al baile, y en menos que canta un gallo me quedé solo con la princesa, que sonreía. Yo nunca he sido muy bailarín, y en materia de tango prefería, con mucho, el saleroso e insinuante de mis tierras de Andalucía; huí de sentirme horriblemente humillado ante la dama, que tal vez estaba deseando, como todas las otras, tomar parte en el tango.

—Le pido mil perdones, princesa; debo confesarle, para vergüenza mía, que no sé «tangear».

—Por eso no sufra, querido conde; yo tampoco sé.

Nos miramos y rompimos a reír; se había establecido entre nosotros una amable complicidad y nos sentíamos superiores a los seres vulgares hipnotizados por el ritmo soñoliento del tango. Apuramos otra copa de champán.

No recuerdo ya de qué hablamos, y no creo que fuera muy importante. Yo miraba continuamente a la pareja formada por Carmen y el marqués; ella se dejaba conducir blandamente, con los grandes ojos fijos en los de su galán y con una sonrisa apasionada en los labios. Toda ella parecía embriagarse, y yo no podía retener un mal pensamiento: «¡Qué bien sabe fingir esta muchacha!» Torné a compadecer al chico, tal vez para no envidiarlo demasiado. Cuando terminó el tango, los vi desaparecer hacia el jardín.

Nuestro rincón se animó de nuevo con el regreso de los bailarines; la condesa lamentaba en voz baja cierta perdonable indiscreción del poeta. De pronto todos se pusieron en pie e iniciaron una reverencia: el archiduque Godofredo, rubio y de aspecto juvenil, entraba en el salón acompañado de su esposa, la fea y majestuosa archiduquesa, cuyo enorme collar despedía un centelleo insolente. Algunos nobles austriacos besaron la mano que ella, indiferente, sin luz en los ojos, les tendía.

Yo pensé que la presencia de Sus Altezas Imperiales iba a trocar el alegre ambiente de la reunión en protocolario y solemne, digamos aburrido, y en la primera ocasión que tuve me escabullí. El jardín, con la frescura tranquila de la noche, resultaba más bello.

III

Era una hermosa noche de fin de verano, sin luna y con muchas estrellas. Algunas parejas de enamorados se deslizaban junto a los macizos. Una mujer se apoyaba en el borde frío del estanque y las gotas del alto surtidor formaban delicado consonante a las piedras de sus pendientes y de su diadema.

Pensaba dar un paso antes de retirarme. No era muy tarde, pero tenía intención de madrugar al día siguiente; encendí un cigarrillo y anduve un rato bajo los grandes árboles del jardín. La oscuridad era casi absoluta, y más de una vez tuve que torcer mi camino discretamente al escuchar un rumor de besos y de frases en voz baja. Junto a la pérgola cuajada de rosas reconocí la voccita de Carmela Durán. Yo, naturalmente, detesto sorprender conversaciones ajenas, pero en aquella ocasión tuve que hacer uso de toda mi entereza para rechazar una vulgar tentación de curiosidad, bien indigna de mí. Confieso que me hubiera gustado saber cómo mentía aquella frágil devoradora de millones. La voz de él sonaba cálida y grave en la quietud negra de la noche; pero no pude ni quise escuchar sus palabras. Con pasos rápidos volví al hotel, pero ya no tenía sueño, y como tampoco sentía deseos de tornar al salón, me senté en un rincón tranquilo del «hall» y pedí una botella de Roederer seco y unos emparedados.

Dejé pasar un buen rato, sirviéndome copa tras copa. Numerosos huéspedes abandonaban ya el baile. Volvió a pasar, sola, rutilante de ruidosas blancuras, Carmela Durán.

—¡Qué solo está usted, don Ricardo!

Cuando estábamos solos, la encantadora Carmela me llamaba por mi nombre.

—Ya sé que sería demasiado pedir que usted aliviase esta soledad.

—No sea usted mala sombra, demonio de hombre. ¿Pues qué más quiero yo que pasar un rato junto a un amigo íntimo?

Y, ni corta ni perezosa, se sentó a mi lado. Me apresuré a pedir otra botella de champán.

—Un amigo íntimo... que, además, no es peligroso, ¿verdad?

—¡Calle usted, por Dios. Todos los hombres son peligrosos si se lo proponen.

—Las mujeres, en cambio, son peligrosas aunque no se lo propongan.

—¡Ay, no lo crea! Mala fama que tenemos —jugaba con sus perlas y parecía inmensamente feliz—. ¿No sabe usted a quién he visto en Berlín? ¡A Carolina Otero!

—Pero ¿no estaban ustedes refiadas?

—¡Vaya si lo estábamos! Pero hemos hecho las paces. Nos encontramos en no sé qué restaurante, y ella estaba con su amigo de ahora, que es mariscal o cosa así. No nos saludamos, claro. Pero estaba muy cerca nuestras mesas y en la suya había un señor que se puso a hablar mal de España. Y créame, don Ricardo, tuve que intervenir y decirle cuatro frescas a aquel tío... Carolina se puso de mi parte, y desde entonces somos más amigas.

—Está muy guapa todavía.

Carmela respondió en el acto:

—¡Ay, si la viera usted de cerca! Como, al fin y al cabo, es una real hembra, conserva bien el tipo. Pero la cara... Además lleva demasiadas alhajas; parece un escaparate. Son muy buenas, desde luego; pero unos brillantes tan grandes, don Ricardo de mi alma, no son de señora—y continuaba jugueteando con sus perlas.

Después de un rato de conversación pude atreverme a preguntar:

—¿Y qué tal le va con Manacor, Carmelilla?

Entornó los ojos, y nunca vi en ella una sonrisa más seductora.

—Ya sé que no me va a creer, don Ricardo, si le digo que estoy enamorada de él... Enamorada como una loca. No se ría, porque le juro que esta vez digo la verdad. Nunca me habrá oído decir lo mismo de otro hombre... Esta noche hemos bailado mucho, hemos hablado mucho y he pasado en el jardín, a su lado, la mejor hora de mi vida. Me alegro muchísimo de haberle encontrado, don Ricardo, porque así tengo una persona de confianza a quien contar mis alegrías, como otras veces le conté mis penas.

—Sus penas nunca han sido muy grandes, mujer...

—Eso se lo cree usted; pero yo, buenas las he pasado. Pepe se fué al Hotel Kaiser, porque no quiere dar que hablar alojándose conmigo; es un caballero, como usted. Y yo me iba a dormir, pero como no estoy cansada prefiero quedarme con usted este ratito. No le molesto, ¿verdad?

—¡Por Dios, Carmela! Si usted ha pasado antes la mejor hora de su vida..., ahora la estoy pasando yo.

—¡Qué embustero!—bajó un poco la voz, y realmente tenía acentos de sinceridad, capaz de convencer por completo a quien no la conociera—. Esta noche..., ya comprende usted..., nos dimos un beso en el jardín. ¿Y sabe lo que me dijo Pepe?: «¡Qué lástima, Carmela, que este beso que me has dado no sea el último que das a un hombre!» Me lo dijo de tal manera, con un fuego en los ojos, que me temblaba la voz al preguntarle: «¿Por qué lo dices?» Y Pepe, con esa voz que tiene a veces, que parece que besa y que acaricia solo con hablar, me contestó: «Porque quisiera ser el último hombre a quien tú quisieras en tu vida».

Aunque me había propuesto creer cuanto me dijera la preciosa chiquilla, no pude evitar una sonrisa, que ella, no percibió o no quiso percibir.

—Me pareció que me encontraba..., no sé cómo decirlo, en el momento más grave de mi vida..., como si me fuera a casar o como si me fuera a morir—continuó ella, y esta vez estoy seguro de que había en sus ojos un rayo de atormentada felicidad—. Y le contesté con toda mi alma: «Si no es más que eso lo que pides, te lo puedo conceder. Te quiero de verdad, Pepe, como tú me quieres a mí, y puedo jurarte, con el corazón en la boca, que eres el último hombre a quien beso.»

Esta declaración de Carmela Durán me dejó tan estupefacto que no pude sonreír. Ya sabe uno



de sobra lo que son los juramentos de las mujeres... y de los hombres cuando llega el caso. Pero me sorprendió la convicción con que hablaba aquella mujer, que yo, como todos, juzgaba irremediablemente frívola y hasta mala en algunas ocasiones.

—¿Se va a casar con él, Carmela?—pregunté, y casi tuve miedo de cometer una falta.

—¡Sabe Dios!—sus ojos se tornaron melancólicos, como su voz en aquel momento—. Si de mí dependiera..., pero la vida gasta tantas bromas...

No quiso insistir. Ella, silenciosa, abrió y cerraba su abanico. Cruzaron el «hall» los príncipes de Jarge-Schellhorn, y la princesa me obsequió con una sonrisa maliciosa.

—Y ya ve usted, don Ricardo—continuó Carmela—, esta noche estoy encantada de la vida, mucho más feliz que la primera vez en que salí al escenario y me aplaudieron... ¿Usted cree que alegrías como ésta pueden durar mucho?

Me extrañó el tono, casi de súplica, con que Carmela me hacía esta pregunta. En aquel instante se parecía muy poco a la hembra dominadora y garbosa que avasallaba al público.

—En su vida todo serán alegrías, Carmela. Muchas tuvo y muchas le esperan todavía.

—Dios le oiga, don Ricardo. Pero ¡la de esta noche era tan distinta de las otras!

Suspiró, tornando a jugar con sus perlas, y creí percibir en aquel suspiro y en su gesto el rastro de una emoción vaga y sensual, algo que para mí estaba muy lejos del esplendor apasionado que creí ver en sus ojos. Me sonreí con un leve escepticismo, que ella, sin duda, tomó por un rasgo de simpatía y de comprensión.

—Es muy tarde, amigo mío, y le estoy quitando de dormir con mis tonterías. Ya puede perdonarme, pero ¡gusta tanto compartir las alegrías con los amigos que una quiere!

Agradecí con cálidas palabras aquella demostración de afecto, que tantos hombres envidiarían. Y besé la mano que me tendió con verdadero gesto de reina.

—Y no se ría otra vez cuando le diga que mi último beso es para Pepe y que después de él no podré querer a ningún otro hombre. Yo tampoco creo en los juramentos de nadie, pero ¡creo en los míos!... Buenas noches, don Ricardo de mi alma. Nos veremos mañana, ¿verdad?

La vi alejarse por el amplio «hall», arrastrando airoosamente la blanca cola con chispas de perlas,



dominándolo todo con las erguidas plumas de su peinado y con el brillo nevado de sus hombros. Yo no tardé en levantarme y me encaminé a mi habitación, meditando acerca de aquellas confidencias, que no creía, aunque la cálida severidad de su voz y la luz enamorada de sus ojos hubiesen engañado a cualquiera. Me reía pensando en la tajante afirmación de que en adelante no amaría a ningún hombre. Tan gracioso me pareció todo aquello que hasta tuve un pensamiento villano... Sí, hijo, en nuestros pensamientos no mandamos nosotros, y a veces te juegan bromas muy pesadas o te ofenden con sugerencias indignas de ti... Me tentó la diabólica idea de lograr un pequeño triunfo mundano relatando algo de lo que Carmela me había dicho a la princesa y a las otras señoras, ansiosas de saber detalles íntimos de Carmela Durán o de cualquiera. Pero comprenderás que acción semejante era inaceptable para un hombre de honor, y la rechacé en el acto me contenté con recordar que al día siguiente debía acompañar a la baronesa de Reinedel a dar un paseo en automóvil a los pintorescos pueblos cercanos, del cual sólo Dios sabía cómo regresaría. En aquel tiempo éramos muchos los que opinábamos lo mismo que aquel actor compañero de Julita Fons: «¿Paseitos en automóvil? ¡Primero en burro, Julita, primero en burro!»

IV

A pesar de que me había acostado casi de madrugada, me desperté muy temprano. Figúrate que, a pesar de ser bastante trasnochador, nunca he podido parar en la cama durante el día; no sé cómo pude llegar a mis años divirtiéndome mucho y durmiendo poco... Como aquella mañana hacía un sol espléndido, salí al jardín apenas desayuné.

Siempre he tenido afición a los paseos matinales, y en Madrid hay personas que me han creído maniático al verme transitar por la Castellana con las primeras luces del día. Pero en los balnearios elegantes del centro de Europa no tenía nada de particular levantarse temprano. El jardín estaba delicioso a aquella hora; leve niebla encapuchaba los cercanos montes y se oía el paso del río, como si cantara bajo el sol. Me crucé con varias personas cuya enfermedad ni ellas mismas sabían, pero que no dejaban de acudir ni un solo día a la fuente termal. Esto no debe extrañarme, pues, con una salud a prueba de bomba,

también me encontraba allí; incluso bebí la benéfica agua al comienzo de mi estancia, pero no osé repetir la experiencia temiendo enfermar de veras. Algunas damas, rubias y carnosas, se disponían a bañarse en la piscina, y me sorprendió —con sorpresa muy grata, por supuesto— que luciesen «maillots» semejantes a los que las frívolas francesas habían puesto de moda en Deauville, escandalizando a todo el mundo. Atreviditos sí que eran; pero ya sabes que no hay mujer que desaproveche ocasión de verse atractiva, y las engoladas princesas alemanas acogieron con ruborizada satisfacción la pecadora novedad.

Cuando regresaba del paseo me crucé con el archiduque, y me dispensó el honor de saludarme con una inclinación de cabeza. Pasaba cerca de la pérgola fragante de rosas o de besos cuando vi venir, sofocado y nervioso, a Noger el poeta. Aceleró el paso; parecía querer decirme algo importantísimo.

—¿Qué le pasa, querido Noger? No le creía tan madrugador...

—Pero ¿no sabe usted lo que ha ocurrido, conde?... El marqués de Manacor se ha suicidado esta noche.

Me quedé de una pieza, lo confieso; la noticia se me antojó imposible y absurda. Seguramente se trataba de un falso rumor. ¿Cómo podía quitarse la vida un hombre joven que aquella noche se creía seguramente el hombre más feliz de la tierra?

—¿No será un accidente o un crimen?—pregunté, pareciéndome más admisible cualquiera de estas suposiciones.

—Ha aparecido muerto en su cuarto del Hotel Káiser, y no cabe duda acerca del suicidio. Según dicen, estaba completamente arruinado; al revisar su equipaje han comprobado que toda su fortuna se reducía a doscientos o trescientos francos que llevaba en la cartera. Se habla de deudas y de desfalcos... Y, claro, no es ajena a esta desgracia Carmela Durán.

—¿Y ella? ¿Qué dice ella? ¿Se lo han comunicado ya?—inquirí, entre curioso e indignado.

—Al instante, y dicen que al enterarse se puso pálida como una muerta y se encerró en su habitación dando gritos. No ha querido ver a nadie y se le oye llorar... En la dirección del hotel han recibido aviso de que marcha a Budapest esta misma tarde.

—Naturalmente; su situación será insostenible. ¡Pobre Manacor!... Ese muchacho era digno de mejor suerte. ¿Qué cosas estamos viendo, querido Noger: un grande de España suicidándose por una bailarina!... Un caballero puede batirse por una mujer de esas, pero suicidarse..., ¡jamás!

Volvimos al hotel, revolucionado con el suceso. La princesa salió a mi encuentro casi llorando. Todas las señoras del balneario sentíanse profundamente condolidas e indignadas, tanto por lástima hacia el buen mozo, al cual habían visto una sola vez, como por rencor inconfesado a la hermosa mujer que se veía envuelta en tan grave escándalo:

—¡Pobre muchacho!

—¡Tan distinguido!

—¡De tan buena facha!

Mi calidad de amigo de la víctima me dió inesperado lustre a los ojos de las damas, que me acosaban a preguntas, como si yo estuviese en el secreto de toda la historia. Las voces femeninas, agrias y lacrimosas, clamaban contra Carmela Durán. Por poco termino riñendo con una de ellas, que se permitió decir:

—¡Oh, las españolas! ¡Todas crueles e inconsistentes, como Carmen!...

En medio de tal algarabía, la escena que entreví la noche anterior y las últimas palabras de Carmela danzaban sin cesar en mi cabeza y no se apartaba de mi imaginación el deseo del pobre marqués bajo la luz de las estrellas: «¿Quisiera ser el último hombre a quien amaras en tu vida...»

V

Pasé en Madrid el invierno siguiente, en el palacete de la calle de Zurbarán, que tan ventajosamente sustituía a nuestro caserón de San Bernardo. Aquel año hice mucha vida de sociedad y, como gentilhomme, asistí al bautizo de la infanta Pilar de Baviera. Continué frecuentando, según mi picaresca costumbre, los teatros alegres y los salones de variedades, porque me gustaba mucho el teatro, pero

nunca me dió por lo serio, como a Tamames o a Benalúa. Iba alguna vez, por curiosidad, a los cafés bohemios, llevado por el bueno de Antonio Amalfi, pero me aburría de lo lindo y me fastidiaba que toda aquella juventud melenuda no hiciera algo de más provecho en la vida. En los bastidores de Esclava y en los pasillos de Price se hablaba alguna vez de Carmela Durán, comentándose sus ruidosos triunfos en los escenarios de Europa. Yo supuse amargamente que el trágico fin de su amante había contribuido a aumentar su leyenda de pecado y de tronio. Entre la gente bien, el suicidio de Pepe Manacor dió mucho que hablar y salieron a relucir historias muy tristes de deudas, de humillaciones y de «sablazos». La millonaria condesa de Artal, presidenta de no sé cuántas juntas benéficas, decía solemnemente:

—La está bien empleado, por gastador y mala cabeza.

Juanito Montijano me contó una vez que había visto a Carmela en París, pero sola, muy guapa, y sin que se hablase de amigo de turno, lo que no dejó de extrañarme. La «Argentina», que estaba con nosotros aquella noche, no lo quiso creer: precisamente se comentaba que la bailarina era causante del ruidoso divorcio de un magnate austriaco muy conocido en el mundo diplomático.

A principios de julio, no sabiendo qué hacer en Madrid, decidí marchar a Biarritz, donde pasaba el verano mi hermana la duquesa de Fontibre. Pase un estío aburridísimo, charlando con millonarios sudamericanos, que comenzaban a invadir Francia, dirigiendo cotillones en el casino y sin atreverme a jugar ni una peseta, bien escarmentado por la lección que recibí en el balneario austriaco.

Al acercarse el otoño, mi hermana regresó a Madrid y yo preferí hacer una jira por la Costa Azul, coincidiendo con su época de mayor esplendor. Durante varios años había sido huésped constante de la Riviera, donde quedaron embalsamados, prestos siempre a resucitar, algunos de mis más hermosos recuerdos; pero en los últimos tiempos disminuí mis visitas—deserción imperdonable—, atraído por los otoños maravillosos de París, con su suave luz de ceniza o su diabólico resplandor nocturno reflejándose en el Sena.

Sintiéndome la nostalgia del Mediterráneo, emprendí mi viaje, y llegué a Niza en los primeros días de octubre. La sonriente ciudad parecía tan coqueta y llena de flores como la última vez que estuve allí, amando un poco y soñando mucho. Tuve ocasión de saludar a antiguos amigos en el paseo de los Ingleses, y muchas tardes hacía excursiones a Montecarlo para asistir a las regatas o al tiro de pichón.

Me encontraba conversando con unos amigos en el salón de las Gracias Florentinas del Casino de Montecarlo cuando vi aparecer a Carmela, cuya presencia en la Costa Azul ignoraba por completo, siendo extraño que las numerosas listas de viajeros ilustres que publicaban los periódicos no hubiesen incluido su nombre, que tal vez era, por derecho propio, el más célebre de la temporada.

Su hermosura no sufrió mengua alguna con la pasada tragedia, si en realidad revistió para ella tal carácter dramático. Quizá pareciera algo más pintada, pero esto era resabio inevitable de su vida de teatro. Vestía, como siempre, con una elegancia explosiva, y en ella parecían acumularse, extrañamente dignificadas por su belleza señorial, todas las febriles extravagancias de la última moda de aquel año: zapatos de raso púrpura, pulseras de ónix, sombrero de enormes y ondulantes plumas y el «renard» de color fuego que entonces era obsesión de toda mujer presumida. Lucía el collar de perlas que, según los chismosos, era regalo de otro amante arruinado y desesperado, y la tela estampada de su vestido imitaba una piel de tigre. Al entrar en el salón, cruzó unas palabras afectuosas y unas miradas hirientes con Lina Cavallieri, halagada por los piropos de D'Annunzio, que ostentaba las alhajas que la hicieron famosa.

—No sabía que Carmela Durán estuviese en Montecarlo—dije a mis amigos.

—Ha debido de llegar hoy mismo—me contestó un pintor italiano que ponía los ojos en blanco cada vez que nombraba a Gabriel D'Annunzio y se inundaba de palidez colérica cuando hablaba de Marinetti.

—Es la única figura sensacional que faltaba en la Riviera esta temporada—añadió lady Brandon,

delicada otoñal que, como decía dulcemente, «se contemplaba envejecer».

—¿Saben ustedes si Carmela Durán viene sola?—pregunté, con curiosidad maligna.

—Seguramente sí—contestó el pintor, después de dudar un poco—. Hace tiempo que no oigo contar nada escabroso acerca de ella.

—Entonces, ¿cómo puede ser una mujer sensacional?—interrumpió lady Brandon, con un brillo insinuante en sus deliciosos ojos grises.

—La belleza basta para que una mujer se inmortalice, milady—dije, inclinandome, con burla que no percibió nadie—. Que os lo pregunten a vos.

Lady Brandon se dignó sonreír. Intervino mi viejo amigo el marqués de Gondrecourt:

—¿Pero en qué mundo vives, querido? Si precisamente estamos escandalizados ante la incommovible virtud que se ha despertado en esa muchacha. No hace caso de ningún hombre, por rico o por guapo que sea. Ella, que tanta fama ganó con sus aventuras—algunas muy «exageradas» por la gente, ya lo sabes—, detiene a todos con su frialdad invencible. ¡Abofeteó a un señor que ponía a su disposición cheques en blanco y diamantes que valían millones!

Yo no disimulé mi extrañeza. Imaginate, muchacho, cómo se pueda obcecar un hombre, que ni se me ocurrió en aquel momento cuál podía ser la causa de tan brusco arrepentimiento. Pero no tardé en recordar muchas cosas.

—¿Acaso una crisis religiosa?—aventuré.

—Se hubiera retirado de la escena, como hicieron otras—contestó, juiciosamente, el marqués—. La verdad es que nadie sabe el motivo de su nueva actitud, y cada cual imagina a su gusto las soluciones más disparatadas; figúrate que una revista alemana, especializada en comadreo galantes, afirmó muy en serio que la admirable bailarina española había cambiado de conducta después de la muerte de un torero que fué su verdadero amor.

El marqués conocía España y se reía de aquella panderetada absurda, pero yo sabía a que atenerme respecto al fondo de realidad que había en semejante cuento. Sin embargo, no acababa de creer en que la muerte de Manacor fuese la causa de aquella transformación inopinada, aunque las señas fuesen mortales.

Cuando, minutos más tarde, quedamos solos el marqués y yo, éste empleó su mejor tono confidencial para decirme:



—Esa Carmela me trae preocupado...
—¡Caramba! ¿Pero es que tú también tienes algo que ver con su historia?

—No, hombre, ni soy tan joven ni tan rico. Pero mi sobrino Luis, que está en la edad de las grandes tonterías, anda loco detrás de ella. Se la presentaron en París, cuando bailaba ella en la revista del Casino—¡una maravilla, por cierto!—, y desde entonces no cesa de asediarla el pobre chico. Ha empezado a hacerse ilusiones, no sé por qué, pues ella permanece impenetrable, y me temo que se lleve un chasco que pudiera acabar en tragedia.

—No tomes muy en serio esos caprichos. A sus años, todos hemos estado locos por una mujer inaccesible.

—Ya lo sé, pero este muchacho es muy impresionable y la ve demasiado de cerca.

—¿Y está tu sobrino en Montecarlo?—pregunté, ya un poco interesado en el asunto.

—Sí, aunque yo quisiera que estuviese a cien leguas. Mirale, ahora entra en el salón, tan presumido, con sus guantes y su flor en el ojal... Como es natural, ya se acercó a ella. Y le recibe muy bien, con una sonrisa encantadora, pero sin coquetería visible... ¡Pobre muchacho!

—Parece un buen chico.

—Ya te lo presentaré, aunque va a ser difícil encontrarle solo. Te aseguro que me gustaría le aconsejases algo referente a este amor disparatado; creo que tú la conoces bien y que sabes cómo las gasta... y cómo gusta Carmela Durán.

Yo, en verdad, no sabía nada, aunque aparentaba saber mucho; la conducta de Carmela era para mí un misterio insondable, y en otras ocasiones se me antojaba demasiado clara. En lo que se refiere al sobrino de mi amigo, creo que los consejos no sirven para nada en estos casos (ni en ningún otro, por supuesto)... Ciertamente que en una hora importante de su vida Carmela se había franqueado conmigo, pero, ¿hasta qué punto había sido sincera?, o, ¿hasta qué límite perduraría aquel culto al hombre muerto, si tal recuerdo estaba aun vivo?

En el inmenso salón lleno de gente, Carmela no me había visto. Yo tampoco procuré atraer su atención, pues, tras lo ocurrido, había algo en ella que me detenía y me desconcertaba. Por fin, estuve tentado de acercarme a saludarla, arrojando una posible situación violenta, pero ya había desaparecido con el sobrino del marqués.

VI

Aquella noche cené en Montecarlo, para asistir después al sensacional espectáculo de la Ópera: el debut de la compañía de bailes rusos de Diaghilev, que enloquecía a Europa. Por la tarde, en el café de París, me habían presentado a Leo Bakst, cortés y calenturiento. La representación fue espléndida, inolvidable; se encontraban allí las mujeres más distinguidas y más elegantes de la Riviera (de mujeres hermosas no hablo porque, contra lo que cree la gente, abundan muy poco en estos lugares de lujo), príncipes reales y millonarios de América, los artistas más célebres y los protagonistas de las aventuras más comentadas. En el conjunto de fracs negros, uniformes llenos de dorados, túnicas persas, gasas brochadas y taffetas multicolores, distinguí a Carmela, que entraba en su palco: la recuerdo hoy como si la estuviera viendo, vestida con una túnica oriental de gasa plateada salpicada de diamantes, y en sus brazos desnudos, en su pelo y en su escote resplandecían las piedras preciosas. La acompañaba un muchacho erguido y nerviosillo, en quien reconocí al sobrino del marqués, que la ayudó a colocar estupidamente sobre el respaldo de su butaca el abrigo de damasco orlado de grandes cibelinas. Ella se sentó, recorriendo con sus grandes ojos la deslumbrante sala y agitando lentamente su abanico de plumas.

Mi atención, irremediablemente, se repartió entre el escenario y la figura de Carmela, hasta quedar absorbida por esta última. Una «feérica» representación de «Scheherazade»—saltos prodigiosos de Nijinsky y lánguida sensualidad de Ida Rubinstein—resbaló por mis ojos sin cautivar mi interés, pendiente de la bella danzarina y de su pequeño enamorado. Pero mi indiscreta curiosidad se vio defraudada muy pronto, porque apenas hablaron en toda la noche. Ella apoyaba sus brazos espléndidamente blancos en el terciopelo del palco y entornaba los ojos como si la música de Rimsky la produjera un éxtasis sombriamente voluptuoso. Rara

vez se volvió para cambiar algún perezoso y ligero comentario con su acompañante, que, por cierto, no dejaba de mirarla desde el fondo oscuro del palco. Cansado de la inmovilidad de ambos, me pareció más provechoso contemplar el escenario, donde Nijinsky volaba al compás violento y triunfal, coloreado y misterioso de «El pájaro de fuego».

Observé que Carmela se sentía más fascinada por la música que por el mágico arte de los bailarines. Cerraba los ojos en los momentos más vistosos del «ballet», como si solamente la interesase la armonía profunda y delicada de los instrumentos. Diríase que no se dignaba admirar a Nijinsky o a la Karsavina, por considerar, con orgullo de triunfadora, que ella era capaz de hacer lo mismo, o mucho más. Y quizá no se equivocaba, porque yo—y todos cuantos la aplaudieron—cuento entre mis más hondas emociones el ritmo de sus danzas españolas.

Terminada la representación, que fue una apoteosis, la vi desaparecer lentamente entre los cortinajes del palco. No debió permitir a su galán que la acompañase a Niza, porque minutos más tarde se encontraba el chico, completamente solo, entre la fastuosa muchedumbre que abandonaba el teatro. Gondrecourt, que me acompañaba, aprovechó la ocasión para presentarme a su sobrino. Les invité a beber unas copas en el bar del Casino y hablamos de todo menos de Carmela Durán.

VII

En días sucesivos saludé a Carmela e intimité con su enamorado. Percibí en Carmela una ligera emoción cuando besé su mano, y le fué difícil sonreír como acostumbraba. Por un instante pensé que aquella mujer no era tan egoísta y tan falsa como me complacía en imaginar. Pero a continuación me habló con alegre indiferencia, como si no recordase nada de nuestra última conversación. Yo, naturalmente, no nombré para nada a Pepe Manacor.

Luis Jerónimo—que así se llamaba el sobrino de Gondrecourt, aunque me limitase a llamarle Luis—escotaba durante todo el día a Carmela, de quien estaba perdidamente enamorado, con sentimiento más intenso y firme que el capricho o la vanidad. Una tarde, mientras yo, solitario por rara casualidad, contemplaba una sublime puesta de sol sobre el Mediterráneo, vi acercarse al muchacho, que llegaba hasta mí como si portase en sus brazos toda la felicidad del mundo.

—Conde, tendría mucho gusto en que esta noche me acompañase usted a cenar.

—Encantado... Tú dirás dónde debemos encontrarnos. Te veo una cara muy alegre, muchacho.

—Es que... hoy estoy muy contento, amigo mío. Ya supondrá usted lo que ocurre... De ello quiero hablarle esta noche.

—Bien, muchacho, ya me contarás lo que quieras. ¡Ah, y recibe mi más cordial enhorabuena!

Aparenté satisfacción, con tono de broma jovial, pero debo confesar que en el fondo no me sentía muy tranquilo ante semejante historia de amor. ¿Habría vuelto Carmela a las andadas y sería su futura víctima este chico con resabios de colegial y bien surtida cartera?... Los Gondrecourt no eran ricos, pero la madre de Luis, hija única de cierto ex ministro, poseía muchos millones. Pensando cínicamente, el rapaz era buen negocio para Carmela. Llevado de tenaz antipatía hacia la causante de la muerte de Manacor, y olvidando imborrables miradas, no se me ocurría ya pensar que aquella mujer pudiese querer de veras a un hombre.

Cenamos en un pequeño restaurante de la calle de Grimaldi, célebre por sus estupendas «buillabessas». Durante la cena, animada por buenos vinos y rematada por el «extra dry», se mostró Luis alegre, dicharachero y nervioso, pero no aludí al asunto que a ambos nos interesaba. De sobremesa, me propuso dar un paseo, aprovechando la dulzura de la noche mediterránea.

Me pareció muy bien la idea y nos encaminamos al bulevar Mac Mahon; al pasar junto al café Húngaro oímos los agudos violines que tocaban el vals de la última ópera de Franz Lehár. Paseábamos, hablando de frivolidades, y creo que de picardías, cerca del jardín Masséna, cuyas flores rasgaban la noche con sus perfumes. Frente a nosotros brillaba la desbordante iluminación del Gran Casino.

En torno nuestro reinaba un silencio tibio. Aprovechando una pausa, tras reír el final de un cuento

verde, Luis, cobrando inesperada seriedad, inició sus confidencias:

—Voy a contarle algo que a usted quizá no le interese, conde, pero que para mí constituye un acontecimiento enorme, la mayor alegría que podía recibir. Le confieso que esta cena ha sido una forma tácita de celebrarlo.

Ya me suponía yo algo de eso, pero me pareció oportuno fingir una leve sorpresa. El muchacho prosiguió:

—Usted sabe que yo estaba perdidamente enamorado de Carmela Durán. Durante mucho tiempo he hecho el ridículo, suplicando, arrastrándome a sus pies, sin que ella me otorgase la más mínima esperanza... Permítame que la acompañase a todas partes y siempre ha sido amable y hasta afectuosa...

—Pero siempre coqueta, ¿verdad?

El chico sonrió ante mi malicia:

—Como todas las mujeres, conde, pero nada más. No creo que en su conducta hubiera cálculo alguno, aunque usted me tome por ingenuo. Y esta tarde, cuando mirábamos el mar desde la Jetée, me dijo que me esperaba esta noche en su habitación del Gran Hotel... ¿Ve usted cómo es hoy el día más feliz de mi vida?

Yo no me asombré de nada y pude permanecer impasible; me limité a sonreír benévolutamente y a darle en el hombro unas palmaditas de enhorabuena. El muchacho continuó hablando con exaltación:

—Usted la conoce bien y sabe que es una mujer como hay pocas, tal vez única, y no lo digo sólo por su hermosura. Le han creado una leyenda de crueldad y de egoísmo, pero estoy seguro de que todo eso es falso, que forma parte de las mentiras y de las tonterías que se cuentan de todas las artistas. Quien no ha estado a solas con ella no puede saber sido tan célebre por sus mil historias de amor que esa mujer guarda... La conocí en abril: me la presentaron durante una cena en Ambassadeurs... Entonces tenía fama de inaccesible, después de haber sido tan célebre por sus mil historia de amor. Me enamoré de ella aquella misma noche, y creo también, sin jactancia, que me mostró inmediatamente su simpatía. Siempre ha obrado con la mayor corrección, me ha dispensado muchas atenciones y yo la he seguido a todas partes sin miedo a importunarla y sin temor al ridículo, que tantas veces habré hecho. Otra mujer me hubiera expulsado pronto, harta de tanta terquedad, pero Carmela no me ha dirigido jamás una mueca de desagrado; con una educación exquisita, con una gracia deliciosa, incluso ha sabido negarse sin ofenderme...

Aunque sabía cuánto habría de ilusiones y de exageración en el panegírico del muchacho, yo recordaba los temibles y agobiadores desplantes con que Carmela, habitualmente encantadora, obsequiosa, en sus ratos de mal humor a los admiradores fatigosos...

—La otra noche, en el teatro—continuó Luis—, se mostró tan fría que por primera vez vacilaron mis esperanzas. Esta tarde nos encontramos en la Jetée, y allí me dijo, con una voz donde indudablemente vibraba un gran dolor oculto, que no quería que volviésemos a vernos, que acogía muy gustosa mi amistad, desde luego, pero que de ningún modo quería que fuese yo muy lejos en mis ilusiones o en mi desencanto. Pero yo estaba decidido a defender mi amor por encima de todo, y en vez de ceder ante sus palabras, como tantas otras veces, comencé a hablar, a rogar, a amenazar... No recuerdo todo lo que la dije, ni lo recordaré nunca, ni quisiera recordarlo, querido amigo. ¡Qué ruines somos los hombres! ¡Cómo nos rebajamos en casos como éste!

—No somos ruines, chico; somos... hombres, y ninguno puede reprochar a otro estas humillaciones.

—Ella me escuchó mordiéndose los labios y con un jadeo de llanto en la garganta... De pronto, cambió de expresión, puso su mano sobre la mía y me dijo, como si adoptara una resolución suprema, que esta noche me esperaba en su cuarto. Si yo le contase a usted ahora lo que pensaba y lo que sentía en aquel momento, me llamaría chiquillo y cursi... Luego bajó la cabeza y se puso encarnada; parecía el rubor de la doncella que por primera vez se enfrenta con el amor. Entusiasmado, quise besarla, pero me rechazó con dulzura y con una graciosa sonrisa: «¿No se acuerda de que estamos en la calle?» Cuando se despidió, parecía feliz; al subir a su auto volvió a decirme, con voz de enamorada,





que me esperaba esta noche, después de la cena a que la había invitado cierto empresario que quiere montar un gran «ballet», llevándola de primera figura.

Guardamos silencio durante unos segundos. Preferí no decir nada, ante todo porque no tenía nada que decir después de escuchar aquella cálida confesión. Pasábamos delante de un restaurante de noche donde mujeres escotadas y hombres de frac bailaban al compás de la «Très-moutarde». Miré mi reloj de oro—obsequio de la infanta Eulalia, cuya casa del bulevar Lannes visitaba siempre que me encontraba en París—y dije a Luis con mi mirada más comprensiva:

—Ya son las diez y media, Luisito; no debe estar muy lejos la hora de tu cita.

—¡No crea que se me olvida!—contestó riendo.—Pero ya me advirtió que la cena se prolongaría.



—Si ella quiere, no hay dilación que valga: para algo están las jaquecas.

—No se moleste en acompañarme... El hotel no está lejos.

—Si, mejor es que vayas solo. Y descuida, que ni a tu tío ni a nadie contaré lo que me has confiado esta noche.

—Mil gracias, conde—me estrechó la mano con efusión; no disimulaba que estaba nervioso e impaciente—. Hasta mañana... y vuelvo a repetirte mi agradecimiento por la amabilidad que ha demostrado soportando mis confidencias, que le parecerán tonterías de chiquillo.

—De ninguna manera, hombre. Todos hemos sido chiquillos y todos lo somos cuando llega la ocasión. Yo soy quien debe darte las gracias por la magnífica cena. Hasta mañana, Luis, y buena suerte.

Al quedar solo, volví muy despacio a mi hotel. La noche olía a mimosas y un ligero viento otoñal estremecía las palmeras. Al llegar al hotel daban las once en Notre Dame des Victoires.

VIII

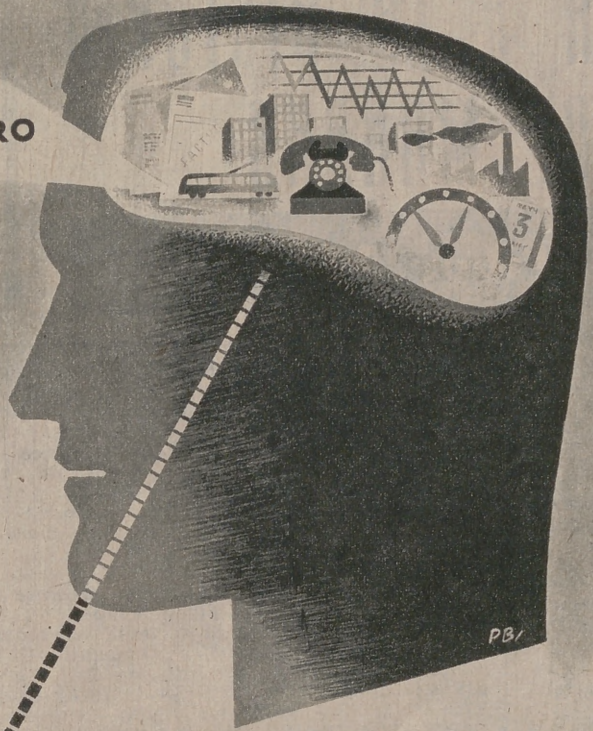
A la mañana siguiente, cuando el camarero me trajo a la cama el desayuno y los periódicos, recibí una de las más imborrables impresiones de mi vida. Todos los diarios, con grandes letras, daban cuenta del enigmático suicidio de la célebre y bellísima bailarina Carmela Durán.

Me temblaba la vista, pero, haciendo un esfuerzo, empujado por trémula y aterrada curiosidad, pude continuar leyendo. Decían los periódicos que a eso de las once menos diez los huéspedes del Gran Hotel oyeron un disparo en la habitación de la famosa bailarina. Alarmados, acudieron, y la encontraron tendida ante el armario, en cuyo espejo veía por última vez su rostro; vestía un elegantísimo «deshabillé» y aún sujetaba en la mano la pistola: un pequeño revólver casi de juguete, que Carmela llevaba en todos sus viajes. La bala había penetrado en el corazón y la muerte debió de ser instantánea. Como en Niza nadie sabía quiénes eran sus familiares y ella viajaba completamente sola, fué un grupo de artistas—entre ellos varios de la compañía de Diaghileff—quienes se encargaron de preparar el entierro. Infinidad de líneas eran ocupadas por indiscretas conjeturas, a cual más disparatada, sobre el motivo de su muerte, o por entusiastas elogios a su milagroso arte de danzarina. En los días siguientes no se habló de otra cosa en la Prensa de toda Europa, y hasta se popularizó una canción, que hoy nadie recuerda, llorando la muerte de Carmela Durán.

Ahora lo comprendí todo con lucidez implacable... No mintió cuando me dijo que estaba enamorada de veras de Pepe Manacor, y su promesa de no besar a otro hombre, formulada aquella noche sobre la inmóvil solidez de su juramento, fué sincera, más sincera de lo que nunca pude creer; ¡pobre mujer, que no midió lo que prometía! No pensó en que todo amor, por grande que nos parezca, puede ser borrado por otro que surja con mayor fuerza, y que un cariño sólo nos parece eterno en la embriaguez del presente. Cuando Luis apareció frente a ella, un nuevo soplo, joven y violento, avivó la dormida hoguera. No cabe duda de que resistió cuanto pudo, queriendo ser fiel a su juramento, que para ella, sintiéndose culpable de la muerte del amado, se convirtió en el más sagrado de los deberes. Y la noche de la cita, mientras aguardaba en su cuarto con impacencias de enamorada, recordaría angustiosamente su juramento, vería la última mirada, deslumbradora y triste, de Pepe Manacor: tan aterradora le resultaría la idea de faltar a su promesa como la de renunciar a su nuevo amor. Entonces, tal vez loca más que heroicamente decidida—no soy dado a idealizar los suicidios—, resolvió el dilema con su propia muerte, permaneciendo así fiel a los dos hombres que despertaron en ella un sentimiento del que yo, con mi sonrisa de escéptico, le creí incapaz. ¡Pobre muchacha!... Libreme Dios de admirar su terrible acto, pero con toda mi alma me arrepentía ahora de mi antipatía. Tenía razón Luis cuando me aseguró que nadie podía medir el caudal de delicadeza o de ternura que guardaba Carmela Durán... Me levanté inmediatamente, tembloroso aún, para buscar al pobre Luis, cuyo dulce imaginaba, y para ofrendar al cadáver de mi pobre amiga las flores más bellas que se encontraran en Niza.



**UN ALIMENTO
ESPECIFICO
DEL CEREBRO**



El desgaste de la vida moderna
halla un remedio compensador: el

ACIDO GLUTAMICO

Hasta ahora no existía un remedio cerebral específico. Todos los conocidos actúan sobre el cerebro de modo indirecto; el ACIDO GLUTAMICO es el único metabolizado directamente por éste

De ahí un preparado cuya base es este producto, y que además lleva dos componentes, como el FOSFORO y la VITAMINA B, que complementan la acción del primero.



FOSGLUTÉN

RECONSTITUYENTE CEREBRAL

INSTITUTO TERAPEUTICO, S.A. - MADRID

C. S. 13.668

EL LIBRO QUE ES MENESTER LEER

OJEADA A LA HISTORIA DE MAÑANA

Por Tibor MENDE

EL MAPA DE NUESTROS PADRES

SUELE ser en la madurez cuando los hombres empiezan a trazarse el mapa de su generación. Podemos imaginar que nuestros abuelos hicieron estos cálculos mentales allá por los años en que la era de la Reina Victoria de Inglaterra se sumía dulcemente en un siglo más turbulento: el nuestro.

¿Qué aspecto presentaba el mundo en aquella época?

El «Times», en un artículo consagrado a la Reina Victoria al día siguiente de su muerte, todavía respiraba calma, confianza, poderío, conciencia de una hegemonía mundial, ejercida, si no en amistoso acuerdo con las naciones vecinas de Europa, al menos en su compañía. Estas, entre otras, eran sus palabras:

«Repasemos los anales de 1937... Eran tiempos duros: malos negocios, salarios bajos, vida cara e ignorancia; una época de descontento general que fácilmente habría podido resultar peligroso, y en la que las leyes penales aun no se habían librado de lo que tenían de inhumano... este reinado ha sido testigo de cambios más numerosos e importantes que los ocurridos desde hace siglos... Una red de hilos telegráficos abarca ahora el globo, las vías férreas cubren la superficie de la tierra y los navíos rápidos jalonan el mar. Los conocimientos científicos se han multiplicado y, casi imperceptiblemente, ha cambiado sus puntos de vista toda la humanidad.»

Así terminaba un siglo. Al empezar otro nuevo, nuestros abuelos difícilmente habrían estado dispuestos a admitir que las nuevas ideas y las nuevas técnicas llegarían un día a hacerse tan poderosas que amenazarían y modificarían el viejo orden de cosas.

El mapa de nuestros abuelos era bastante sencillo en el sentido de que no tenían por qué preguntarse dónde es ahora el centro de gravedad del mundo: se encontraba en Europa occidental y era evidente que allí seguiría siempre.

MEDIO SIGLO DESPIADADO

En contraste con la aparente estabilidad de 1900, el mundo nos ofrece, medio siglo después, el aspecto atormentado de las épocas de transición. Se ha hundido la mayor parte de los pilares que sostenían el edificio idílico del siglo pasado. Caída de su pedestal, Europa ha perdido el dominio del globo.

Dos siglos antes de la bomba atómica, los obreros libres eran propietarios de sus herramientas. Hacia 1900, en Occidente, veían tras sí la sombra

No hay historia más difícil de escribir que la de lo que nos está ocurriendo a nosotros mismos. Las consecuencias directas del acontecer menudo no nos dejan ver las tendencias generales. Sin embargo, Tibor Mende vence brillantemente esta dificultad en la obra que hoy presentamos a los lectores de EL ESPAÑOL. Forzosamente, la comprensión histórica de nuestra época y el entrever sus consecuencias futuras es algo que obliga a generalizaciones esquemáticas en las que hay que abandonar cosas cuyo valor exacto para más adelante resulta imposible prever. Tibor Mende presenta con claridad meridiana la realidad fisicosocial de un mundo de horribles desigualdades en las que se refleja un exclusivismo de los occidentales apoyados en el progreso técnico, una falta de sentido ecuménico y una intransigencia en lo político formal que constituye la raíz misma de la problemática que hoy nos atormenta.

La claridad de su obra, en un mundo amenazado de tan terribles males, es una buena apostación a la posible solución.

«REGARDS SUR L'HISTOIRE DE DEMAIN».

Por Tibor Mende.—Ediciones Du Seuil, París, 1954.—172 páginas cuarto menor.—Precio: 390 francos.

Regards
sur
l'histoire
de
demain

LES NOUVEAUX CENTRES DE GRAVITÉ DU MONDE

par
Tibor
Mende

AUX ÉDITIONS DU SEUIL

de la máquina. Medio siglo más tarde todos habían sucumbido, eran asalariados de fábricas, trabajaban con herramientas que no les pertenecían. La concentración destruyó a los artesanos, luego el pequeño taller y después, incluso, la pequeña industria. En una fundición de acero de la costa occidental de América, por ejemplo, cuatro máquinas pueden efectuar el mismo trabajo que los efectivos equivalentes a cuatro divisiones. La división del trabajo que preconizara Adam Smith se ha convertido en la más importante fuerza de las que contribuyen a la disolución del mundo del siglo XIX.

Respecto a la concentración social, por ejemplo, el número de personas que dependen de la su subsistencia de la

U. S. Steel Corporation es, poco más o menos, igual a la población total de Noruega.

Respecto a la concentración financiera, por ejemplo, un gran jefe de una industria moderna, John D. Rockefeller, ha gastado, sólo en obras de beneficencia, más de trescientos millones de dólares. Para reunir esta cantidad de dinero, mil obreros de las hilaturas de Calcuta habrían tenido que guardar la totalidad de sus salarios anuales desde una fecha anterior en ciento cincuenta años aproximadamente a la colocación de la primera piedra de la catedral de Notre Dame de París.

Así se ha dividido el mundo en tres zonas claramente delimitadas por el grado de su progreso técnico: de un lado, los países industrializados; de otro, los insuficientemente desarrollados, y entre estos dos extremos, toda una gama de estados intermedios. Para ascender en esta escala un pueblo tiene que recibir útiles modernos de trabajo de un país industrializado, aceptando las condiciones que éste le quiera imponer, o tiene que reducir aún más su nivel de vida para ir acumulando poco a poco el capital necesario. En este caso la importancia de semejante actitud dependerá de las materias primas que dicho país encierre dentro de sus fronteras.

Como los países industrializados consumen en sus instalaciones muchas más materias primas de las que poseen, el asegurarse las fuentes de abastecimiento de materias primas se ha convertido en cuestión estratégica de primera importancia.

La guerra moderna, en la que los beligerantes emplean medios masivos de destrucción, se ha convertido para cada uno de ellos en una prueba de sus posibilidades de invertir a fondo perdido grandes cantidades de bienes de producción. Por

eso para sobrevivir militarmente las naciones se ven hoy forzadas a poner en común su potencial industrial, y nos encontramos aquí ante un nuevo aspecto del fenómeno de concentración que vimos iniciarse con la aparición de las máquinas.

Las exigencias de la economía y de la eficacia militar han conducido a la creación de unidades centralizadas cada vez mayores. El progreso de los transportes y las comunicaciones no sólo ha hecho posible estas unidades supranacionales, sino prácticamente inevitables. Van acompañadas de una división y racionalización del trabajo y queda todo coronado por las técnicas psicológicas últimamente desarrolladas, capaces de crear una obediencia ciega y una fidelidad sorda a toda consideración.

Para trazar nuestro mapa hemos de tener en cuenta, pues, los datos mesurables y los que no lo son. Sólo así podremos evitar el error de nuestros abuelos que creían eterno su poderío.

NUESTRO MAPA

Aunque de cada cien hombres solamente seis viven en los Estados Unidos, éstos producen por sí solos el 40 por 100 de los bienes de la tierra. En 1951, la parte que le correspondía a cada americano de la renta nacional era de 1.785 dólares, frente a 700 por persona en Gran Bretaña, algo más de 500 en Francia y unos 50 en la India y en China.

Estos índices ponen de manifiesto el éxito fabuloso que ha hecho pasar a los Estados Unidos del rango oscuro en que se encontraba en el siglo XIX a su estado actual: el de un coloso de 160 millones de habitantes.

Pero los Estados Unidos están experimentando en estos momentos una segunda revolución industrial. Han desechado el viejo dilema de cañones o mantequilla, y ante la amenaza comunista han decidido producir en grandes cantidades ambas cosas. Lo grave de la situación es que los Estados Unidos, a pesar de tener un consumo interior altamente desarrollado, prácticamente en punto de saturación, tienen que exportar el excedente de su producción a un mundo que carece de dólares, porque los norteamericanos apenas importan una mínima parte de lo que venden fuera.

Si algún día Norteamérica suspende su actual producción bélica y hace la transformación a una producción de paz, llegará inexorablemente a una crisis de superproducción. En este sentido conviene recordar que la depresión americana de 1931 produjo una conmoción en todo el mundo, provocó paro obrero en masa, revoluciones, el advenimiento de las dictaduras y, a fin de cuentas, la caída súbita del poder adquisitivo del público americano fué la causa indirecta de la segunda guerra mundial. Hoy la mayor parte de los países del mundo mantiene con los Estados Unidos lazos económicos aun más estrechos que en 1931 y las consecuencias de una nueva crisis serían aún más catastróficas.

A los Estados Unidos se le abre la posibilidad de dejar entrar dentro de sus fronteras los productos extranjeros o de invertir sus capitales en empresas productivas en el extranjero de escala mucho mayor que ahora. El ejemplo del Canadá debería convencer a los Estados Unidos que sólo las grandes inversiones en el extranjero pueden elevar el nivel de vida y crear nuevos mercados, ya que Canadá, con cuatro millones de habitantes, ha sido capaz de comprar más productos americanos que toda la América latina en cuanto los estadounidenses han hecho inversiones por valor de más de ocho mil millones de dólares al otro lado de su frontera septentrional.

La alternativa de exportar o incrementar las ventas en el interior del país no es más que un aspecto del problema ante el que se encuentran los dirigentes de la política económica americana de este medio siglo. En otro aspecto está constituido por la dependencia creciente en que se encuentra el país con relación a las materias primas extranjeras.

Respecto a Europa, la verdad es que se ha olvidado de la regla económica de valor universal de que nadie puede consumir más de lo que produce, más de lo que gana. Los gastos de Europa, sobre todo después de la segunda guerra mundial, han sido muy superiores a sus ingresos. Europa occidental vive por encima de sus recursos y sus estadistas, antes árbitros del mundo, se ven obligados a atravesar el Atlántico a intervalos regulares para mendigar unos dólares con los que escamotear este hecho ineludible.

El cambio de los antiguos amos del mundo, convertidos en inválidos sostenidos por las muletas de la ayuda americana, ha sido muy rápido, tan rápido que resultaría inexplicable si no tuviésemos en cuenta la vieja ilusión ficticia en que se fundaba su hegemonía pasada.

A falta de razón, el imperio de las circunstancias se encarga de hacer comprender a un número cada vez mayor de europeos que no tienen ningún derecho nato a un nivel de vida superior al de los brasileños, los indios o los chinos. No tienen un derecho nato a la prioridad en la ayuda extranjera. Es preciso que Europa maneje el bisturí y opere en carne viva sus males para adaptar sus deseos a sus posibilidades antes de que sea tarde. Perseverar en las ilusiones del siglo XIX puede conducir a Europa a la ruina y a la servidumbre.

EL PODERIO Y LA UTOPIA

La fe en el automatismo del progreso fué ganando poco a poco todo el pensamiento social y político de Occidente. Pero el mayor mal que se ha podido hacer ha sido fomentar la creencia de que la democracia era «exportable», como un gramófono que se pudiera llevar a cualquier parte y bastase con darle cuerda para que funcionase. Esta extraña convicción ha impulsado a los occidentales a imponer a los demás las formas exteriores de un sistema social producto de un período muy particular de la historia de una infima tracción del mundo occidental y cuyo funcionamiento satisfactorio no está ni mucho menos asegurado, aparte de unos pocos Estados privilegiados. Preocupado por el problema de la libertad en general, el mundo occidental se ha olvidado del análisis de las condiciones técnicas y económicas que hacen posible la existencia de la libertad. Esta mentalidad se ha convertido en uno de los principales obstáculos para la reconciliación de los pueblos y de las razas. Sin el bienestar material que le proporcionaba el trabajo de los indígenas, Occidente jamás habría podido conservar las ilusiones que nutrían su utopía.

EL MAPA DE NUESTROS HIJOS

En el mundo interdependiente en que vivimos una décima parte de la población dispone del 80 por 100 del total de ingresos. Cada año millones de personas mueren de enfermedades que sería fácil curar y los que se salvan están amenazados más tarde de morir de hambre. Es, pues, muy comprensible que el orden social y las introducciones que ha dado origen a esta situación se encuentren tan amenazados.

El poderío técnico adquirido por el hombre puede corregir las miserias de la situación presente, pero también puede convertir la superficie de la tierra en un desierto radioactivo. Pero aun así quedaría una esperanza. Se salvarían algunos hombres para reconstruir las ruinas y a través de sus sufrimientos rehabilitar la vieja utopía, pero para todo el mundo, para la unidad de todos.

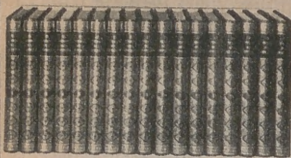
Con suma facilidad...
hará que le admiren
por su

CULTURA GENERAL Y ORTOGRAFIA

PIDA FOLLETO GRATIS A

Centro
de
Cultura
por
Correspondencia





El TESORO de la JUVENTUD

LA UNICA OBRA QUE INSTRUYE Y DELEITA A NIÑOS Y JOVENES

Basada en los más modernos principios de enseñanza, esta obra reúne todos los conocimientos y los explica de la manera más sencilla, práctica y natural.

La lectura de «EL TESORO DE LA JUVENTUD» resulta instructiva e interesante por igual, tanto para los niños de siete u ocho años de edad, como para las personas mayores.

Los conocimientos que encierra «EL TESORO DE LA JUVENTUD» están pedagógicamente clasificados en las siguientes trece interesantes secciones: LA HISTORIA DE LA TIERRA - EL LIBRO DE ESPAÑA - EL LIBRO DE NUESTRA VIDA - COSAS QUE DEBEMOS SABER - EL LIBRO DE LOS POR QUE - HOMBRES Y MUJERES CELEBRES. LOS DOS GRANDES REINOS DE LA NATURALEZA - LOS PAISES Y SUS COSTUMBRES. HISTORIA DE LOS LIBROS CELEBRES - JUEGOS Y PASATIEMPOS - EL LIBRO DE LA POESIA - EL LIBRO DE HECHOS HEROICOS - LECCIONES RECREATIVAS - EL LIBRO DE NARRACIONES INTERESANTES.

17 HERMOSOS TOMOS - 6.200 PAGINAS - MAS DE 6.500 ILUSTRACIONES. COMODOS PLAZOS MENSUALES DE PTAS. 130'--



ENCICLOPEDIA PRACTICA JACKSON

La Universidad en su propio hogar

Una obra que comprende el plan más avanzado y práctico de enseñanza autodidáctica. Cada uno de los 61 cursos que la integran es un maestro siempre dispuesto a satisfacer los deseos de superación del lector, y los SESENTA Y CINCO EMINENTES PROFESORES que han redactado los 61 cursos que comprenden los 12 sugestivos volúmenes de la «ENCICLOPEDIA PRACTICA JACKSON», han sabido hacerlo con un estilo claro, preciso, brillante, que se lee con absorbente interés. Puede Vd. adquirir esta magnífica obra, en cómodos plazos mensuales de 150' - Ptas.

Grandes novelas de la LITERATURA UNIVERSAL

20 HERMOSOS VOLUMENES - 41 OBRAS MAESTRAS DE LOS MAS FAMOSOS ESCRITORES - MAS DE 9.500 PAGINAS DE AMENA LECTURA.

Un panorama completo de las grandes literaturas con sus obras más esenciales y representativas. Escogidas con el más exquisito cuidado, atendiendo a la variedad de temas y estilos, a la debida proporción entre las diferentes literaturas — española, francesa, inglesa, rusa, etc.— tanto como al sentido moral de las obras mismas. Las reducciones de obras extranjeras se han hecho expresamente para esta colección, escrupulosamente cuidadas con arreglo a los textos originales más autorizados.

Ofrecemos esta colección en pagos mensuales de 85 Ptas.



HISTORIA SAGRADA y JESUS EN SU TIEMPO

Dos bellos volúmenes lujosamente encuadernados en media piel, de más de 500 páginas, impresos en papel couché y con gran profusión de ilustraciones y láminas en color fuera de texto. En estos dos obras, que se complementan entre sí, ha sido reunida la clara documentación del historiador, la profunda sagacidad del erudito, el fervor del católico militante y la brillantez literaria de un artifice de la prosa.

Suscripción a ambas obras en plazos mensuales de Ptas. 75'— cada uno.

Por Daniel Rops.

EDITORIAL EXITO S.A.

PASEO DE GRACIA 24 - BARCELONA



HISTORIA UNIVERSAL

Por el profesor JACQUES PIRENNE

La obra que ha producido honda impresión en los medios intelectuales del mundo entero y que ha sometido a revisión numerosos conceptos fundamentales del pasado. Una concepción original y fidedigna de la historia con una visión audaz y modernísima de la vida de los hombres y de los pueblos, que constituye el más apasionante relato de la gran epopeya humana.

La obra completa constará de ocho grandes volúmenes. Publicación en cuatro primeros, que constan, cada uno, de más de 500 páginas, con gran profusión de ilustraciones, y láminas a todo color.

Suscripción a la obra completa, 125'— Ptas. mensuales.

EL MUNDO PINTORESCO

Un viaje panorámico, lleno de colorido, a través de todos los países del mundo.

Una obra en la que se muestra, en toda su original polí-cromía, la vida de todos los pueblos y razas, de todas las religiones y costumbres en todos los rincones del globo, dando una visión exacta de todo cuanto forma el inmenso panorama de la vida del hombre en todas las latitudes.



9 volúmenes, lujosamente encuadernados con 2.232 páginas, más de 2.000 fotografías y 200 láminas en tinte color.

En plazos mensuales de Ptas. 110'—

LIBROS PARA TODOS

TODAS ESTAS OBRAS PUEDE VD. ADQUIRIRLAS EN 10-18-25 MENSUALIDADES



Por Henri Paul Pellaprat.

CLASICOS JACKSON

20 MAGNIFICOS VOLUMENES - 9.000 PAGINAS DE TEXTO - 100 AUTORES CLASICOS - 130 OBRAS.

Una colección de Clásicos Universales de excepcional, por la calidad de las obras y de los autores, por la fidelidad de los textos y de las traducciones, y, lo que es aún más importante, por contener los elementos necesarios para que su lectura sea comprensible, amena e instructiva para toda clase de personas, posean o no formación universitaria.

Cuota mensual de 100 Ptas.

EL ARTE CULINARIO MODERNO

La mejor cocina francesa y extranjera.

Este libro de 750 páginas, conteniendo 3.500 recetas y 380 ilustraciones (325 de ellas a todo color) es una verdadera enciclopedia de la mesa y el viario del culto de la buena comida. Contenido esencial de todas las cocinas, la alta cocina, la cocina casera, la cocina regional y la cocina revisada. Obra indispensable al profesional, resumiendo, asimismo, de una utilidad insuperable a toda casa por novicia que sea en la cocina. Adquirala cómodamente en pagos mensuales de 40 Ptas.

NUEVA ENCICLOPEDIA SOPENA

En cinco gruesos volúmenes, contiene positivamente igual cantidad de texto en número de palabras y letras que otras Enciclopedias en doble número de volúmenes y que merced, en gran parte, al elevado tiraje y a otros factores técnicos, se ofrece a un precio que no excede del normal de una obra en tres o cuatro tomos.

Toda la obra contiene:

7.000 páginas,
26.000 ilustraciones,
400.000 artículos,
2.000.000 de excepciones,
15.400.000 palabras,
89.500.000 letras.

Se la ofrecemos en cómodos plazos de ptas. 75'— al mes.

EDITORIAL EXITO, S. A. - Paseo de Gracia, 24 - BARCELONA

Servirse enviarme GRATIS y sin compromiso el folleto de colores y detalles para la adquisición de las obras:

Nombre _____
Edad _____ Profesión _____
Domiciliado en _____
Localidad _____ Provincia _____

ALMERIA ABIERTA A LA ESPERANZA



Todos los problemas de la provincia abordados en el II Consejo Económico Sindical

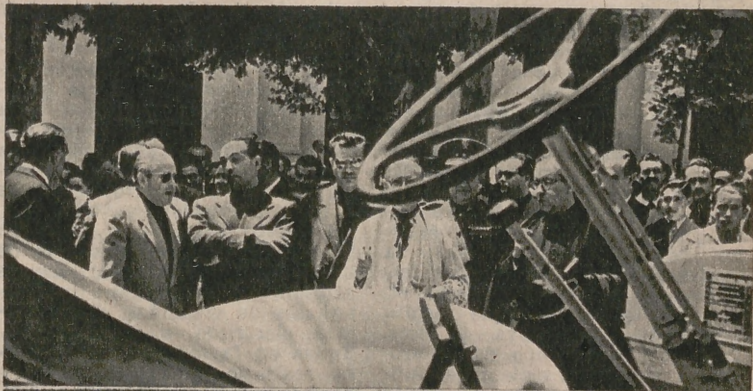
en efecto, está, recorriendo cada uno de los trozos de la Península...» Y su autor, Ortega y Gasset.

Desde aquí, desde esta mesa sobre la que penden raciones de salchichones, envueltos en papel de plata, podemos atisbar los automóviles que transitan por la carretera meditando la frase, porque su movimiento, su circulación es el síntoma del gran cambio, el índice de la gran reforma. No es difícil imaginar que por los años «veintes» y «treintas» pararían en esta misma mesa, o en la de al lado, o en la de más allá, las «Comisiones» provinciales camino de Madrid, los representantes de un Municipio de Murcia, o de todo Alicante, o de Almería, en pleno, que se trasladaban a la capital para recordar a su diputado el asunto de la luz, el asunto del regadío, el asunto del ferrocarril. Y tampoco hay que exigir gran trabajo a la imaginación para evocar la discusión definitiva de estos problemas regionales, en el Parlamento, por hombres que no conocían, la mayoría, el escenario real y tremendo del drama, los decorados verdaderos y el paisaje exacto en que se había engendrado y por el que discurriría el hilo argumental, la exposición, el nudo y el desenlace de cualquiera de estos asuntos. A esta carretera, en su tiempo de dirección casi única hacia Madrid, corresponde la época de la política madrifielista, del centralismo estéril, que hipertrofiaba la sombra de la capital sobre el mapa español. La poca contra la que clamaba la frase de don José. La época con-

AUNQUE corren tiempos de gran afición a las estadísticas, no creo que nadie se haya preocupado todavía de realizar una que seguramente resultaría aleccionadora en alto grado: la de los viajeros que acudían y acuden a Madrid desde las provincias, para resolver alguno de esos asuntos que se llaman genéricamente «oficiales», y la de aquellos otros que circulaban y circulan en sentido inverso con el mismo fin, que iban y van desde Madrid a las provincias. Un recuento de estos viajeros, aun realizado a simple vista, a ojo de buen cubero, nos descubriría las palpitaciones políticas de España, nos revelaría algo tan interesante como la verdadera intensidad de la sistole por la que afluyen al corazón madrileño los problemas de las provincias, y de la diástole por la que se proyectan, desde la capital, las soluciones. De este cómputo, si mereciera la atención de algún aficionado a tales investigaciones, se deduciría una conclusión muy significativa: en los últimos quince años han aumentado considerablemente los desplazamientos «oficiales» desde la capital hacia las provincias, y al mismo tiempo, las proyecciones de la política nacional hacia todas las localidades de nuestra geografía. Lo que supone un cambio grande, una reforma fundamental, en nuestra historia. Y para que no sospeches exageraciones periodísticas, en mi pluma, amigo lector; para que no me atribuyas ninguna deformación nacida del espíritu, haz conmigo un alto en el camino para recordar algunas cosas. Porque estamos en ruta. Vamos camino de Almería y rodamos ya por las cercanías de Albacete. Por La Roda, donde hay un bar-restaurante que bien merece una parada. Se llama Bar Sol y su dueño, Diego Molina

es un tipo de cine neorrealista una especie de Fernandel estilizado, más suave en todos los rasgos, más depurado en todas las líneas, pero con idéntica cara de hombre sentimental y humano, que se mueve en un escenario de bar del Oeste americano, de película de cow-boys.

En la fresca y clara penumbra del Bar Sol, que abre sus puertas a dos fachadas, a una plaza y a una calle invadida por la carretera, ante un vaso de vino blanco de la tierra acompañado con unas tapas de blanco queso manchego, sabroso y fresco, quiero recordarte, lector amigo, unas palabras escritas hace poco más o menos treinta años. Palabras dedicadas a la política antigua, a la que el autor llamaba entonces «vieja política», y que nosotros podemos aplicar, sin alterar una coma, a toda la política que encuentra su límite histórico en los primeros días caniculares de 1936. Las palabras son éstas: «La política nacional se hacía desde Madrid. Pero no se iba a buscar la nación donde,



Arriba, derecha: Panorámica de los bancales de cultivos de la vega almeriense.—Arriba, izquierda: El Delegado Nacional de Sindicatos clausura el II Consejo Económico Sindical.—Abajo: Bendición de tractores y maquinaria

tra la que clamaban las provincias.

Hoy, la carretera tiene equilibradas sus dos direcciones. Las dos, concurridas por igual. Ahora es también frecuente camino para trasladarse desde Madrid a muchos trozos de España, hacia muchos pueblos donde están los problemas, donde nacen y pueden estudiarse sobre el terreno. Estamos ya en otro tiempo. El gran cambio se ha producido. Los coches oficiales ruedan esta mañana soleada camino de Almería, camino de su II Consejo Económico Sindical, a coger por los cuernos, metiéndose en el terreno del toro, el complejo de los problemas económicos y, por lo tanto, sociales también, de la provincia.

DIECISEIS PONENCIAS EN RESUMEN

Un Consejo Económico Sindical es, ante todo, una movilización de técnicos; un trabajo, en equipo, de hombres verdaderamente conocedores de los problemas de una región. Y luego, muchas horas de estudio, en el seno de las Comisiones, hasta dejar redactadas las Ponencias. Y después, un debate abierto, una discusión en el Pleno que forma el Consejo, cara a cara con los hombres que mueven la economía provincial. Y hasta cara a cara con los que dirigen su vida toda. Que en estos Plenos podía verse sentado junto a un Jefe de una Hermandad de Labradores, un Alcalde.

El complejo de los problemas almerienses se ha dividido en este II Consejo, en nada menos que dieciséis Ponencias, en las que ha quedado abarcada, en suma, toda la intensa y extensa problemática provincial. Desde las comunicaciones y transportes hasta la repoblación forestal; desde el turismo, hasta los cultivos de secano y regadío; desde las obras hidráulicas, hasta la minería.

Ni yo, lector, tengo espacio para resumirte el sentido general de todas, ni encontrarían las cifras y el estudio concienzudo de cada una su mejor y más apropiado marco en este reportaje, que aspira sólo a transmitirte la estampa y la palpitación de Almería en un momento en que toda la provincia se alza sobre su propia sombra y da un paso, seguramente decisivo, hacia su resurgimiento. Hacia su redención, pues que se habla de su situación irredenta.

Resumiendo todo lo más posible los problemas estudiados en este Consejo y las soluciones propuestas, podemos trazar un esquema sencillo que abarque solamente dos grandes apartados que corresponden a las dos grandes fuentes de riqueza de Almería: la agricultura y la minería.

La agricultura de Almería vive obsesionada, en primer término, por una contradicción: la contradicción del agua. Que falta, que es escasa, escasísima, en general. Que sobra, que resulta perjudicial y excesiva a veces. Que hace del campo de la provincia una tierra sedienta e inundada. Sedienta hasta el punto que las reducidas regiones de regadíos reciben un nombre expresivo: «oasis». Inundada, porque la orografía accidentada, unida a un régimen irregular de lluvias,

provoca súbitas avenidas en los ríos que, desbordados por el tributo desmesurado de las torrenteras montañosas, invaden vegas y poblados. ¿Remedios propuestos? Las obras de encauzamiento y defensa, las mejoras de riegos y los nuevos regadíos. Pero sin olvidar la realidad. Sin fantasías, que todo el campo de Almería no puede, ni debe, convertirse en regadío. El agua llegará allí donde resulte rentable el regadío. En el resto de las tierras se orientan las Ponencias en el sentido realista de conseguir mejoras en los cultivos de secano. Por ejemplo, en los montes esparteros. Y como medidas complementarias, como soluciones a la sed de los hombres, paralela a la sed de los campos, el abastecimiento de aguas potables a muchas localidades.

La segunda preocupación agraria de la provincia, sobre todo mirando al porvenir, es la repoblación forestal que, entre otros beneficios, podrá influir en el clima, dar consistencia a muchas tierras frente a las riadas y crear una importante riqueza maderera. Aunque, claro está, a largo plazo, que un árbol se planta en un día y crece en años. Que un bosque no se improvisa. Y queda más, mucho más en este capítulo: obras de colonización, selección de frutos y productos hortícolas para mejorar la calidad con vistas a la venta interna y a la exportación, creación de industrias derivadas de la agricultura, etc.

Pasando ahora al segundo gran apartado, a la minería, el sentido general de las Ponencias tiende a conseguir el máximo rendimiento por medio de dos caminos: por la explotación de zonas abandonadas hoy y por la ordenación racional en las tareas extractivas de mineral. Porque la traslación de la propiedad de los yacimientos a manos españolas anda ya avanzada. Como ejemplo destacable de explotaciones nuevas, o al menos renovadas, vaya el de los «mantos» vírgenes de plomo de la sierra de Gáddr y el de la posible y fácil explotación de sus escombreras. Esto es, de la gran cantidad de mineral abandonado como escombros por la forma rudimentaria y poco técnica con que se trabajó en estas minas en la segunda mitad del pasado siglo. Como ejemplo de explotación racional, de ordenación en los trabajos mineros, el caso más claro es el de los mármoles de Macael. Pero a éste le dedicaremos capítulo aparte.

A las Ponencias sobre la agricultura y las minas, tendría que añadir, por su importancia general, otras dos: la relativa a la mejora de las vías de comunicación en toda la provincia y la que se refiere a las obras de modernización del puerto comercial y de construcción, ya planeada, del puerto pesquero. Y apurando la cosa, todas las demás: la de incremento del turismo, las de artesanía y formación profesional, las de viviendas, de problemas eléctricos e industriales... Todas en la misma línea de sano realismo político, todas trascendentes en su ámbito propio, todas acogidas con la adhesión espontánea del Pleno... Pero ya he advertido que ni es éste mi propósito, ni tengo espacio para ello. Y que me disculpen todos.

Los lectores y los ponentes, por cruzar al galope sobre todas ellas.

DONDE SE PRUEBA QUE EL INTERES HACE SURGIR LA CONFIANZA

Cuando se abre un sumario a los males de una región, cuando se investigan las zonas de sombra de un pueblo, se llega muchas veces a un punto en el cual el hilo del razonamiento se enreda y se revuelve y resulta poco menos que imposible encontrar la punta, llegar al cabo final.

En Almería, y fuera de ella, aparte, naturalmente, de las razones de clima y suelo, y aparte también la indiferencia de los Poderes Públicos de épocas pasadas, se han atribuido con frecuencia muchos de sus males a una peculiar desidia de sus habitantes, a una desesperanza cierta que les pone en el camino de la emigración. Y aquí se enreda el hilo, porque sería cosa de considerar despacio si esta psicología de desidia y desesperanza se formó por sí misma, independientemente de las circunstancias adversas exteriores a ella, o nació precisamente de estas circunstancias. Ante ese que llaman «paisaje lunar», mar estático de montes pelados, concentración desolada de todos los tonos más trágicos que pueda ofrecer la tierra—el tono, blanquecino de las laderas calizas, el cárdeno estéril de las torrenteras; el ocre lívido de las parameras asoladas—cabría preguntarse cuánto tiempo puede un hombre vivir sin emigrar cerca de tal escenario, clavando todas las tardes la mirada en unas nubes que nunca abren su panza a la bendición de la lluvia; que sólo arrojan, quizá dos veces al año—una por abril y otra por el otoño—un par de castigos bíblicos, de diluvios torrenciales que desgarran los montes secos, arrasan los valles y se pierden en el mar.

Pero no es cosa de remontarnos ahora a los orígenes. No es momento de entrar a fondo en una discusión aquilatadora de responsabilidades que nadie sabría, seguramente, discriminar con rigurosa exactitud. Lo cierto es que si hubo tal indiferencia, que si reinó tal escepticismo, hoy corre una brisa de esperanza de punta a punta de la provincia, existe un clima de confianza que estremece a las gentes y despierta a los pueblos de Almería. Y esto, pese a que subsista la emigración en la provincia.

¿De dónde ha surgido esta confianza? ¿Cómo ha brotado? ¿Por qué? La respuesta a estas preguntas está anticipada en el principio de este artículo. El interés del Estado y de los organismos que colaboran en su política de reconstrucción nacional, en este caso—¡en tantos casos!—la Organización Sindical, ha hecho surgir la confianza. La convocatoria de un Consejo Económico Sindical, en el que los participantes, los elaboradores de las conclusiones que se elevarán al Gobierno, son los hombres de Almería, presididos por los ingenieros Jefes de la provincia y por sus propias autoridades, y al que han acudido los hombres de Madrid, ha ensanchado el abierto cauce de la esperanza de esta región. Que si llegan, desde la capital,

dos directores generales—el de Obras Hidráulicas y el de Coordinación, Crédito y Capacitación Agraria—, acude el Delegado Nacional de Sindicatos y el Secretario Nacional y los Vicesecretarios de Ordenación Económica y Obras Sindicales.... ¿a quién le está permitido el pesimismo, quién puede permitirse una postura escéptica?

De añadidura, el Consejo ha recibido en plena tarea dos noticias que se diría llegadas como premio anticipado a sus trabajos, como espuela y confirmación de la fe de la provincia en la eficacia de su esfuerzo. Al tiempo de discutirse el problema de los riegos, se ha podido comunicar a los reunidos en el Pleno que el Consejo de Ministros había aprobado las obras de mejora de los cauces para riegos en la vega de Fiñana. Y con idéntica oportunidad, la aprobación del proyecto de reforma de los andenes del puerto y de los depósitos del muelle.

LOS MÁRMOL DE MACAEL

Las sesiones plenarias del Consejo se han celebrado en el salón de actos de la Institución Sindical de Formación Profesional «Francisco Franco», Inspiración y ambiente, por lo tanto, acordes, sindicalistas.

En esta sesión que sirve de modelo, de estampa descriptiva de las discusiones plenarias, don Felipe Sáez-Díaz Vázquez, ingeniero jefe de Minas, expone al Pleno la Ponencia número 10: «Minería y Mármol». Preside don Miguel Vizcaino, Secretario Nacional de Sindicatos, nacido en Ohanes, pueblo de Almería. Y tiene hoy, y le rebosa por todo el cuerpo, una natural alegría. Se trasluce su lógica satisfacción de almeriense que guía y resuelve una discusión entre sus paisanos. Porque en un punto se ha discutido desde luego, correctamente, pero con verdadero apasionamiento. En el punto de los mármoles de Macael.

Macael es un pueblo que vive del mármol. Que podría estar construido todo de este noble material, porque lo tiene en gran abundancia y en condiciones de fácil explotación. Las canteras son propiedad comunal, y el Ayuntamiento percibe un pequeño canon por cada pie cúbico de mármol extraído. Las concesiones de explotación se hacen solamente en favor de los naturales del pueblo, de los hijos de Macael. El Ayuntamiento y el pueblo son ricos. Macael vive unos años de Eldorado del mármol. Pero según el estudio de un joven ingeniero, don Juan Antonio Gómez Angulo, que forma un apartado especial en la Ponencia, los mármoles de Macael se explotan de modo anárquico y rudimentario. Sin visión del porvenir, atendiendo sólo al beneficio inmediato. De tal modo, que los escombros residuales de las canteras que se benefician hoy se van acumulando sobre las que deban entrar en explotación mañana. Y, además, la multiplicidad de concesionarios impide la aplicación de una maquinaria moderna y un sistema de explotación racional. En consecuencia, y considerando que la aporta-



Las que antes fueron tierras estériles hoy están cubiertas de vegetación

ción de mármol de Almería supone el 83,38 por 100 de la producción total de España, y la de Macael, el 78,26 por 100 de la provincial, pide el ponente que, reconocido el caso como problema de orden nacional, se realice un estudio completo de las posibilidades y existencias de la zona, se trace un programa racional de laboreo y beneficio y se fundan todos los intereses en una empresa única.

Los asistentes, casi todos vestidos con trajes oscuros y camisa azul, escuchan con atención tensa. Con un silencio que no interrumpe ningún comentario. Parece que ventean la réplica a las conclusiones de la ponencia. Y ésta se produce.

Un alcalde, con más facilidad de palabra que el resto de los que se adhieren a la oposición, habla por todos estos. Combate con ardor la propuesta. No se puede privar a Macael ni a ningún otro lugar de la propiedad comunal del mármol, mientras cumplan la ley. Si hay irregularidades en la explotación, que se cumplan los reglamentos de minas. Y, además, los derechos adquiridos de los concesionarios actuales es imposible desconocerlos o no respetarlos. Se opone a la creación de una compañía única.

Ha hablado con energía, con gesto persuasivo. Y durante unos momentos parece que los aplausos de la asamblea confirman su razón. Pero el joven ingeniero rubio replica. Y torna a explicar más claramente sus puntos de vista. Y arranca otra ovación al concurso. La discusión parece haber llegado a un callejón sin salida.

El presidente del pleno, sin juzgar la discusión, recuerda un término fundamental que figura en el texto de la ponencia y que permite conciliar los intereses individuales y el interés general, los derechos adquiridos del Ayuntamiento y los concesionarios y la explotación con dirección única o por una sola empresa.

Ambos, el ingeniero y el alcalde, y el Pleno muestran su conformidad. Y se aprueba al fin una conclusión que permitirá, sin lesión para nadie, explotar racionalmente y con más moderna técnica los mármoles de Macael. La solución se encontrará en una forma cooperativa o en otra institución asociativa similar.

De este modo, en este ambiente mezcla de libre expresión de ideas y de corrección y de orden, discurren las sesiones. Al fin de

cada una las que se han enfrentado en una disputa se saludan, se ofrecen excusas y encienden juntos un pitillo.

La sesión de clausura de este II Consejo Económico Sindical se celebra en el teatro Cervantes. El local está lleno, abarrotadas sus tres plantas. Toda la provincia se apaña en su recinto, pendiente de las palabras de los oradores, con una atención más concentrada que nunca, porque hoy las palabras que suenan en el escenario no son una ficción literaria, sino palabras verdaderas cargadas de sentido real.

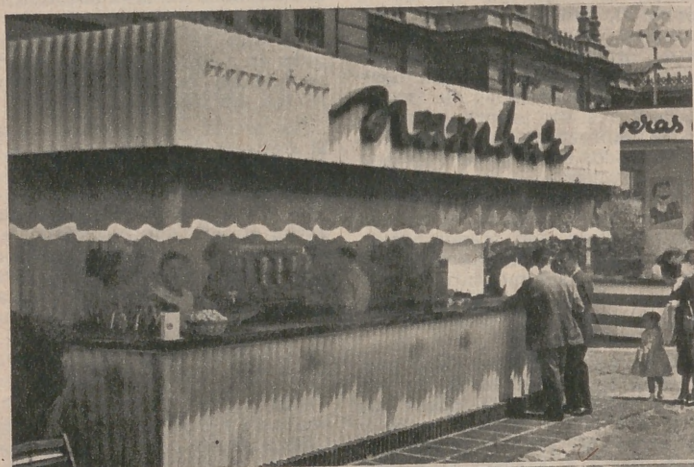
Que hoy y ayer y anteayer Almería se ha convertido, natural y legítimamente, en el espejo de sí misma. Y no había en ella hueco, ni nadie lo buscaba, para una palabra que no se refiriera a su vida, a sus hombres, a sus minas, a sus frutos, a su sed. Que durante las tres jornadas Almería ha hecho, en voz alta, su propio balance, el de sus riquezas y el de sus desgracias, sin mentir ni mentirse, sin exagerar la cifra de sus necesidades, y sin disminuir la cuenta de sus valores.

El II Consejo Económico Sindical de Almería, programa completo de la renovación de la provincia, resulta ejemplar por muchos conceptos. Por cuanto significa una acción política en que han colaborado con perfecta compenetración órganos que representan al Gobierno e instituciones que representan a la sociedad. O, en otras palabras, el Estado y la Organización Sindical. Ejemplar también como modelo de una equilibrada política nacional que no confunde la nación con su centro, que se desplaza hasta el borde mismo donde abren sus grietas los problemas en la geografía española. Y como paso adelante decisivo en la redención de una provincia española, que al cabo de algunos años más, toda obra requiere su tiempo, ofrecerá otra cara y vivirá mejor. Una Almería con sus contrastes compensados, donde en Vera, por ejemplo, en unos naranjales que no se hían nunca, los descendientes de don Francisco Montoro no tendrán que pagar el agua de riego en agosto a más precio que la cerveza.

Diego JALON

XXII FERIA DE MUESTRAS DE BARCELONA

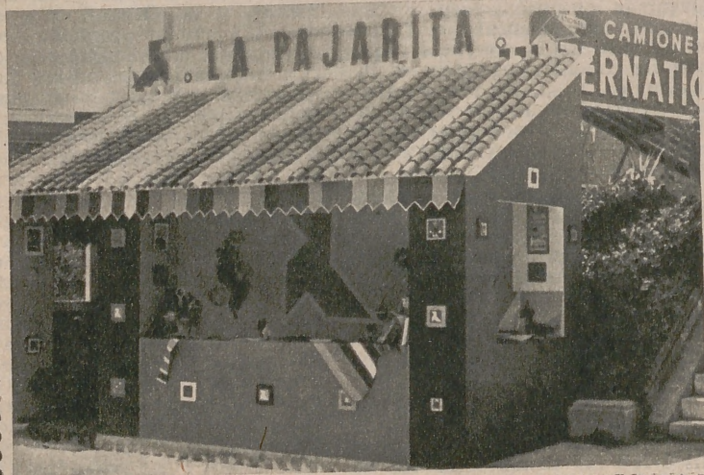
Se destaca el stand de FITOLIT de planchas de fibroasfaltado al «latex» para tejados, resistentes, económicas, impermeables, impu-
trascibles, resultan a 25 pesetas el metro cuadrado y pesa 5,5 kilogramos metro cuadrado



Stand en el que los buenos degustadores de extracto de café pueden apreciar el resultado de la cafetera de hidroc-compresión sin vapor de fabricación nacional por la Cooperativa de producción NUMBAR



Nos merece una especial distinción el stand de arcas y básculas SOLER, S. A., por la presentación de una nueva patente de cierre en las arcas y cajas de caudales



LA PAJARITA, pintura a base de «latex»



DIEZ LECCIONES SOBRE LA RUTA EMOCIONAL DEL QUIJOTE

JORNADAS LITERARIAS POR LA MANCHA

Carta a los compañeros de camino

QUERIDOS amigos:

Todavía con el polvo del camino y el sabor del último vino que nos dieron en el santuario de la Virgen de la Sierra, quiero escribiros estas líneas, no sé exactamente con qué fin protocolario y objetivo, pero sí sé con qué íntimo regusto y necesidad espiritual: tal vez por hacerme la ilusión de que séguimos juntos en estas tierras entrañables.

Habréis visto, amigos, que La Mancha existe, y que es algo mucho más que aquel fantoche que siempre mostró en lugar de ella la literatura ignorante o la desidia de tantos españoles y extranjeros que la utilizaron como puente de urgencia entre el Madrid que rige España y la Andalucía pintoresca y folklórica, más que la Andalucía enjundiosa, tan desconocida ésta como La Mancha misma. Habréis visto que junto a ese pueblo de labrantines y rastrapajas, de hombres pegados al pegujal y al diestro de la mula, hay hombres que saben de universidades y academias, del buen trato, de la afabilidad y educación del castellano nuevo, con corbata y zapatos brillantes, que es el bueno y el que hoy nos vale, frente a aquel castellano viejo e impertinente de unas páginas famosas.

Habréis visto que junto al paisaje terragoso e insufrible, con llanos que son rodelas para el sol, hay cuadrantes de viñedo con mil verdes que retrepan los lomos suaves del terreno; que junto a la oliva cenicienta están las verdes aguas de Ruidera reflejando en su embudo los pinos y la flor, el monte ensangrentado como un grito y el cielo despejado con pájaros inverosímiles.

Recordaréis que junto a aquellos pueblos de leyenda negra que contrahicieron tantas plumas, vimos aquel Campo de Cripiana sobre la sierra, como un caparazón escamado de blancas casas, con cales absolutas; y en la cumbre, como motores que con sus hélices han de llevarse al cielo tan hermoso pueblo, los molinos, con las cabezas armadas de madera crujiente y tocados con sombrero japonés; con velas marineras que se izan y arrian; con un molinero que atisba los vientos y las sendas por unos ventanuchos como escotillas.

Recordaréis a Almagro, con el barco verde y vidrio de su pla-

za que animó a Diego a echarse a la mar tras otra Mancha; su Corral de Comedias redivivo de cal y sangre de toro, que ha vuelto a escuchar a Calderón. Oyendo los versos sacros, romanos y teológicos de «La hidalga del valle», viendo a la Culpa arrastrar tras sí y encadenada a la débil naturaleza, sobre el techo de cielo alto y puro de mayo, los pájaros en su paso y repaso ponían una música de fondo a aquellas verdades clavadas por la je... Luego, en Infantes, la piedra roja e incendidad de su iglesia, los escudos rompiendo con su piedra cada instante sus paredes; la sombra de Santo Tomás de Villanueva; el dordón inmemorial de los versos de Quevedo. El tiempo fué acorralando hacia la muerte a la mucha nobleza de tantos siglos, e Infantes fué quedándose solamente con los sellos de piedra mientras las ejecutorias y sus poseedores fueron tragados por el siglo. De ahí el que no extrañe ver en este pueblo un palacio convertido en cine, el antiguo cuartel general de la Orden de Calatrava en casa de vecinos y cuadras con bóvedas de piedra y columnas con capiteles de rizadas hojas.

Tanto en Almagro, como en Infantes... como en todos los pueblos viejos de La Mancha, las columnas que sostienen los patios luminosos y en silencio, están tocadas por unas zapatas de madera pintada de marrón que tienen mucho de tricorno de la Guardia Civil o de antiguo sombrero de estudiante.

Recordaréis, también, amigos de la pluma y del camino, las cuevas de Tomelloso y las bodegas superficiales de todos estos lugares, templos del vino, bien nutridas de tinajas panzudas y socarronas, que han sentido tras el corcho de su espita la ruidosa digestión de mil cosechas fermentando. Ellas os han ofrecido durante estos días el vino neto en su fiera realidad, el vino sin bautizo y sin añiles, el vino serio y decente de La Mancha, que no engaña a quien sabe abrazarlo poco a poco, ese vino «amigo de la copa y de la idea», como decía el poeta, que con su brio concentrado y varonil despeja las gargantas y da fluidez a los sesos. Solamente se rompió la línea del vino en el decurso de nuestras Jornadas, en el convento de Malagón. En



El pueblo hizo fiesta y rindió jubilosamente a los escritoras.

esta fundación de Santa Teresa, las monjas, a través de las negras celosías de su iglesia, nos cantaron una salve inolvidable y con sus manos invisibles nos sirvieron un agua de limón fresca y equilibrada en sus compuestos, como el que debían dar a la Sanchuando, sentada sobre el enorme canto que se terciaba en una esquina, veía, piedra a piedra, irse alzando la casa de sus hijas.

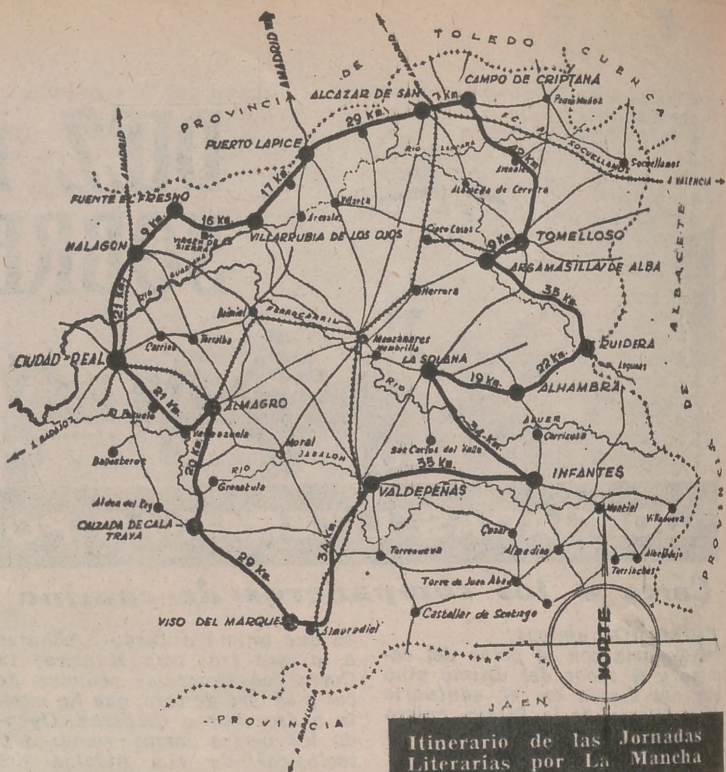
Y puestos ya casi en el itinerario gastronómico, quien nos salió al encuentro en todas las mesas fué el blanco queso manchego. Queso nuevo de las lechadas de esta primavera, todavía latiendo y sin custrar su corteza rayada por la tabla y el esparto. Y como condimento veraniego, las «pipirranas», ese recio mejunje de tomate, de pepino, de lechuga, de aceitunas, de escabeche, aceite y vinagre, plato fresco y coloreado que también rima con el vino rojo que deja el vaso sonrosado y como palpitante.

Habréis visto, en fin, junto al hidalgo pueblo de Argamasilla de Alba, que abre su pecho con

la breve pechera del Guadiana flagueado de álamos y juntos, los pueblos nuevos como Valdepeñas y Tomelloso, coronados por las chimeneas de las fábricas de alcohol, sin escudos de piedra ni inscripciones, con las piernas larguiruchas y la voz enterronca del que está creciendo.

Cuando yo os veía tomar nota de estas cosas, descubrir en cada panorama esa verdad de la España que nunca se acaba, de esa España que siempre tiene un cañón por destapar, me sentía feliz: mi tierra pasaba con ello al conocimiento de aquellos cuyo oficio es descubrir y popalar; de aquellos, los escritores, que son los que en definitiva construyen para el presente y para el futuro la pequeña historia de cada día, que es la gran historia civil, la historia de la paz y de la civilización... El día de mañana, cuando los españoles, mediante vuestros escritos hechos a raíz de este viaje, alcen su conocimiento y noticia de esta región hasta ahora en re roganda, no tendrán por menos que afirmar que estas Jornadas Literarias por La Mancha fueron un hecho capital para la historia de estas tierras ciudadrealeñas.

F. GARCIA PAVON



Itinerario de las Jornadas Literarias por La Mancha

... Y EL "QUIJOTE" DENTRO DE LA MALETA (Crónica de nuestro enviado especial)

HABRIA que haber registrado las maletas y maletines de los escritores. Hubo quien puso dentro del cuero o del cartón un ajuar completo de escritor recientemente premiado, como hubo quien se puso en camino con una simple carterilla, donde apenas cabía el pijama. Pero yo creo que el «Quijote» no faltaba en ningún equipaje. En diversas ediciones iba—en todo caso—escondido o revuelto entre los calcetines, la brocha de afeitar y algún que otro tubo de aspirina.

Pero nadie quería enseñarlo. Nadie quería confesar que sin esta especie de biblia del espíritu nacional no es posible meterse en La Mancha. Puede ser que alguno no estuviera dispuesto a confesar que no había vuelto a leer el libro de nuestra universalidad desde el corro de la escuela. Has a es posible que más de uno hubiera dejado en la estantería la aventura del cuerdo caballero y de su loquísimo servidor y se hubiera pertrechado de comentarios masoretistas, esas interpretaciones chicas que sacaban de quicio a don Miguel de Unamuno.

Sin embargo, para unos y para otros Cervantes transpiraba en la valija, junto a la colonia añeja o al tufo del alcanfor desmenuzado. O brotaba del corazón, que también es una maleta vieja, con alguna que otra etiqueta difícil de borrar.

—¿Tú eres cervantista o quijotista?—preguntaba uno.

—Yo creo que nos pierde el quijotismo—decía otro.

—Pues yo creo que nos salva el sanchismo—afirmaba un tercero.

Es de todo modos hermoso comprobar cómo las obras maes tras sobrenadan y subsisten a toda crítica y pedantería. Cómo

literatura «de verdad» es aquello que está por encima de toda literatura.

Primera lección: Literatura es lo que siempre vale. Lo que cada día hace descubrir nuevas razones. Lo que da lugar a exégesis estúpidas. Lo que está sobre el propio autor. Aquello, en fin, que inspira tanto respeto, que es ridículo hasta hablar de ello.

Pero ya nadie hablaba del «Quijote» ni de Cervantes a la hora de partir, pasado el primer achuchón erudito. Lo que la gente quería saber es si en las lagunas de Ruidera era posible bañarse o no, si en La Mancha sólo hay vino blanco o lo hay también tinto y a qué sabe, si tendríamos que empujar a los molinos o es cierto que los mueve el viento.

LO QUE NUNCA PERDONARE ES EL MADRUGON

Aunque ustedes no lo crean había en la expedición algún escritor que confesaba no haberse levantado nunca tan temprano, cosa que diría mucho y malo de su arte si no fuera ésta una vanidad más.

Estábamos citados a las ocho y media en la cueva de Mcyano. A las ocho y cuarto ya había algún impaciente periodista dando vueltas con la maleta por entre una fila de coches, poco turísticos, por cierto.

—Es éste el que va a recorrer La Mancha?

—¿Qué Mancha?—replicaba el chófer con desgana.

Creo que eran coches que se estaban preparando para acudir al entierro de un hombre de muchas relaciones.

Por fin se puso en cabeza un autobús largo, que allá por 1940 debió ser el colmo del lujo

Había sesenta asientos a disposición, más algún que otro transportín. La gente esperaba dos coches. Porque—todo hay que decirlo—los escritores son muy caprichosos, y según donde se «ubicaran» unos estarían dispuestos a colocarse otros. Pero no había remedio: una tenía que ser la suerte de todos. No hubo más que un coche. (Hubo un «jeep»; pero sólo se utilizó para servicios «extras».)

Había fallado la posibilidad de antigüización —¡vaya palabra que me ha salido!— en «clásicos» y «revolucionarios», «tradicionales» y «modernistas», «pesados» y «superficiales». Pero de veras que la responsabilidad histórica del chófer era inmensa. En sus manos estaba la suerte de una buena parte de la joven literatura española; de tal modo, que si nos estrelláramos, la corrida de escalafón iba a ser notable. Menos mal que a San Cristóbal, aunque alguien le suplicara el despeñadero, todo esto de las escuelas y las peñas literarias le iba a tener sin cuidado, y se iba a portar como ángel de espaldas anchas en la que puede acomodarse, no sólo el Gijón, sino todo un mundo.

El primero en llegar fué Idefonso Moreno Gil, seguido por Santiago Loren, lo cual quiere decir que los aragoneses madrugan. También respondieron al madrugón como novicios carnalitas Fernández Santos y Sánchez Ferlosio. Luego llegó muy recién amanecida Eugenia Serrano, que iba a ser junto al carro, la carrasca y el chaparro de los otros manchegos, la alondra quieta y la golondrina loca. Llegó Castresana, y tan de mañana y con gafas ahumadas, que tenía aire de «agente atómico». Después llegó Castiella preguntando si éramos nosotros los escritores y, en seguida, Ferrán, con aire de universitario recién licenciado, y al instante Marcelo Arroita, muy deportivo y jovial.

De vez en cuando aparecía un señor alto, algo calvo, o un tip...

enjuto, algo gitano, o una mu-
chacha con pañuelo de colores
a la cabeza. Se imponía esperar
las presentaciones. Nos extraña-
mos a veces de que el público
no conozca a sus escritores, sin
darnos cuenta de que nosotros
mismos, escritores que a lo me-
jor nos pulleamos quincenal o
mensualmente en revistas, no nos
conocemos tampoco.

—Soy Angeles Villarta.

—Encantado.

Todavía le faltaban unos mi-
nutos a la disparatada cockte-
la para arrancar. Y entonces to-
mó asiento Nicolás González
Ruiz con una parsimonia de pa-
triarca feliz y un humor de ba-
chiller que recibe el primer sí
de la primera novia.

—¿Quién es el que va a su
lado?

—Díaz Cañabate.

Un nuevo con cimiento que me
encantó. No me figuraba a Díaz
Cañabate así.

El último en aparecer fué Luis
Antonio de Vega, algunos segun-
dos después que Eusebio García
Luengo, que seguramente no se
había acostado pensando que por
un cuarto de hora más o menos
no valía la pena. Luis Antonio
de Vega, nada más apsen arse,
se quedó dormido.

Este madrugón no lo perdonaré
nunca—decía con música de
ronquidos el novelista de temas
árabes.

*Segunda lección: Aunque es
cierto que no por mucho madrugar
amanece más temprano, tam-
bién podría sostenerse que tam-
poco por mucho madrugar es
cierto que anochezca más tarde.
Un poco de higiene para los es-
critores no viene mal. Aprende
uno cómo can'án al amanecer
los pájaros, cómo andan los bo-
rrachos de la última hora y cómo
suenan las campanas de los
conventos sobre el cielo y los ca-
rros de la basura sobre el as-
falto.*

HACIA LA LLANURA Y LOS MOLINOS

Me tocó entre Irbarren y De-
libes. A monolo ya lo conocía de
Pamplona, y no sé por qué le ha
puesto a su última novela el tí-
tulo de «Encrucijadas», cuando él
es un hombre abierto y sencillo
como un libro de corc.

—Tú eres Castillo Puche—dijo
el de la izquierda.

—¿Cómo lo sabes?—respondí.

—Por las fotos.

Descubrimiento más grato pa-
ra mí que el que encierran los
surcos de La Mancha, revelación
más sorprendente que la que
pueden ofrecer los molinos de
Criptana ha sido para mí Mi-
guel Delibes a quien bien co-
nocía por sus novelas, pero cu-
ya persona tengo que proclamar
que es fuente de las más sus-
tanciosas «compañías». Delibes es
un niño reflexivo, de travesuras
limpias e intenciones hondas.
¡Buen tipo!

Corriamos por la llanura, dán-
dole en los falones a los monte-
cillos y acabando de tarde en
tarde algún floresta que otra.
Unos cantaban el «baiao» y otros
el «Adios, muchachos». Unos re-
citaban mentalmente a Salvador
Rueda y otros a Antonio Macha-
do. Unos pensaban en Azorín y
otros en Astrana Marín, que ha-
cen pareado. Algunos ya recla-
maban vino, más vino. Otros

suspiraban por una gaseosa o bi-
carbonato.

En el grupo delantero dirigía
el cotarro Castellet y en el de
la cola, Aldecoa.

Seguíamos rodando, metiéndo-
nos entre los dientes el palillo
del cuentakilómetros para sacar-
nos el polvo, que ya parecía alim-
entar como la carne de vaca.

—Esto es muy monótono.

Había que escuchar de vez en
cuando, impunemente, frases co-
mo ésta, porque siempre hay que
decir algo. Es lo mismo que ocu-
rre con la lectura del «Quijote». Se
dice que es aburrido, pero se
dice de boca afuera. Por dentro,
cada uno sabe muy bien que no
ha pasado mejores ratos en su
vida que leyendo aquellos pasa-
jes en que a Alonso Quijano le
pegan o pega él.

Pasamos por un pueblo donde
había un corrillo de viejos, algu-
no de ellos con un pañuelo en
la frente. El autobús paró un
poco para maniobrar. Uno de los
viejos, sudando casi cristalinas
gotas de azabache, nos preguntó:
—¿Viene don Federico García
Sanchiz?

De veras que uno siente en
ocasiones no ser un escritor im-
portante, como Federico García
Sanchiz. Porque hubiera sido
enorme poder asomarse a la ven-
taniella repartiendo autógrafos
como si fueran aletuyas.

A todo esto, estábamos a pun-
to de llegar a Puerto Lápice. Gas-
par Gómez de la Serna había pa-
sado lista y ya, más o menos,
nos íbamos identificando.

*Tercera lección: Es bueno que
los escritores se traten y se co-
nozcan. Porque acaso, dialogan-
do, la manía y el rencor que a
veces se tienen, o desaparecería
o sería más justificado. Era com-
mover ver cómo brotaba la
cordialidad y el interés. No hay
nadie que viva de más preju-
cios que los escritores que quie-
ren dárselas de objetivos. En la
Mancha no hay lunares. Cada
uno tiene su viña y su banca. En
la Mancha todos éramos unos.
Todos éramos casi nada. Con fre-
cuencia los escritores se odian o
porque uno nació demasiado
pronto o porque otro nació de-
masiado tarde. Pero esto es por
la misma razón que se pierden
o se ganan las cosechas: o por-
que no llovió nada o llovió más
de la cuenta. Por eso hay que
alabar la iniciativa de hacer esta
ruta emocional, que nos ha
acercado a unos y otros, aun a
los más alejados espiritual o
geográficamente.*

LA PRIMERA ZURRA, Y QUE DURO CUATRO DIAS

En Puerto Lápice, Del Moral,

Gobernador estupendo, nos ofre-
ció pan blanco, jamón, queso,
aceitunas y vino. Pero esto era
sólo el aperitivo de las grandes
cantidades de pan, jamón y vino
con que nos iban a obsequiar a
través de La Mancha. También
las palabras de Del Moral sa-
bían a vino de muchos grados.

Allí fué donde me regalaron
una calabaza y donde los jorna-
distas empezamos a quitarnos las
chaquetas. Muy pocos fuimos los
que subimos andando a la inau-
guración de un molino, que dis-
taba dos kilómetros de la carre-
tera. Cuarenta años hacía que el
pueblo no presenciaba un espec-
táculo de esta calidad. Era con-
fortante el olor del tomillo y del
espliego.

—¿Y ése que parece mandar
tanto, quién es?

—Ese es García Serrano.

—¿El que va siempre con las
de la Sección Femenina?

—El mismo que viste y calza.

—Pues es un tío simpático.

Rafael se movía como un di-
rector de cine, seguido siempre
de Pastor, un fotógrafo que ar-
moniza el arte con el humor, y
de Salvador Jiménez y Jaime
Campmany, dos medios de gran
eficacia que pasarán a delante-
ros.

Todo el pueblo era un desplie-
gue de colchas y velas de mo-
lino. Con el vino en la gargan-
ta y el jamón un poco más aba-
jo, seguimos a Alcázar de San
Juan, pueblo que sólo conocen
los españoles por la estación del
tren, pero que vale la pena vi-
sitarlo calle a calle. En la bode-
ga de Vaquero entramos en co-
nocimiento con eso que llaman
«guiso de bodas», plato que ha-
bría que repetir en esa circuns-
tancia concreta.

Ya en el coche de nuevo, ce-
rramos los ojos un poco. Habla-
ba quedo, como música de armó-
nium en manos de monja, José
Luis Acquaroni. De vez en
cuando, Eligorri protestaba de
algo. Delibes y yo llevábamos ya
sobre la cabeza sendos sombre-
ros de paja. Parecíamos segado-
res. Al principio, los escritores
dieron señales de desaprobación,
pero era sólo aparente; en el
primer pueblo, la grey literata no
sólo se iba a surtir de abundan-
tes sombreros de paja, sino de
auténticas garrotas, blancas co-
mo palmas del Domingo de Ra-
mos sin plumas.

Ascendimos trabajosamente
—un poco en plan de marcha—
hacia los molinos de Criptana,
desde donde se divisa un campo
de rayas y cortes maravillosos.
Nos seguían manadas de niños
pidiendo autógrafos.

Unos firmaban con el nombre
de Cela, y otros, de Pemán; to-



do para quedar bien y dejar contento al pueblo. José María Jové y Julián Ayesta, dos magníficos bromistas, creo que llegaron a firmar en nombre de Blasco Ibáñez y de Lope de Vega. La cosa estaba en dejar bien al gremio y poner cara, al firmar, de terrible o gran señor. Acaso las campesinas se decían para sus adentros:

—¡Tan jóvenes y tan famosos! Uno no se resignaba a estampar el propio nombre y comprobar que no les sonaba.

Muy guapas las muchachas de Criptana que fueron enseñándonos las cuevas del caserío. Cuevas limpias, amplias, suntuosas. Atardecía en el campo despejado, mitad caricia mitad herida, cuando salimos hacia Tomelloso. Los escritores se iban achispando, cantaban, improvisaban versos, no siempre amables. Daban vueltas en la cabeza los molinos. Decíamos adiós a los campestros por la carretera y volvían espantados sus orejas las mulas.

El campo era allí más campo que nunca. Era, sobre todo, tierra desnuda. Era asnillo cargado de leña y caballo con trote cansado. Eran hombres que fumaban sin despedir el humo y que comentaban al ver pasar el interminable autobús:

—Turistas. A lo mejor, ingleses o americanos.

—A ver si es verdad que arreglan de una vez las carreteras. Pero en las afueras de los pueblos siempre había algún farmacéutico o maestro de escuela que apostaba:

—Esos son los de la Vuelta Ciclista.

—¡Qué va! Yo creo que son cómicos. Van vestidos de cómicos. Avanzábamos entre una nube de polvo. Como los rebañeos que ofuscaban a Don Quijote, ejércitos ideales de las batallas más reales en que ha combatido ningún capitán. Avanzábamos con una fiebre desorbitada en los ojos y en los gestos.

Tomelloso. Cada uno tenía ya una tarjeta en la mano de su «baillo»—es vocablo de Delibes—y cada cual presumía de la preponderancia de su anfitrión.

—A ti, ¿quién te ha tocado?

—A mí, un fabricante de harinas.

—A mí, el cura párroco.

—A mí, el farmacéutico.

Como es natural, abundaban los cosecheros de vinos. La fábrica del coñac «Peinado» no es ninguna tontería. Estas vasijas de vientre repleto, a las que uno les busca el ombligo inútilmente, expanden una sensación rotunda de optimismo y bienestar. Todo Tomelloso es una tinaja complaciente. El suelo de Tomelloso está poblado de estas gordas barrigas que a una sabia temperatura aroman y maduran caldos insuperables. Hay bodegas que parecen campos de fútbol cubiertos.

—¿Y por qué prefieren las de barro a las de cemento?

—Porque de barro nos hizo Dios.

Mi padrino en Tomelloso fue don José María Belló García, que, como un clavo, me llamó a las nueve de la mañana para llevarme en coche por el pueblo y sus alrededores. Sin embargo, aunque Tomelloso produzca un

millón de hectolitros de los veintiséis que produce España, el pueblo no querría depender exclusivamente del vino. El pueblo vive pegado a la tierra, pero de la misma tierra, mirando hacia el estrecho de Peñarroya, espera su salvación. Quiere convertir en regadío parte de sus viñas:

—Y la vida, ¿cómo está por aquí?

—Pues tirando. Nos acabamos de ganar el mayor premio de natalidad. Hay un matrimonio, los Cucos, con veintidós hijos.

—Jesús, María y José.

Tomelloso atraviesa actualmente una crisis seria. El vino se vende a una peseta la botella de litro, incluido el impuesto. Es vino de trece grados, y se vende más barato que la gaseosa «La Casera». La gente, cada año, espera que no se repita lo del año anterior; pero la racha prosigue. Por lo pronto, a Tomelloso habría que ponerle un Instituto de Capacitación Profesional y Agrícola.

Cuarta lección: En La Mancha, unos pueblos jóvenes prosperan, suben, se multiplican y enriquecen, y otros van menguando y casi desapareciendo. Es también el signo de los escritores. Pero no hay que fiarse mucho de esta valoración. La Mancha enseña que no es el día, sino el siglo, quien dice la última palabra en cuestión de estilo, originalidad y fuerza. El aplauso momentáneo muchas veces no tiene nada que ver con eso que cada autor busca en su obra, aunque de labios para fuera diga que no le interesan más que los cuartos.

DANZA, BAÑO Y COMIDA CAMPESTRE

Seguíamos carretera del nte. Estas carreteras de La Mancha—que no hay Plan Marshall que las redima—se salvarán el día que alguien que yo me sé las visite.

—¿Viene don Víctor de la Serna?

Los campesinos se habían aprendido el nombre de don Víctor por sus artículos de «ABC». Se lo había enseñado el barbero, el cura y acaso la sobrina. Es muy agradecido el pueblo manchego, y ahí está esperando años y años una palabra de comprensión e inteligencia. Pero cuando le llega, no olvida.

En la cueva de Medrano, de Argamasilla de Alba, Angeles Villarta lee una página de Cervantes con gran emoción y sentido. Después, más vino y danzas en la plaza del pueblo. Allí es donde cantaban aquello de:

Que el amor es un bicho que cuando pica no se encuentra remedio ni en la botica.

Majas zagalicas, como decía Iribarren. Nicolás González Ruiz se había enzarzado con el Gobernador en una cuestión cervantina, de si el retrato que hay en la iglesia era o no era motivo de inspiración del «Quijote». Del Moral ha tomado tan en serio su afición a lo manchego, que ya está como los «hinchas» del fútbol.

Zunzunegui que se había com-

prado unas zapatillas de excursionista dominguero, quiso saltar por encima de unos rosales, y se cayó sobre unos pinchos. Sangro.

—Debes ponerte el antitetánico—le aconsejaban.

—Pero si no es nada—decían otros.

En tal dilema, Juan Antonio vió bien claro que tanto los que pedían remedio urgente como los que lo dilataban, podían esconder torcidas intenciones. Decidió ponerse el suero. Todos nos quedamos más tranquilos.

Lo que le faltaba a Juan Antonio, después de que una muchachita del pueblo había venido a suplicarle:

—¿Usted es el poeta Zunzunegui? Yo quisiera que me hiciera alguna coplilla.

Zunzunegui se quedó mirándola, y cómo la miraría, que la muchacha huyó como corza que ve tenso el arco.

En Ruidera, baño. Castiella arma un follón enorme en el agua.

—Pero, ¿qué le pasa a ese tío?

Lo que pasaba era, sencillamente, que no sabía nadar. Pero él había creído que no eran profundas. En la mancha, todo puede ser. También Don Quijote creyó que los molinos eran gigantes.

Las lagunas de Ruidera tienen nombres literarios. Una se llama «La Lengua» y otras «La Colgá», «La Cenagosa», «El Rey», etc. Pero en ellas se pueden pescar a golpes de mazo las bogas y los barbos.

La comida campestre tuvo una sobremesa larga. Los jornalistas, nos sentíamos felices. Valía la pena haber soportado todas las asperezas del camino.

Aldecoa cojeaba. Se había torcido un tobillo. Sánchez Perloso estaba casi dispuesto a afeitarse las barbas. Nos contó que le había tocado dormir en la misma habitación que dos niños de una excelente familia manchega. Pero el más pequeño se asustó tanto, que se pasó la noche teniendo pesadillas y gritando:

—¡Madre! ¡Qué barbas tienes!

Y se despertaba, el pobre sobresaltado.

Carlos Soldevila y Sebastián Arbó buscaban en el mapa la estación más próxima del ferrocarril, por si les convenía quedarse a medias de la jornada. Los catalanes, yo creo, son demasiado civilizados para someterse hasta el fin a estas rutas sudadas y fatigosas. Pero, al final, resistieron como los mejores.

Quinta lección: Nada más saludable para un escritor que ponerse en contacto directo y vivo con las gentes y el paisaje. Este es el verdadero magisterio para el escritor: la tierra habla y el campesino respira afeja sabiduría. Esta y no otra fue la escuela de Cervantes. El ejemplo es contundente.

(Como el «Quijote» también tuvo una segunda parte, este reportaje se queda colgando para el próximo libro, donde hablaremos de Infantes, Valdepeñas, Almagro...)

UNA SILUETA JUVENIL



COMIENDO
lo que os guste



BEBIENDO
a vuestro antojo



Y SIN INSOMNIO



men que debilite, sin gimnasia fatigante, ha permitido a millares de mujeres de 12 países de los 4 continentes, recobrar la alegría de vivir, de ser hermosas y amadas.

LO CONSEGUIREIS EN 3 SEMANAS SIN TOMAR NADA POR BOCA

La vida nos muestra cada día mujeres que, habiendo conquistado la felicidad, se hallan después desamparadas e incluso abandonadas.

Muchas de ellas reconocen haber descuidado o no haber sabido conservar sus cuerpos libres de rodetes o grasa excesiva que elimina la juventud. Sin embargo existe un tratamiento externo que, sin tomar nada por boca, sin régimen

una novedad

No os pedimos una fé ciega... Somos nosotros los que tenemos fé completa en vuestro juicio.

GRATUITO

VALE Nº EE

Enviadnos el vale adjunto o su copia; nosotros os remitiremos literatura y sobre todo, una oferta especial que os permitirá ensayar en vuestra casa un tratamiento completo y en tales condiciones, que si no obtenéis nuevamente la silueta deseada, no os costará ni un céntimo.

No enviad dinero. Adjuntad únicamente los sellos para la respuesta.

Para enviar (o su copia) a:
Laboratorio SVELTOR
Osio, 27 - Barcelona (Sarriá)

Envieme Ud. sin compromiso ninguno de mi parte, la documentación sobre el método SVELTOR así como la prueba de oferta a sus expensas.

SVELTOR

PARIS • LOS ANGELES • BRUSELAS • MILAN
MAYENZA • VEVEY • CARACAS • LISBOA

MAÑANA SERA OTRO DIA

VIAJE A CUBA

«Me gusta por la mañana después del café beberlo pasearme por La Habana con mi sigarro ensendío...»

HEMOS vivido este cantar, verso por verso y puntualmente, en las primeras horas del 14 de mayo; sólo que el verso tercero habría que ponerlo así:

pasear sobre La Habana

porque el paseo era a bordo de un avión de la Iberia, cuyos cuatro motores, como cuatro elefantes fortísimos y fieles, venían caminando veintitantas horas desde Berajas; cuatro motores como cuatro elefantes, iguales a elefantes en el tamaño, en la potencia, en la paciencia, en la constancia, en la energía, gobernados por el «karnak» (así se decía, o algo parecido, en las novelas de Salgari de nuestra infancia) Rein Loring.

Nos habíamos detenido unas horas en las islas Bermudas, porque uno de los cuatro elefantes no se encontraba del todo bien. Tiempo suficiente para enterarnos, leyendo los mapas locales, de que las islas las descubrió el español Juan de Bermúdez en 1515, y el inglés George Somers en 1609. Esta diferencia de tiempo de un siglo menos seis años, diferencia tan poco formal para consignarse en un mapa, se salvará, según nos dicen, en la edición siguiente, en la cual será suprimido el nombre de Juan Bermúdez. Lo que en la siguiente edición no se alterará, puede suponerse, es que las luces en línea sobre las que hemos volado, y el contorno costero rigurosamente rectilíneo, artificial, ciclópeo, exento de las irregularidades del litoral en los mapas antiguos y dentellados, corresponde a las bases norteamericanas de las islas Bermudas. Hombres del imperio español las descubrieron. Comerciantes del imperio inglés las colonizaron. Y militares del imperio estadounidense las están convirtiendo, a semejanza de los rascacielos de su país, en «rascamares» frente a los cuales las olas se estrellan delante de iguales aristas que las de los buildings ofrecen a las nubes. Si desde el aire se miran las Bermudas, su parte británica ostenta el mismo contorno que los mapas de Juan de la Cosa; su parte norteamericana presenta el mismo contorno que un proyecto ingenieril. Nosotros descubrimos; los ingleses negociaron; los norteamericanos edifican.

De las Bermudas, que ahora son base norteamericana, queda un curioso recuerdo inglés en nuestro equipaje: las tarjetas postales con flores del país, impresas en Escocia para uso de turistas. El «dirio oriental de las Bermudas», el «Hibisco», la flor de la Bouganvillia, el «Frangipani», la «flor del pájaro del paraíso».

Y otro curioso recuerdo inglés: el escudo de Su Majestad Británica en una dependencia del aeródromo, ante el cual un pasajero comentó con absoluta inocencia: «Es muy mono este motivo decorativo.»

Al salir de las Bermudas empezaba a amanecer. Terminaba de amanecer al llegar a La Habana. Entonces encendimos el cigarro «después del café bebido», y vimos bajo nosotros la red de carreteras, dentro del verde profundo de la isla por donde circulaban los autos y camiones con tanta profusión como los vehículos artificialmente reunidos y siempre entrecruzándose de una europea instalación de trenes en miniatura. Un tráfico formidable, tejados rojizos, azuláceos, rosados, grises, colores humanos desvaídos en la violencia soberana del verde; la naturaleza por todas partes exuda verde de plantas de tabaco, dispara verde de palmeras, segrega verde de cañas de azúcar, evapora verdes de hierbas, de arbustos, de árboles, de charcos, de ranas, de adivinadas libélulas. Justamente lo contrario de la parda Castilla famosa, sólo que en vez de «justamente» hay que escribir «just».

Nada más llegar por el aire a La Habana, uno se da cuenta de que el hombre tiene muy poco que hacer en esta naturaleza excesiva. Después se dará cuenta de que estaba uno equivocado. No es que tenga poco que hacer; es que no tiene que hacer nada. Puede «pasearse por La Habana» con el sigarro ensendío».

Luis PONCE DE LEON
(Premio Nacional de Periodismo 1953)

XXII FERIA DE MUESTRAS DE BARCELONA

Merece destacar la exhibición de diversas razas de la selección premiadas como así toda clase de material avícola presentado en el stand de la Granja Avícola San Jorge (Barcelona)



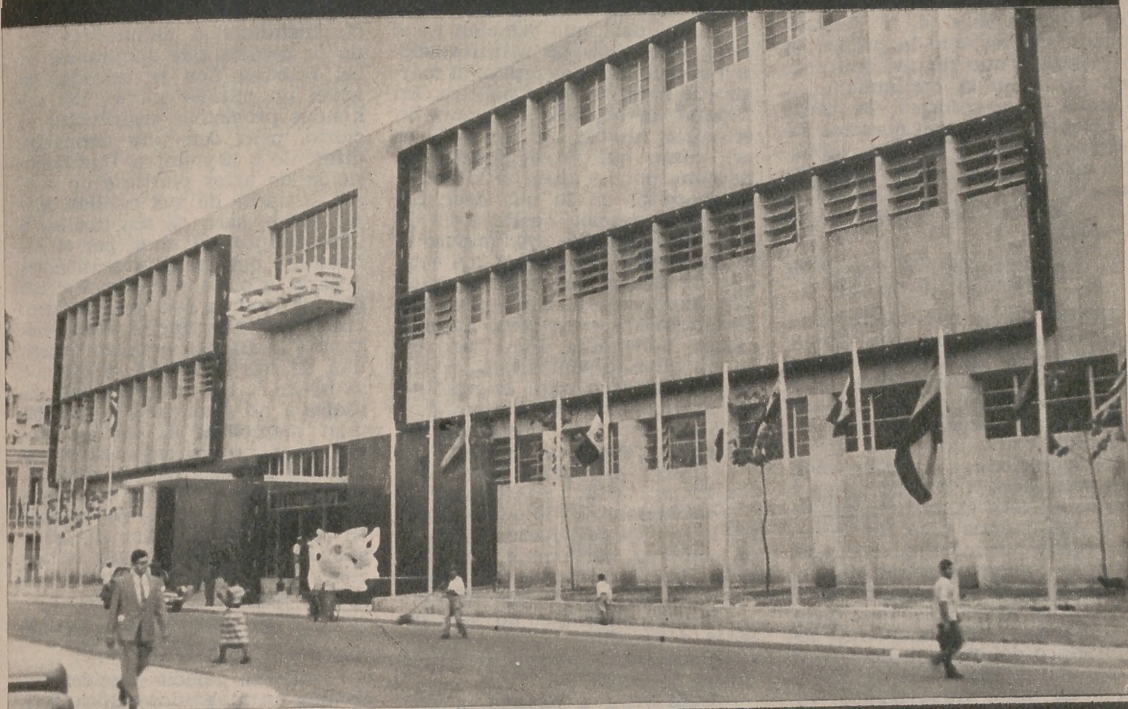
En el ramo de alimentación se destaca en la presente Feria Internacional de Muestras los stands de productos POTAX

Destaca por la concurrencia del público que afluye a degustar sus acreditados productos el stand de EL MANDARIN



Cabe destacar una fracción en el pabellón presentado por Arquitectura en Cemento BEIN por su fino humor

LA II BIENAL DE ARTE HISPANOAMERICANO EN LA HABANA



El Palacio de Bellas Artes de La Habana, escenario de la Bienal, luce en su fachada las banderas de los países participantes

Contra vientos (no cubanos) y mareas (de Moscú), el certamen del Caribe ha constituido un éxito sin precedentes en la historia artístico de Cuba

Anecdotario más o menos riguroso de cuanto pasó en la Perla de las Antillas

MINUTOS antes de que nuestro avión tomara tierra en el aeropuerto de Rancho Boyero, volvieron a nosotros los temores que habíamos incubado en Madrid. Mientras nos poníamos los cinturones y en nuestros estómagos se registraba el descenso, pregunté a Juan Rebull, Gran Premio de Escultura de la I Bienal, y a Juan Cortés, crítico de arte de «La Vanguardia», que iban en el asiento anterior al mío, qué cosas nos esperarían en La Habana. «No sé, chico, no sé...», me respondió Cortés socarronamente. «Ya veremos, ¿eh?», añadió Rebull, con el tono del que no las tiene todas consigo. Y es que nosotros íbamos a Cuba llevando en la memoria una serie de recortes de Prensa nada tranquilizadores. Conocíamos el consabido telegrama de Pablo Picasso invitando a los artistas cubanos a repudiar la que él y sus adláteres llamaban «Bienal franquista». ¡Pobre Pablo Picasso, con su penúltimo hogar deshecho, manejado por desaprensivos marchantes que lo obligan a largarse a Cannes vestido de marinero! Me decía un pintor español de los que residen en París que Pablo Picasso está chocheando; que firma cuanto le ponen ante las narices y que, no obstante, el genial malagueño está que se muere por Es-

paña. Pero hay en París una serie de tipos exilados por su propia cuenta, entre los que hay que citar a un desertor del frente rojo, de apellido Peinado—perfectamente desconocido entre nosotros— que encuentra en su «resistencia» el mejor modo de vivir. le pasan cierta cantidad mensual, seguramente de los mismos fondos de que se nutre el diario «L'Humanité», para que él organice una fabulosa delegación burocrática. Excuso decir cómo se le pondrá el cuerpo cada vez que un pintor del grupo de París se viene a España. El día que los demás hagan lo que Pedro Flores, que envió obras a La Habana, y lo que Clavé, que está paseándose por Barcelona, ¿qué será de la «razón» de ser de todos los Peinados que se despeinan revolucionaria y sablísticamente en los cafés de París? Todo esto por un lado, y los berridos de Radio Moscú, por otro, unido al desconocimiento de gran parte de los artistas cubanos—entre los que los hay excelentes, por cierto—, hicieron que la II Bienal de La Habana tropezara con no pocos inconvenientes. En el Lyceum Club, antes de nuestra llegada, se había organizado una contrabiennial. Después, en no sé qué departamento de la Universidad, se organizó otra. Todo esto significaba, natu-

ralmente, que la II Bienal cabalgaba.

Así, cuando nuestro avión aterrizó en Rancho Boyero, negras incertidumbres nos asaltaban. En el aeropuerto, fué lo primero que vimos, había formada una compañía que, al primer golpe de vista, se nos antojó de Policía protectora. Luego resultaron ser jóvenes y niños cadetes que aguardaban a cierto jefe de ellos que con nosotros viajaba. María Teresa de la Campa, pintora cubana que estudió en Madrid con don Daniel Vazquez Díaz, hija del actual ministro de Estado de la República de Cuba, nos esperaba, y en su coche nos trasladamos al centro de La Habana. Nos hicieron fotografías bajo la dirección del dinámico Capdevilla, agregado de Información de nuestra Embajada, y el doctor López Isa, director general de Bellas Artes, tuvo para todos nosotros sonrisas. Fernando de la Presa, español residente en Cuba y excelentísimo amigo, nos llevó al hotel Plaza, en una esquina del parque Central, donde están el Centro Gallego y el Asturiano. Y andábamos todos tan mosqueados, que hasta se nos antojó que los camareros del hotel nos miraban como a inauditos ejemplares de un fascismo que estaba dispuesto a convertir la plaza del parque Central en una

Piazza de Venezia. Recuerdo que un camarero, mientras me servía un jugo de pifia, me pidió detalles acerca del fascismo español. «En España hay tanto fascismo como aquí témpanos de hielo en los tejados», le dije. Y después, cuando me reclamó la propina y me aseguró que no tenían tanto por ciento en la consumición, y cuando yo le informé del tanto por ciento que cobran nuestros camareros, el buen cubano respondió moviendo la cabeza de arriba a abajo: «No, si ya decía yo que Franco es un gallego de los buenos.»

CADA PAIS SE HA COSTEADO SU ENVIO

No más llegar a La Habana se impuso darse la primera ducha, la primera de las cinco o seis que allí nos dimos diariamente. Hace allí un calor húmedo, pegajoso, y cuando uno sale a la calle, refrigerado como uno está por el aire acondicionado o por los enormes ventiladores, parece como si uno se metiera en la boca caliente de una enorme vaca. Salí a dar una vuelta por los alrededores del hotel, vi comercios apetitosísimos, cuyos escaparates llenos de cifras con el correspondiente \$ me hicieron apretar nerviosamente los veinticinco dólares que llevé a La Habana, me tomé tres o cuatro jugos de piña, fruta bomba, toronja y qué sé yo, y volví al hotel. Allí me abordó un simpático periodista.

—¿Cree, me dijo, que la Bienal será un éxito?

—Hombre, eso es como si usted preguntara a Elpidio y a Margot, los ases del «Montmartre», que si creen que bailan bien...

—Esto costará mucha plata a Cuba, ¿no cree?

—Pues, sí, a Cuba y a España, a Jamaica y a Brasil, a Perú y a Bolivia, a todos los países, en fin, que participan en la Bienal. ¿Usted sabe que cada país se costea su envío, que los demás países, o al menos algunos de ellos, han instituido sus premios? La Habana ha gastado más pesos, claro, pero ahí tienen ustedes el palacio de Bellas Artes, algo que no tendría esta ciudad sin la Bienal.

—¿Es ésta una Bienal franquista?

—Mire el Régimen de Franco concede a cualquier organismo español la suficiente autonomía para que organice lo que le dé la gana, siempre que ello no carezca de nobleza. Ahora bien, bajo el Régimen de Franco pueden, efectivamente,

organizarse Exposiciones Bienales, y en estas Bienales cada uno pinta lo que quiere y lo que pueda. Nuestro 18 de Julio rompió las consignas partidistas que a España llegaban de Moscú. Y en mi país, que también es el suyo, esta clase de manifestaciones tienen lugar, lo repito, al margen de toda consigna política. En España, la política no es un fin electoral, ni cosa por el estilo: es un clima que hace posible un pantano donde antes no lo había, un hospital en lo que ayer fue solar, una lección de Filosofía en la misma aula que ayer impuso la omnipotencia mental de los colegas de Stalin, un seguro social, una Exposición de artes plásticas. Naturalmente, estas cosas nacen y crecen libremente. Pero todo esto, mi querido compañero, es tan original de decir como original sería afirmar que Cuba es un país de habla española. ¿Escribirá usted cuanto acabo de decirle?

—Claro, yo tomo ahora estas notas... ¿Vió «Bohemia»?

—«Bohemia», en lo que a España toca, está tan fuera del tiempo como la «Bohemia», de Murger. Oiga, ¿cómo están ustedes tan mal informados respecto a España? ¿Por qué no van ustedes a España?

—Pues sí que querría ir. Mi padre es de Gijón...

—Pues vaya a España, amigo. Allí nos diferenciamos de Rusia, entre otras cosas, en que por nuestras calles pueda circular quien quiera; no le miramos la marca.

—Aquí tampoco...

—Ya lo sé, hombre, ya lo sé...

—Hay algunos que...

—Pero la vida sería muy aburrida sin polémica, ¿no es verdad?

—Venga, que tomaremos un «daiquiri» ahí mismito, en Floridita.

—Sea por el «daiquiri» y por Floridita.

Si digo que en La Habana nadie dormía pensando en la Bienal, sin duda que exageraré. Tampoco se desvela la gente en París pensando en el Louvre, ni habría cien madrileños que se quedarán sin comer una semana, de puro disgusto, si se quemara el Museo del Prado. Además, La Habana es una ciudad con otro estilo. Puede admirarse allí la fusión de una lengua, la española, y las reminiscencias de un estilo de vida, el español, unidos a una

dinámica especial, norteamericana, por cien. Es como una gran ciudad semihispánica y semiyanqui, una ciudad con carácter propio, cuyo vehículo de expresión está allí al servicio de distintas circunstancias a las nuestras. Toda la técnica que admiramos en La Habana nos es extraña. Es aquel un mundo aparte, con sus hondos problemas espirituales, es cierto, pero con una normática diferente a la nuestra. Una Exposición de artes plásticas no saca allí a nadie de sus casillas. Mejor dicho, saca de sus casillas a unos cuantos. A unos, por el entusiasmo que la gran ocasión les depara; a otros, por el mal efecto que les produce esta gran ocasión. Junto al pintor que se exalta elogiando la Bienal, circulan octavillas, tiradas a ciclostil, en las que se invita a los artistas e intelectuales a no sumarse a la que llaman maniobras de las dictaduras. Pero, no nos engañemos: ese hombre de negocios que va en su «carro» a sesenta por hora, ese ciudadano que fuma su veguero en la «guagua», camino de donde sea; esa cubana de andar cadencioso, en fin, no están desvelados por la Bienal.

EL ESCENARIO DE LA EXPOSICION

Frente al palacio presidencial, se alza un magnífico edificio funcional lleno de mármoles y de amplios ventanales, con galerías y patios interiores, en los que el frescor del agua hace grato el ambiente. En este mismo lugar, hace bien poco, se alzaban los viejos arcos coloniales del antiguo mercado del Polvorín. El palacio nacional de Bellas Artes ha sido construido por especial mandato del mayor general Fulgencio Batista y Zaldivar, Presidente de la República de Cuba, y de ello se encargó la Comisión del centenario de José Martín, con la cooperación del ministerio de Obras Públicas. El ministerio aportó \$ 500.000, y la Comisión del centenario \$ 1.300.000. Aun quedan por hacer obras por valor de \$ 250.000. Este edificio ha sido hecho bajo la dirección del joven arquitecto Alfonso Rodríguez Pichardo, galardonado más tarde con el Gran Premio de Arquitectura de la II Bienal, y ocupa un área de fabricación de 20.444 metros cuadrados y un área de galerías de 10.062 metros cuadrados. Tiene un amplio vestíbulo, decorado con esculturas y mosaicos monumentales, y en el mármol de sus paredes hay estas dos

A la izquierda, una de las galerías dedicadas a la escultura.—A la derecha, vista de una de las salas, con dos obras del escultor español Clará



inscripciones: «La madre del decoro, la savia de la libertad, el mantenimiento de la República y el remedio de sus vicios es, sobre todo lo demás, la propagación de la cultura.» «Se siente correr por las venas una savia nueva cuando se contempla una nueva obra de arte. Entre los sueños del hombre hay uno más hermoso: suprimir la noche.» Estas palabras son de José Martí, y en pos de ellas, por obra y gracia del Presidente Batista, hay toda una política cubana actualísima. El Palacio Nacional de Bellas Artes, cuando nosotros llegamos a La Habana, estaba acabándose de construir. He ahí las auténticas causas de las prórrogas dadas a la fecha primitiva de inauguración de la Bienal. No había más que esto. Ni maniobras comunistoides ni cosa por el estilo. No es Batista de los que se dejan intimidar por Moscú. Bien lo está demostrando. Una vez acabado el palacio, la Bienal se inauguró triunfalmente.

Ha sido éste un éxito sin precedentes de la plástica hispanoamericana, y al Instituto de Cultura Hispánica corresponde el mérito de haber coordinado este gigantesco esfuerzo. Cuando la Exposición Bienal se levante, el Palacio Nacional de Bellas Artes de La Habana se convertirá en una institución viva; mejor dicho, continuará siéndolo, y en sus salas se organizarán conferencias, conciertos, etc., etc., y serán trasladadas a él aquellas obras del Museo Nacional que interesen. También se cuenta con importantes legados, los cuales, junto a las obras que adquiriera el Estado, engrasarán los fondos de la institución. Entre los legados que se conocen, creo que es el más interesante el de la marquesa de Pinar del Río. También sé de un español fabuloso, natural de Viveros; que no se quedará sin enviar al Museo su aportación. Este español, pintor y hombre sensible como pocos, tenía entre ceja y ceja el deseo de ofrecer a Cuba alguna durmiente de José Clará. Desde luego, el palacio de Bellas Artes no tiene igual en casi ningún país de América, y en muy pocos de Europa. Cuba puede estar orgullosa de tenerlo y feliz por tener un Jefe de Estado que se exige esta clase de obras. «Entre los sueños del hombre hay uno más hermoso: suprimir la noche.»

MAS DE DOS MIL OBRAS

El día 19 de mayo, a las seis de la tarde, el Presidente Batista llegaba al Palacio Nacional de Bellas Artes. El vestíbulo y el gran patio central estaban abarrotados de público. La banda de música interpretó los himnos cubano y español. Los antibienalistas estarían a punto de subirse por las paredes. O estarían subiéndose por ellas. Quién sabe. Nuestro embajador, el marqués de Velisca, felicitó al Presidente y le dijo que «mucho mejor andarían las cosas del mundo si en vez de hablar con la voz de la política, hablara la voz de la cultura». «España ya lo hace, señor Presidente.» Y Alfredo Sánchez Bella añadió: «Cuando en el año 2000 Cuba escriba la historia de esta época, tendrá que decir: con piedra



El general Batista, Presidente de la República de Cuba, en su visita a la Bienal



El artista español Ortega Muñoz, Gran Premio de Pintura de la Bienal, con su esposa al recibir la noticia de su triunfo en Valencia de Alcántara

blanca de mayo, el Presidente Batista ofreció a su país el más hermoso homenaje que le es dado rendir al nombre. Por último, el general Batista declara abierta la Exposición. Y rodeado de miembros de su Gobierno y de artistas se lanzó a recorrer la gigantesca Exposición. Pasamos por la primera sala, donde los retratos de don Daniel Vázquez Díaz eran más estupendos que nunca, y los cuadros de Joaquín Sunyer, galardonado más tarde con el Gran Premio a la Obra de un Pintor, hablaban de un arte depurado y con una enorme tradición a cuestas. A continuación vimos la sala donde están las obras de Godofredo Ortega Muñoz, que días después sería Gran Premio de Pintura. En efecto: las obras del maestro de Extremadura, sobrias de color y hasta austeras, se comían cuanto las rodeaba. Pepe Caballero, Zabaleta, Benjamín Palencia, el homenaje a Cervantes de Pedro Flores, los fralles de Carlos Pascual de Lara, que había de llevarse el Gran Premio de Dibujo, los gigantes de José Aguiar los pelotaris de Zubiaurre, Macarrón, Dely Dejero, Pistolezi, Abuja, José Lapayese, el caballo de Gargallo... obras y más obras, más de dos mil obras, docenas de esculturas, entre las cuales, las de José Clará, Gran Premio de Escultura, ponían su nota de clasicismo frío pero insigne. Batista estuvo más de cuatro horas recorriendo la Exposición. Ya haremos la descripción detallada de esta vastísima muestra. Mientras tanto, añada-

mos a los premios ya dichos los nombres de José Planes, segundo premio de Escultura, y el Gran Premio de Grabado, el cubano Carmelo González, profesor de la Escuela de Artes Plásticas de Santa Clara. Ya se harán públicos los demás premios, pues los habrá en cantidad. Decididamente, esta II Bienal ha sido impresionante. Ha costado celebrarla —díganlo si no el agotamiento físico de Leopoldo Panero y la asombrosa capacidad de resistir del grabador Prieto Nespereira—, pero ahí está, en la hermosa ciudad de La Habana, desplegando su triunfo, hablando claro de un estilo espiritual, mientras que otro estilo, un estilo sombrío, contrabandea a la luz del día y en las sombras de la noche el fúnebre fardo del comunismo: armas y consignas de encender la guerra en las paradisíacas tierras del Nuevo Continente. Pero Cuba es un baluarte anticomunista. La exposicióncita que celebran en La Habana los «antibienalistas» no es sino la demostración más palpable de ello. «España y su actual generación —nos dijo el ministro Ernesto de la Fe— han salido mar afuera y por eso se han encontrado con nosotros.» Y aquel acto celebrado en «Floridita», en honor de los españoles que llevaron a La Habana su embajada de arte, terminó en un brindis por el Caudillo Franco, pedido por un cubano joven y amante de su país, o sea, amante también de España.

Antonio Manuel CAMPOY
(Desde La Habana, especial para EL ESPAÑOL.

XXII FERIA DE MUESTRAS DE BARCELONA

Stand de S. A. Fundiciones de Calidad METACAL, en el que se exponen los últimos adelantos en maquinaria para fundiciones



Una vista del stand representativo de las sin par y conocidísimas galletas FONTANEDA, instalado en la XXII Feria de Muestras de Barcelona

La fabricación española de plumillas de acero, elips, pinzas sujeta papeles, chinchetas, etc., está dignamente representada por los productos JAER

«Coma salgueiros e cabrifollos
escura xente sachaba as chousas,
rezaba ós santos nas romerías,
pagaba foros, cantaba cántigas.»

Así comienza el poema ALANCA, ALANCA, de

AQUILINO IGLESIAS ALVARIÑO

que se publica en gallego en el número 28 de

POESIA ESPAÑOLA

LO NUEVO O LO VIEJO

Por
**DEMETRIO
RAMOS**

ESTOS dos términos, «lo nuevo» o «lo viejo», son no sólo antagónicos y contradictorios, sino un tanto relativos, aunque no en su esencia, si cuando se pretende caracterizarlos en algo concreto. Para todo, en la vida, hay precedentes, y aun más cuando se trata de actitudes de pensamiento o de marcar soluciones en política. Recuérdese, por ejemplo, la metáfora del piloto que calculó mal su derrotero, insertada por Chesterton en su «Ortodoxia».

En teoría política se han venido manejando, preferentemente dos conceptos fundamentales, en función de lo legítimo y de lo perfecto. Estas dos coordenadas, de raíz legal una y de fundamento técnico la otra, son también válidas en razón de un relativismo manifiesto, pues la ley se fabrica y la perfección escapa a la posibilidad del hombre. Recuérdese, sobre todo en lo que se refiere al valor de lo legítimo, que ninguna solución deja de tener en su origen también la instauración más o menos determinada por un conjunto de «fuerzas» contenidas en aquella actualidad.

Dentro de «lo viejo» caben muchas soluciones, pero todas ellas nos resultan, en último término, hermanadas por una común falta de actualidad. Este factor, por lo tanto, es el determinante de la diferenciación, el único que en realidad merece ser tenido en cuenta.

Las soluciones o posiciones políticas actuantes dejan de ser «actuales» cuando dejan también de responder al cuadro de necesidades o de ingredientes que tipifican una época. Entonces esas formulaciones o teóricas entran en crisis, se desconchan y agrietan. Cabe el revoque o el parchearlas, y se piensa entonces que se perfeccionan o evolucionan, cuando lo que sucede es una transformación impuesta por su ineficacia. Aun en este caso «lo viejo» deja de serlo, pues al término del proceso sólo se conserva lo meramente simbólico.

Cuando el revoque o la evolución vienen imposibilitados por el desbordamiento de las nuevas fuerzas en juego, como en el caso del barco imposible ya de salvar por no haberse aplicado a tiempo el remedio del calafate, entonces el aparato se hunde y nace el nuevo, más o menos balbuciente, con indecisiones o imperfecciones fruto siempre de la transición.

La incomodidad, que puede producirse entre los que no se resignan a la adaptación, hace nacer la nostalgia por cualquiera de las soluciones contenidas en el concepto pluriforme de «lo viejo», porque, además, «lo viejo» pervive, diríamos, somáticamente en mentalidades que retroceden o que no se movieron del cuadro de ideas previas. Esto, en definitiva, sería volver al punto de partida para rehacer el camino de forma aún más precipitada y cataclística.

Nuestro tiempo, y en esto no puede haber desacuerdo, es completamente distinto a otros tiempos pretéritos. En el siglo X, por ejemplo, ni existía la fuerza de la burguesía ni la pólvora; en el siglo XV, ni se había producido la escisión religiosa ni el criticismo humanista había llegado a concretarse, como en el XVII no actuaba el apenas formulado racionalismo, ni en el XVIII el pleno industrialismo, ni en el XIX había tomado cuerpo el marxismo, derivado de la actuación de las masas obreras y de un concepto social, época en la que tampoco habían surgido los criterios de economía planificada. Cada tiempo, pues, tiene sus fuerzas actuantes, un tipo de necesidades que afrontar y un peligro del que hay que defenderse. Cada solución política debe, en todo caso, por de pronto, conocerlas.

La época en que vivimos es radicalmente distinta a todo lo anterior: con un comunismo de técnica desbordante; con unas precisiones que han obligado, en lo económico, a la fabricación en serie; en lo social, a la elevación del nivel de vida y a

la extensión de una justicia que dignifique al débil; y en lo científico y técnico, a una revisión general derivada de la especialización, de la velocidad, de las nuevas formas de energía y de los nuevos métodos. Y así como las fábricas de fines del XIX hoy irían a una ruina fatal en el juego de las competencias si no renovaban su utillaje y su sistema de producción, así también el armazón administrativo y las actitudes políticas, de posible eficiencia en aquella época, hoy no podrían salvarse de igual crisis.

Todos los países, por muy anclados que parezcan junto a diques que se consideran inmutables, han tenido que sufrir esta honda, radical y convulsa transformación que va desde la eliminación de agrupaciones antes poderosas, como la liberal en Inglaterra, hasta las nacionalizaciones, economías apoyadas y dirigidas, depuraciones ideológicas, leyes de defensa y seguridad, condicionamiento de la libertad de trabajo o de Prensa, etc., fenómenos todos ellos constatables tanto a las orillas del Támesis como a las del Hudson o Potomac. ¿Todo esto qué quiere decir? Sencillamente, que en nuestra época es necesario, absolutamente necesario, un concepto político nuevo, una fórmula distinta, como lo es la farmacopea o la cirugía, como lo es la técnica, como lo es, concretamente, la sociedad de nuestros días.



VILA

¡Ha perdido su rastro!

Apliquese

D-ten

el desodorante mágico!
con clorofila

Dana
EN EL MUNDO ENTERO



PRECIOS

SOLIDO EN BARRA	LIQUIDO (FRASCO VAPORIZADOR)	"PETALOS"
26 PTAS.	34.95 PTAS.	20 PTAS.
RECAMBIO: 17 PTAS.	RECAMBIO: 15 PTAS.	

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120

LA II BIENAL DE ARTE HISPANOAMERICANO



EL CERTAMEN DEL CARIBE
CONSTITUIDO UN EXITO SIN
PRECEDENTES EN LA HISTORIA
ARTISTICA DE CUBA



Anecdotalario más o menos riguroso de cuanto pasa en la Perla de las Antillas, en la página 59